Marcelo Cohen

El instrumento más caro de la Tierra

863
.182

Montesinos

Con el relato que da título al presente volumen –insólito entierro de un instrumento condenado a la extinción y responso por el crepúsculo de una idiosincrasia–, se abre una serie de cuentos unidos por el mismo clima de corrosión de los objetos, precariedad y amenaza. Los personajes de Marcelo Cohen, adheridos a su cotidianeidad por una atmósfera morosa de la cual sólo los ritos privados permiten fugarse, no tienen demasiadas alternativas: o se instalan hieráticos en el papel de agentes de la desgracia, o resisten en base a la imaginación y el diálogo con las cosas familiares, ya que son precisamente éstas las que, súbitamente trastocadas, franquean la entrada a un afable desorden. Peculiar crónica de una tragedia, conformada por retazos de intimidad, **El instrumento más caro de la Tierra** quiere ensanchar una herencia para la cual el lenguaje es más una lenta posibilidad de amparo y estupor que un código de dudosa precisión.

Marcelo Cohen nació en Buenos Aires en 1951. Tras haber dejado inconclusa la carrera de Letras ejerció el periodismo, como redactor en una agencia de noticias al tiempo que colaboraba con periódicos y revistas literarias de su país. Ha publicado dos libros de cuentos: **Lo que queda** (1972) y **Los pájaros también se comen** (1975). Desde hace varios años reside en Barcelona, donde se desempeña como traductor y crítico de diversas publicaciones culturales. **El instrumento más caro de la Tierra** reúne cuentos escritos entre 1976 y 1979.

Marcelo Cohen

El instrumento más caro de la Tierra

MONTESINOS

Colección Edda Menor

© *by* Marcelo Cohen
© 1981 de esta edición: Montesinos Editor, S. A.
Rda. S. Pedro 11, 6º 4ª - Barcelona (10)
Diseño de la colección: Quim Monzó
Ilustración de la cubierta: Javier Aceytuno
ISBN 84-85859-24-3
Depósito Legal: B. 28.805 - 1981
Impreso y encuadernado por
I. G. Manuel Pareja
Montaña, 16 - Barcelona (26)
Impreso en España
Printed in Spain

[1]

INFORTUNIOS

El instrumento más caro de la Tierra

Las ojeras hinchadas como buches de pavo, Felisberto acercó la cara al espejo. Descubrió una hilera de pelos blancos en el lugar donde el pómulo derecho se acercaba a la patilla, pero no le pareció suficiente como para volver a embadurnarse. Con jabón, además: ya no sabía lo que era la crema de afeitar.

Secó la navaja, la dobló y se la metió en el bolsillo del saco, con cuidado, dándole tiempo al peso para que se dejara sentir. Después agarró la botella de alcohol que estaba sobre la repisa y apoyó tres dedos horizontalmente contra el vidrio. Tapaban el líquido, iba a tener que controlarse. Volcó un chorro escuálido en el cuenco de la mano derecha y se lo repartió por las mejillas y el cuello, dejando escapar un rugido aguardentoso y un insulto al sentir el ardor; palmeándose con las dos manos hasta que la piel le quedó colorada como la de un hombre avergonzado.

—Anoche soñé que me compraban el instrumento —dijo por la puerta abierta del baño mientras tapaba la botella.

—Igualito que lo que va a pasar —contestó la mujer desde la pieza.

–No, diferente –dijo Felisberto. Desenroscó la bombilla y la dejó sobre la repisa casi desierta, acomodando a oscuras un par de frascos vacíos. Después fue hasta la pieza–. Era dentro de unos años. Nosotros seguíamos viviendo. En una casa como ésta, pero que era otra, te das cuenta. Venía un tipo, un coleccionista importante, y nos ofrecía muchísima plata. Dólares, creo. Un tipo con valijita y paraguas... Vos estabas muy bien conservada.

–¿Me había teñido el pelo? –preguntó la mujer. Se había sentado en la cama, el pelo gris-amarillento dividido en crenchas rígidas que aguijoneaban el aire espeso. Macilenta, metida en una camisa de franela verde, las piernas cubiertas por una manta. Tenía en la mano un mazo de cartas francesas.

–Sí, de negro. Negrísimo.

–¿Pintada, viejo?

–No, Maruja, nada de pintura.

–¿Por qué?

Felisberto salió de la pieza y se metió en la cocina para poder sacudir la cabeza sin que ella se diera cuenta. Le hacía mal descubrirlo, y él no sabía qué cara poner. Recogió unas cáscaras de naranja y las tiró al patio por la ventana, como si el mínimo trabajo de ordenar un poco sirviera para reanimarlo. Apartó del fuego el tachito en donde se calentaba el mate cocido, lo virtió en dos vasos y sacó dos galletas marineras de un frasco de vidrio que se resistía a despegarse de la madera de la mesa.

–¿Por qué? –insistió Maruja cuando lo vio entrar.

–No sé, che. A lo mejor porque no hacía falta. No era una fiesta: era un tipo que venía a nuestra casa a comprar el instrumento, y nos daba bastante plata y nosotros estábamos muy sanos. Dentro de unos años.

—¿Y? ¿Qué más? —la mujer abrió cinco cartas sobre la manta azul, mirando de reojo el vaso con el líquido turbio y la galleta que Felisberto había dejado sobre la mesa de luz. Al lado de un velador con un agujero en la pantalla.

—Y, no sé —Felisberto mojó su galleta en el mate cocido—. Mirá si se hace de verdad. Habría que esperar.

—No —dijo ella.

—¿Vos que sabés?

—Dentro de unos años no vamos a estar tan bien. Mirá ahora.

—Yo tengo confianza —la voz de Felisberto se rasgó y él quiso recomponerla con un trago de mate cocido.

—Andá a venderlo, viejo. Hoy, así no te arrepentís.

—¿Por qué no vendemos la tele?

La mujer flexionó las rodillas con una sorprendente energía y las cartas cayeron a los costados. Blancas, indolentes.

—¿Otra vez me vas a mortificar con eso? Sabés que cuando me pongo enferma me hace falta entretenerme con algo. Encima del dolor de estómago... ¿Por qué querés hacerme mal? No sos vos sólo el que se priva.

—Y bueno, qué querés. La gente no llama al plomero. Se arreglan por su cuenta.

—Eso es porque vos no trabajás bien. ¿No sabés que te tiemblan las manos?

—No es cierto.

—Sí que es cierto. A veces.

Felisberto dejó el vaso vacío sobre la cómoda. Al lado de la cual, sobre el piso, lo estaba esperando un estuche de cuero negro con una manija de metal. Lo miró un rato antes de levantarlo.

—Bueno —dijo mientras se ponía un sombrero de

fieltro con el ala ondulada como una pollera—. Me voy.

—Viejo —dijo la mujer. Los ojos resquebrajados e infantiles obstinados en el rey de rombos.

—¿Qué?

—Buena suerte. Tené cuidado.

—¿Qué decían las cartas esta mañana?

—Que esta noche vamos a comer pollo.

El se acercó y le dio un beso.

No se había imaginado que fuèse tan tarde. El colectivo lo dejó en Corrientes y Libertad a las dos menos cuarto, entre un escándalo de empleadas veloces y hombres con sobretodo que se metían en los bares hablando a gritos. Medio mareado, el primer botón de la camisa a punto de reventarle sobre el cuello rechoncho, cruzó la avenida y avanzó hacia Lavalle. Prefiriendo renunciar a la manija, soportando el estuche con el brazo derecho para cubrirlo con el otro como a una bomba o un animal peligroso. Se paró frente a la vidriera de un negocio de ropa de mujer y fingió mirar la tela resbalosa de un vestido. Pero en realidad aprovechó para espiar hacia atrás. Porque tenía la impresión de que lo venían siguiendo.

Claro, pensó. Me vieron salir con el estuche y adivinaron. Esperan el momento preciso. Un objeto valioso. Pero yo no les voy a dar el gusto, crápulas.

Una ráfaga de viento le lamió la cara y detrás del silbido sordo las siluetas se derritieron o quedaron carcomidas como por ratones. Con la mala alimentación los ojos se echaban a perder; creyó divisar dos o tres tipos con bigotes, pero no estaba seguro de que alguno fuese el del colectivo. Con ojos de zorrino, sentado detrás de él. Fingiendo leer el diario. Por las dudas no se iba a apartar del gentío. El bigotudo tenía olor

a trampa y el olor le había puesto la mano en el hombro, como intentando una amistad. Cínico.

El negocio estaba cerrado hasta las tres y media, pero eso ya se lo había esperado. Por no mandar a arreglar los relojes; todo se gastaba en aspirinas. De modo que decidió cruzar a Plaza Lavalle y, después de pasear entre los puestos de libros y hojear uno que contaba la vida de Tyrone Power, se sentó en un banco a mirar la fachada de los Tribunales. Las manos hundidas en los bolsillos, el estuche bajo el banco detrás de las piernas. Tarareando para distraer el hambre. Mientras hurgaba con los ojos entre las mujeres que tejían y los chicos que pateaban una pelota, en busca de alguien que pretendiera robarle el instrumento. Una organización, más que seguro, no iban a hacerlo seguir siempre por el mismo. El asunto era ponerle las cosas difíciles y sorprenderlo desprevenido.

No se quedó dormido del todo, pero vio cómo las palmeras y los sauces se encorvaron hasta tocar el césped con las cabelleras. Y cuando volvieron a erguirse y le preguntó la hora a un tipo sin un solo pelo en la cabeza que se le había sentado al lado, el otro le dijo que eran las cuatro menos cinco.

En el negocio habían levantado la cortina metálica y él se quedó mirando los objetos agolpados en la vidriera. Resaca que bajaba en los ascensores y arrastraban manos tímidas. Pantalones, cajas de sombreros, impermeables de colores sospechosos, un maniquí con una faja, cronómetros, silbatos, un gorro de cocinero. Y, apoyados contra la pared como custodiando el revoltijo, un saxo tenor y un violín con dos cuerdas. Felisberto se echó el sombrero hacia atrás. Para pasarse el dorso de la mano por la frente

y resoplar pensando cuánto tiempo haría que esos instrumentos vivían en un desamparo mugriento, lejos de la orquesta y de los dedos. Entró.

Un fumador de habanos macizo y panzón salió de la trastienda azulina para colocarse atrás del mostrador. Montándose los anteojos, los labios grumosos y descoloridos.

—Qué se le ofrece —la voz se extendió como una mano poniendo distancia.

—Traigo algo para vender —Felisberto se advirtió que debía ser ladino. Como primera medida no se sacó el sombrero.

—Todos traen algo para vender. ¿Qué es?

—Un instrumento.

El tipo disparó el humo hacia el tubo fluorescente, en donde crepitaban las moscas. No daba la impresión de ser una mal persona, pero a Felisberto le pareció que miraba mucho a la calle. Como si hubiese alguien.

—¿Voy a tener que preguntarle todo, o me puede explicar?

Felisberto apoyó el estuche sobre el mostrador.

—Es un bandoneón.

—Raro, ¿eh? Raro.

—Es un tres B.

—Vamos a verlo —dijo el tipo, abriendo el estuche.

Felisberto guardó las manos en los bolsillos y lo dejó hacer. Pasar las manos por el nácar y el cedro, levantarlo para apretar el botón del aire y extender el fuelle, examinar las correas y los tornillos. Como un veterinario frente a un gato excesivamente tranquilo.

—¿Y?

—Es bueno —dijo el tipo, subiéndose el pantalón.

Después de haber apoyado el bandoneón con una delicadeza infinita—. Muy bueno.

—¿Cuánto me da? —preguntó Felisberto, y se arrepintió.

—Toque —dijo el tipo.

Felisberto miró las rinconeras del fuelle.

—Es que éramos tres —dijo.

—¿Cómo dice?

—Digo que así es un poco difícil. Donde yo tocaba éramos tres. Un trío. El trío "Boyacá".

—Ah, entiendo.

—Llegamos a tocar dos carnavales seguidos en Lanús, y eso porque gustamos bastante. Aunque fíjese que teníamos un repertorio exquisito. Nada de cosas fáciles ni tonterías.

—Bueno, colega, toque.

—¿Le parece?

—No sea chiquilín. Tengo que saber cómo suena.

Felisberto se sacó el sombrero. Lo dejó sobre el mostrador y acercó una silla de oficina para apoyar el pie, quitarse el polvo del pantalón y colocar el bandoneón sobre la tela negra que le cubría la rodilla. Deslizó los dedos debajo de las correas y dejó caer las yemas sobre los botones con una rítmica, áspera melancolía.

El tipo, la mirada descansando en el suelo, acunó la cabeza. Escuchaba la música desafinada que escapaba torpemente del fuelle con un súbito entusiasmo. La música se detenía y volvía a empezar, repitiendo notas quebradas. Como una persona que duda de sus modales en la mesa.

—Suena bien —dijo cuando Felisberto cerró el fuelle.

—Y claro que sí.

—Un poco desafinado.

–Eso se arregla.

–¿Usted sabe?

Felisberto le miró las orejas insoportablemente grandes para no tener que cruzarse con la seriedad de los ojos. Le había pasado algo muy raro.

–¿Qué?

–Que ya no se fabrican más. Así como lo oye: no se fabrican más bandoneones.

–No me joda.

–Es algo sobradamente sabido. Usted que es músico...

–Ahora ya no soy. Jubilado, soy, y hago changuitas de plomería.

–Bueno, no se sienta molesto.

–No me siento molesto –Felisberto alzó los hombros–. No éramos malos, el trío ese. Violín, guitarra y yo al bandoneón. Bien afinaditos, le prometo que nos pedían bises. Pero no sé por qué un día no nos llamaron más. No sé, póngase a averiguar. Pasa que éramos aficionados, y algunos decían que nos faltaba ensayar más.

–Suele suceder. Es un problema de constricción al trabajo.

–No diga huevadas. Para mí que éramos malos y nadie se atrevía a decirlo. Con el tiempo dejamos de vernos y no se habló más del asunto, para que se dé una idea –Felisberto se rascó el cuello, despellejado y lleno de ronchas–. ¿Cuánto me da?

La cabeza del hombre se movía de arriba hacia abajo y el mentón aplastaba el vello del pecho. Felisberto supuso que estaba esperando algo más y estiró el fuelle en un acorde largo y escabroso, lleno de guijarros. El sonido marrón y desacompasado llovió sobre las cajas y los abrigos colgados en las perchas,

removiendo la pelusa, el aire cargado de naftalina, la carne fofa del otro. Después, varios acordes más y un corte de fuelle para que pareciera un tango.

—¿Cómo se llama ese tema?

—*El monito*.

—Ya me parecía.

—En fin —dijo Felisberto—. En una época pensaba en los sonidos que podía sacarle y no me importaba nada más de nada. Pero no todo el mundo puede ser un Troilo. ¿Cuánto me da?

—No se lo puedo comprar —dijo la voz gangosa del tipo, y pareció que él se había quedado en silencio.

—¿Y para eso me hizo perder el tiempo? —Felisberto empezó a guardar el bandoneón, mirando nerviosamente la calle por la vidriera.

—Mire, colega, por algo le acabo de decir que no se fabrican más bandoneones. Desde el año 39, cuando empezó la guerra, no hicieron uno solo como éste. Los alemanes eran unos maestros, pero con el nazismo pararon los talleres. Uno de los tantos daños, en fin... Los que quedan ahora son de antes de la conflagración. Los afinan, los limpian, les cambian las lengüetas, pero para mí que van perdiendo brillo.

—Este suena como un órgano —dijo Felisberto.

—Precisamente, colega. Dicen que los japoneses están fabricando. También los brasileños. Imagínese lo que se puede tocar con un bandoneón de plástico, por más que hoy la industria esté tan avanzada.

—Claro —dijo Felisberto. Sólo ahora parecía darse cuenta.

—Claro, ¿qué?

—Entonces esto es una joya.

—Bueno, no exactamente. Lo que quiero decirle es

que yo podría darle hasta cierta suma, extendiéndome un poco, digamos, pero para serle franco...

—Para esto no hay precio. Es el instrumento más caro de la Tierra.

—No tiene por qué exaltarse.

—Digamé, ¿cuánto me ofrecería?

—Me da la impresión de que le estoy hablando a la estatua de Urquiza. ¿No le digo que no vale la pena venderlo?

Felisberto se puso el sombrero. Revolviendo trastos con la mirada, como un hombre que busca excusas para escaparse. Babeaba y los párpados le habían cubierto casi totalmente los ojos agrios.

—¿Qué me conviene hacer?

—Consérvelo, colega.

—Espere un poco. ¿Usted es músico?

—No, yo soy un simple comerciante.

—Entonces no me llame colega.

—Mil perdones.

—No se preocupe, a cualquiera se le escapa. Bueno, ahora me voy. Va a ser mejor que me cuide, ¿no?

—¿De qué?

—De las organizaciones de contrabandistas.

—Ah. Sí, claro.

El dinero le había alcanzado para tomar el 29 hasta Plaza de Mayo. Había caminado por Hipolito Irigoyen hasta 9 de Julio, para bajar hasta Tucumán y llegar a la esquina de Talcahuano: allí se había subido al colectivo. Aturdido, con los muslos y las pantorrillas agarrotadas, la mano derecha acalambrada por el peso. Pero convencido de que había logrado desorientarlos. Prefería que lo tomaran por loco. Los delicuentes, dispuestos a todo por una reliquia, como todo el

mundo en esta época de durar poco. Persiguiendo algo que ni siquiera querían como él.

Ahora el tiempo había cambiado y se acercaba a su calle arrastrando los zapatos desvencijados bajo una llovizna que relumbraba en silencio. Oblicua a la ácida luz parda, ambigua sobre las piedras lustrosas. Pensó que más que luz parecía el brillo de una fruta prestada al espacio entre las casas. Y de pronto descubrió que la cortada estaba absolutamente vacía.

Ha cometido un solo error, señora Willcock, oyó que una voz tumefacta decía en un televisor, detrás de una ventana resguardada por la persiana baja. *Y fue no contar con que había otra persona interesada en la muerte de su esposo*. Pero los argumentos escasos de la señora Willcock cayeron blandamente sobre las baldosas detrás de él. Chupados por el silencio, sepultados por las gotas. Mientras Felisberto seguía caminando, con miedo de girar la cabeza, los pulmones conmovidos por un remolino asmático. Hasta que vio la ventana entreabierta del otro lado de la calle y ya no pudo enterarse de dónde venía ese nuevo sonido denso, acuoso, de saliva y gelatina que se había estado empeñando en ignorar.

La voz de esa otra mujer había terminado por adueñarse de la llovizna, la pintura de las puertas, el empedrado, las cornisas. Se entrelazó con la luz como un par de piernas a un árbol delgado y subió hasta abovedarse sobre la calle. Nada más que un suspiro continuado, creciente; pero lo bastante ronco como para que Felisberto reconociera otros muy parecidos que alguna vez le habían ardido en la piel de la cara y los hombros.

Se sentó en un umbral, el bandoneón en el suelo al lado de los pies, y se quedó escuchando, los ojos cla-

vados en la cortina azul que bailoteaba como al compás de los gemidos, las manos calientes, la boca dura en una sonrisa, los ojos despiertos. Los suspiros arañaban la ventana, golpeaban el vidrio y lo humedecían, cada vez más oscuros, encendidos por un balbuceo de palabras rojas. Hasta que se hicieron exultantes y dolorosos, se quebraron en astillas mojadas y terminaron por disolverse. Sin aviso ni gloria, con un chasquido de molusco buscando lo más hondo de la arena.

Felisberto abrió el estuche y se puso a tocar. Los dedos le tropezaban con los botones, si empezaban a afirmarse los traicionaba el miedo a un resbalón y le costaba afirmar los acordes, pero pensó que los mismos nervios le estaban devolviendo la habilidad de frasear con intención. Hacía dieciocho años que no tocaba *El abrojito*. Y sin embargo no estaba mal. Muy bien estaba: no era aserrín de notas; era una señora melodía.

En la misma casa donde habían estado haciendo el amor, una mano encendió una radio y una andanada de bronces sospechosamente majestuosos se volcó sobre la cortada. Felisberto vio cómo la luz se rasgaba, empujada por una claridad rosada. Pero otra mano apagó repentinamente la radio y la rasgadura se cerró. Y, a la cola del silencio, una cara de mujer tosca y sonriente se asomó al cristal por una hendidura en la cortina celeste. Tenía el pelo marrón muy revuelto, los ojos redondos y una boca plena y ofensiva como un estampido.

Felisberto se dijo que no podía retrasarse más. Guardó el bandoneón y se escapó corriendo.

—No lo vendiste —dijo Maruja.

Estaba mirando una película policial y los ojos im-

pávidos no se apartaron de la pantalla. Seguía apretando el mazo de cartas en la mano. Pero se había pintado y la seca piel veteada del rostro palpitaba con un rubor prestado.

–No me lo quisieron comprar –dijo Felisberto. Dejó el bandoneón junto a la cómoda y el saco sobre una silla. Para escaparse a la cocina, violenta, furtivamente. Volvió atragantándose con una galleta–. No hay mercado para estas cosas hoy en día. Se toca otra música.

–Mentira –dijo la mujer.

–Te lo juro por Dios. Por la salud de nosotros dos.

–Mentira –repitió ella–. Todavía está lleno de orquestas de tango. En todos los bailes tocan. Hasta a los jóvenes les interesa mucho. Yo lo sé porque hablo con la gente, no como vos, que te da vergüenza.

–Maruja –dijo Felisberto. Bajó los brazos porque había sentido que el frío se le colaba por los agujeros de los sobacos. Se sentó al lado de ella como un gran mono cansado. Pestañeando bajo la luz anaranjada del velador.

–¿Por qué tardaste tanto? Todo el día sola.

–Estuve pensando que no tenemos que ponernos nerviosos –dijo Felisberto acariciándole el pelo con una mano apremiante. Ella inclinó la cabeza hacia el otro lado–. ¿Vos no pensaste que ya nos olvidamos de otras cosas?

–¿De qué cosas? –la mano de la mujer se volvió blanca como el nácar contra las cartas plastificadas.

–De otras cosas –dijo él. Besándole el cuello, en donde el cartón de la piel se había tensado como una hoja a punto de resquebrajarse.

–¿Qué te pasa?

–Nada. Quería llegar acá.

–¿Qué te pasa? –insistió ella con un grito. Sin furor ni sorpresa.

–Me persiguieron. No les vi la cara, pero me seguían el rastro –dijo él. Bañándole la cara con el aliento, detrás del cual había una mirada limpia y desnuda. Volvió a besarle el cuello sin gusto a nada.

–¿Estás loco? –ella lo empujó con los dos brazos y se apartó hasta la otra punta de la cama–. Salí. ¿Qué te crees, que sos un chico?

Felisberto tardó en moverse. Solamente se logró incorporar en varios movimientos, apoyándose primero en la mesa de luz y después en la pared. Sonreía.

–¿Comiste? –preguntó.

–Arroz –contestó ella. Dos lágrimas redondas y compactas como uvas le brotaron y se detuvieron en los pómulos–. Arroz, ¿me entendiste? Y vos me habías prometido pollo.

Felisberto se fue de la pieza. Atravesó el corredor a oscuras y salió al patio. Bamboleándose sobre la tierra despareja, pateando una goma cortajeada. Encontró una pala cubierta de óxido y empezó a cavar un agujero a medio metro de una planta de malvones mustios. Cuando terminó, dejó caer la pala y se agachó para hundir las manos en el hueco. Sacó una caja de cigarros, la abrió y eligió varios billetes del color de los ladrillos.

–Tenías plata escondida –dijo la mujer. Asomando la cabeza por el marco de la puerta, como una muñeca construida a imagen de ella misma.

–Vos ya lo sabías –dijo él. Se incorporó, caminó hasta ella y le puso los billetes en la mano huesuda.

Ella escondió el puño cerrado abajo de la camisa.

–Bueno, vamos a comprar. ¿Querés?

–No. Andá vos. Yo tengo que trabajar.

Cuando la mujer volvió, lo encontró empapado y bufando como un caballo al lado de un pozo mucho más profundo que el otro. Tenía el estuche con el bandoneón apretado contra la barriga.

—¿Qué estás haciendo?

—Cosas mías —dijo él. Unas gotas puntiagudas de saliva cayeron sobre las hojas del malvón.

Ella se metió en la cocina. Llenó de aceite una sartén y la puso a calentar. Sin desprenderse del pollo envuelto en papel blanco.

—Tanto moverlo, al final lo vas a arruinar y ya no va a valer nada.

—Lo voy a enterrar —dijo él—. Porque ya no se fabrican más. Así en el futuro, cuando ya nadie se acuerde de cómo sonaban, alguien va a poder desenterrarlo y tocar.

—Se va a echar a perder.

—¿Por qué? Es un bandoneón, no una persona.

—Cuando nosotros estemos muertos esta casa la van a tirar abajo —la mujer puso dos cuartos de pollo en la sartén y debió pensar que se había apurado demasiado. No salpicaba.

—Yo voy a dejar una nota explicando todo —dijo Felisberto. Quería tocar un rato más, pero estaba seguro de que ahora ya no le iba a salir tan bien—. Lo importante es que no nos lo roben.

Entonces metió el estuche negro en el pozo, le echó tierra encima con las manos y volvió a la pieza. Sin mirar adentro de la cocina, apretándose la nariz con los dedos sucios. Se acostó sin siquiera sacarse los zapatos y apoyó la mirada en la pantalla del velador: el agujero tenía forma de manzana.

—¿Vos no vas a comer, viejo? —gritó la mujer desde la cocina.

—No —dijo él. —Voy a dormir. A ver si sueño de nuevo lo de anoche.

La mujer entró a la pieza con las manos relucientes de aceite y la camisa cayéndole como un manojo de alas sobre la pollera marrón. Los ojos se le aclararon, pasando del vacío a la ternura. Después volvieron a hacerse neutros.

—¿Y si golpean la puerta? —preguntó.

—Ya sabés —dijo Felisberto—. Ni se te ocurra abrir.

Séptimo arte

Siempre pensé que el misterio era negro
Hoy me encontré con un misterio blanco.

Felisberto Hernández

De todos los barrios que atravesaría la Autopista de Opción, Villa Canedo era el que ofrecía menos problemas a los tasadores: el simple hecho de que en esa zona el recorrido repitiera el dibujo de Combate de los Médanos reducía el trabajo a la mitad. Según el proyecto de la Subsecretaría de Planeamiento Urbanístico, era una verdadera lástima pasar a degüello las dos veredas de la avenida, dado que en Buenos Aires quedaban muy pocas arterias con semejantes jacarandaes. Razón por la cual la margen norte de la popular vía de circulación debía permanecer intacta. La otra vereda, en cambio, iba a desaparecer. Toda la manzana, en realidad. De manera que los futuros viajeros de la autopista tendrían la oportunidad de ver, por un lado, la vereda umbrosa y los negocios amables de Combate de los Médanos y, por el otro, los portales de las casas bajas de Rotterdam, que era la primera paralela a Combate de los Médanos hacia el sur.

Salinas, despreocupado, llegó al barrio a las doce. Previamente se había encontrado en el Imperial de Chacarita con Abeledo, el notario, que todos los días lo miraba leer el diario con la paciencia meliflua de un tipo al que le encomiendan la diversión de una sobrina. Callado, el portafolios sobre las rodillas, la carne de la cintura a punto de desbordar el tejido del pullover y derramarse hasta el suelo por las patas de la silla. A Salinas los silencios le pesaban como a otra gente los reproches; entonces hablaba de lo mal que le hacía el cigarrillo o de las virtudes del deporte. Gran jugador de tenis, como era.

Mientras él estacionaba el Fiat 600 en la vereda norte de Combate de los Médanos, Abeledo despachó su primera frase de la mañana:

—La gimnasia es muy buena para la circulación —después esperó que el coche se detuviera del todo, abrió la puerta y juntó fuerzas para sacar la pierna derecha.

—¿Tiene problemas de circulación? —Salinas puso el freno de mano.

—No.

—Usted habla menos que la mierda —dijo Salinas bajándose.

—Qué va a hacer m'hijito. Se trabaja. A mi edad... —los ojos de Abeledo parecieron aclararse en una sonrisa—. Pero qué bien, ¿vió?

—Sí, ya lo sabía —dijo Salinas mirando la vereda de enfrente. Se arregló el nudo de la corbata: ancha, azul oscuro, muy adecuada a su bigote.

La cuadra de Combate de los Médanos al 2300 estaba ocupada en tres cuartas partes por un paredón. Los afiches de Peñaflor y Sastrería Vega dejaban ver franjas de hormigón pintado de blanco; sobre el filo había

vidrios de botella incrustados y atrás, seguramente, yuyos y basura acumulada. El resto de la cuadra lo ocupaban el cine Toronto y una fábrica de cerámica.

Mientras cruzaban, Salinas se divirtió con las letras curvas de la marquesina: los tubos estaban picados y dejaban ver pedazos de alambre. A la noche deberían faltar dos letras. *Tor n o*. Rosa fluorescente.

—El terreno ya está comprado —dijo.

—¿Ah sí?

—Sí, pensaban levantar un supermercado. Pero ahora les dan un lugar para que construyan otro por Flores. San Pedrito, creo —Salinas pasó entre dos coches estacionados y se miró el pantalón en busca de rastros de polvo, o de barro; pero no—. El resto de la manzana son nada más que casas particulares.

—¿Sí?

—Sí, ¿no le digo? Casas.

Delante del cine había un chico que trataba de arrastrar hacia alguna parte a un fox-terrier manchado. Tiraba de la correa, pero el perro insistía en restregar el flanco contra la corteza negra de un jacarandá. Dudosamente concentrado, el chico tropezó en el cantero del árbol y fue a dar contra Abeledo, cuyo cuerpo de huevo, fofo, indolente, se estremeció. Ninguno dijo nada: se contagiaron mutuamente los fastidios.

Pero a Salinas le pareció un mal augurio. El tropezón y el cartel en la boletería del cine: *Función a la una*, a un costado del umbral humoso de acaroína y desodorante ambiental barato. Lima artificial, como de caramelo. A él, que odiaba los cines de barrio con sus películas de color lavado y tipos con ropa pasada de moda. Las escenas barridas por una lluvia promiscua, hecha de goterones blancos que se ensañaban con las montañas, los muebles y las piernas: copias baratas

para los chicos, que no se fijaban en esas cosas. Una de las puertas de vidrio, muy al costado, estaba abierta: por ahí entraron al hall. No sin antes mirar las fotos retocadas e informarse con escaso entusiasmo de que las de un Burt Lancaster veinte años más joven pertenecían a *Veracruz*, y las otras, de las que era imposible deducir la trama, el género o la profesión de los protagonistas, de una película que a Salinas le sonó a teleteatro: *El corazón es un cazador solitario*.

Una mujer enérgica, cuarentona y canosa, estaba pasando el trapo por las baldosas gris-negras. Luchando, más que con el palo, con el extraño vuelo de su batón azul, demasiado liviano para esa altura de mayo. Envuelta en la adusta soledad de los paneles de terciopelo rojo en donde se anunciaban los próximos estrenos.

—Hasta la una menos cuarto no se abre la boletería —dijo, apoyándose en el palo. Después enderezó la espalda y se masajeó los riñones con la mano libre.

—No, si no vamos a ver la película —Salinas, desabrochándose el saco, miró a Abeledo con una sonrisa suspicaz, como intentando inyectarle simpatía. Pero el otro se limitaba a apretar el maletín contra el estómago.

—*Las* películas —dijo la mujer—. Acá siempre damos dos.

—Sí, claro. Ya me fijé en las fotos.

—No me diga. ¿Vio qué joven estaba Sarita Montiel?

—Sí, y Burt Lancaster parece un pibe.

La mujer volvió a ocuparse de las baldosas. Como queriendo sepultar en lavandina la confabulación de olores que llegaba desde la platea por la puerta abierta.

Sudor infantil, pies mal lavados, colonia para después del baño. Y ceniza, y olor a bola, pensó Salinas. Imborrable por mucho que la señora se esforzase.

—A mí es eso lo que me gusta del cine —dijo la mujer—. No que sea el Séptimo Arte. Me gusta que el tiempo no pasa, que si uno quiere ver envejecer a una persona le basta con no verla en las películas nuevas. No encontrársela, ¿me explico? Como me pasó con la Laureen Bacall, pobre, que cuando actuaba con el esposo era un ángel y ahora está hecha una ruina. Yo la única que vería de ella sería una policial, no me acuerdo como se llama, que eran ella y la hermana. La hermana era Vivian Leigh, tan delicada. La vería siempre, y eso que él no me gusta nada —suspiró, pero no dejó de fregar—. El amargado de Bogart, dicen que tomaba mucho, y cuando se casaron ella era casi una criatura. En cambio en las de ahora, mire, si la vuelvo a ver creo que se me parte el alma. Es una linda mujer, no le digo, elegante, pero no deja de estar para el hospicio.

—¿No le gusta Bogart? —preguntó Abeledo, y en seguida pareció arrepentirse.

—Señora —dijo Salinas. Había aprovechado el monólogo para mirarse en un enorme espejo empotrado al pie de la escalera. Pensó que esa noche no le iba a hacer falta lavarse la cabeza. No valía la pena, por una conocida.

—No —dijo la mujer—. Demasiado seco. A mí me gusta Clark Gable, que era pura simpatía. Una sonrisa como un sol. Y de los de ahora, Robert Redford, mire si soy sincera. Por la cara de vivo que pone a veces.

—Mire, señora —dijo Salinas—. Yo seguiría conversando horas, pero lamentablemente tenemos que hablar con el dueño. ¿Está?

–¿Y ustedes a qué vienen?

–Inspector-tasador Alberto Salinas –dijo Salinas, endureciendo la voz y dando un paso adelante para enseñar la credencial–. De la Subsecretaría de Planeamiento Urbanístico de la Municipalidad.

–Si quieren inspeccionar los baños, desde ya les voy adelantando que están en orden. Por mí...

–El señor es notario. Doctor Abeledo.

–Infinito gusto –Abeledo inclinó la cabeza como un hombre muy cansado.

–Y bar no tenemos, así que tampoco hay que preocuparse por que se cumplan los edictos –dijo la mujer. La carne en la base de los dedos se le había vuelto blanca a fuerza de apretar el palo–. Cuantos menos papeles, mejor.

–No es eso –dijo Salinas con una inflexible voz grave–. Háganos el favor, avísele al dueño que estamos nosotros. ¿Tiene teléfono?

La mujer se detuvo, puso las manos una sobre otra en el cabo del palo y apoyó el mentón. Sin cansancio, casi con furor. Mirándolos fijamente con sus nocturnos ojos verdes.

–Yo soy la dueña.

Salinas se guardó la credencial en el bolsillo interior del saco y carraspeó seriamente, la mano delante de la boca.

–¿Usted es la dueña? –pudo ver de reojo cómo Abeledo asentía con pesadez.

–El cine está a mi nombre. Y además, para qué voy a mentirles, la que manda acá soy yo. Mi marido no le voy a decir que sea un haragán, pero un poquito pusilánime...

–¿Cómo dijo? –Abeledo había levantado las cejas. Lo cual denotaba un inusitado interés.

–Pusilánime. Un carácter más bien tranquilo –la mujer se alisó el vestido y echó hacia atrás un mechón de pelo ceniciento–. Así que cuando lo compramos, me dijo: "Clelia, de esto ocupate vos, que de cine sos la que sabe más". Claro, y además me gusta. En fin, otros coleccionan estampillas. Pero esto es más generoso: la gente viene y pasa un momento agradable. A veces hasta se instruyen, por ejemplo si damos películas de gladiadores, o de invasiones de la Edad Media. Y no me va a decir que la Segunda Guerra Mundial no es un pedazo de historia.

–¿Tiene el título de propiedad? –Salinas había metido las manos en los bolsillos. Conteniendo apenas las ganas de pasearse por el hall. Como un joven fiscal pletórico de poder, hinchando el torso agresivo.

–¿Usted a qué viene?

–Ah, ¿quiere que empecemos a hablar?

–¿Y eso le parece una pregunta?

–Se lo digo porque si quiere seguir contándonos...

–Como guste. Ya que me lo está pidiendo. Bueno –la mujer se alejó con el cepillo y el trapo, por el camino recogió el balde y fue a dejar todo en un rincón. Sin parar de hablar, moviendo firme y rápidamente las piernas gruesas–. La cosa es que cuando vinimos del campo un señor amigo de Ignacio le ofreció el cine. Yo ya había vivido en Buenos Aires y me dije: flor de ocupación. Y lo compramos, se da cuenta. Nos vinimos todos a vivir acá.

–Todos, ¿quiénes?

–Yo, mi marido, mis hijos y mi suegra. Mírela: es esa que ahí viene.

Salinas se dio tiempo para encender un Chester mientras una vieja, la mirada clavada en el piso y dos bolsas de mercado llenas de comida colgando a los

costados, empujaba con el hombro la puerta de vidrio y entraba al hall. Dejando a sus espaldas un sendero de murmullos y metiéndose por fin en la platea.

Salinas dejó escapar tres esmerados anillos de humo, concediéndose tiempo para considerar.

—¿A dónde va?

—Y a dónde va a ir, con lo vieja que está. A cocinar.

—¿Ustedes viven acá?

—Le acabo de decir, ¿no? Vivimos atrás de la pantalla. Lo arreglamos bastante bien, a veces parece increíble: tenemos comedor y dos habitaciones, una para los chicos y la abuela y otra para nosotros. ¿Quiere inspeccionar?

—Si le parece —dijo Abeledo.

—No sea jetón —dijo Salinas. Y a la mujer—: No, la verdad que no. No somos inspectores. Mire, señora, a lo que venimos nosotros es a comprarle el cine.

La mujer volvió a acercarse.

—No está en venta —dijo, y repentinamente pareció que siempre había sabido todo.

Salinas tuvo conciencia de que iba a atacarla con una sonrisa inteligente. Se acarició la corbata, caminó hasta un cenicero de pie, sacudió el cigarrillo y volvió.

—No se haga la que no entiende.

—No me hago.

—¿No sabe lo de la autopista?

—¿Cómo voy a saber? ¿Qué autopista?

—Salió en el diario.

—Si quiere que le diga una cosa, cuando una tiene pasión por el cine no puede andar leyendo el diario. Una cosa es el Séptimo Arte, algo inventado, y otra los diarios, que encima traen buena parte de mentira. ¿Sabe qué peligroso es que a una se le crucen en la cabeza demasiadas historias?

Un suspiro táctico, caviló Salinas. Vérselas con gente idiota. Y abandonar la persuasión cuando no queda más remedio: *su puño se cerró como el símbolo de una condena.*

—La nueva Autopista de Opción que la Municipalidad piensa construir desde Congreso hasta el GB 3 va a pasar por acá. Y usted tiene la mala suerte de que su cine está en el camino. Si hubiera estado en la vereda de enfrente se habría salvado. Cosas de la vida... Pero el intendente y la empresa que obtuvo la licitación, cuyo nombre no me dejan revelar por el momento, piensan que se debe indemnizar adecuadamente a los damnificados —las mejillas de Salinas se distendieron al influjo de un paternalismo que no reconocía del todo, pero con el que había llegado a convivir—: Usted me firma un papel, el notario testifica, la empresa demuele el cine con el resto de la manzana y nosotros le entregamos un departamento y un local para un negocio en Flores o Tablada, que son los lugares que me van quedando. Más claro, agua.

—¿Qué negocio?

—¿Cómo?

—Digo que qué clase de negocio.

—Qué se yo, señora, lo que quiera. ¿Le gusta una fiambrería? Va y la pone, siempre y cuando no haya demasiada competencia. Y si no una mercería, por ejemplo, para que la abuela tenga cintitas y botones.

—No no no. No me convence —dijo la mujer encogiéndose de hombros. Los ojos, que regresaban de la astucia y otra vez eran duros y cándidos, estaban diciendo que era una lástima no poder llegar a un acuerdo. Dando el hecho por saldado, como quien deniega el permiso para hacer fuego en un bosque.

Salinas, llamándose a la indulgencia, pensó que no

se debía ser violento con los infradotados. En especial cuando la victoria estaba asegurada. *El irreversible desarrollo de la urbe moderna.*

Miró uno de los paneles de fotografías: para la semana siguiente anunciaban *El affaire de Thomas Crown*. La había visto; *Los molinos de tu pensamiento*. Y se acordaba haber pensado que Steve Mc Queen no debería tener problemas con las mujeres.

—No me tire la ceniza en el suelo.

—No, no se preocupe —Salinas aplastó el cigarrillo en el cenicero—. Pero claro, no se trata de que a usted esto la convenza o no. La autopista se va a construir de todas maneras, me comprende. Y si usted quiere otro lugar para vivir, un buen departamento, va a ser mejor que firme. El acuerdo, en principio. Después discutiremos las condiciones —miró al hombre con forma de flan—: Abeledo, enséñele los contratos a la señora.

—En seguida —Abeledo apoyó el maletín en un muslo y rebuscó.

—Usted, joven, es un impertinente. Y está muy equivocado.

—Por favor, no seamos inocentes.

—¿Se cree que soy retardada? Cambiar un cine por una fiambrería... Ni por una librería...

—No me malinterprete.

—Inocencia, hágame el favor. La cuestión es vivir como a uno le gusta. ¿Está envidioso? A nosotros nos gusta esto y a la gente del barrio también. Mire cómo empiezan a llegar.

Salinas giró la cabeza y vio una cola frente a la boletería. Quince, tal vez veinte. Leyendo distraídamente el diario, mapas de avidez. Colegiales vagos, dos mujeres posiblemente viudas que consultaban el reloj.

—Acá tiene —dijo Abeledo extendiendo un contrato.

—A la una damos la del corazón solitario. Es una película muy triste pero muy humana.

—Bueno, entonces podemos terminar antes —dijo Salinas sacando otro cigarrillo.

—Para mí traer películas así es como una misión moral. Se trata de un montón de personas que tienen dificultades para comunicarse, fijesé que el protagonista es sordo. Pero hay que ver qué capacidad de comprensión.

Salinas sintió ganas de zamarrearla.

—Vea señora, acá tenemos un proyecto decidido por un organismo oficial y no hay tu tía. O firma por las buenas, o le demolemos el cine y encima se quedan todos en la calle.

—La guerra es peligrosa —murmuró la mujer. Después, mirando hacia la puerta de la platea, gritó—: Elina.

—Mejor no nos pongamos nerviosos, porque sería una lástima que esto terminara mal —Salinas se dio cuenta de que Abeledo seguía sosteniendo el papel—. ¿Y usted qué hace con esas hojas, pedazo de imbécil?

—No insulte —dijo la mujer—. ELINA.

—Con un poco de mala leche puedo llegar a acusarla de insubordinación ante el intendente.

—¿Hay precedentes? —preguntó Abeledo. Y para sí mismo—: No hay caso con alguna gente.

—ELINA.

No aparecía nadie que pudiera llamarse así. Pero en cambio, desde la baranda que bordeaba el vestíbulo del pullman, cinco metros por encima de Salinas, se dejó oír una pastosa voz vegetal.

—¿Qué pasa Clelia? —dijo la voz. Salinas vio que

provenía de la boca ácida de un hombre de chaleco y bigotito.

—¿Dónde está tu hija? —preguntó la mujer.

—También es hija tuya.

—Ya voy —dijo la presunta Elina, y apareció por la puerta de la platea. Tenía el largo pelo rubio recogido con una cinta azul. Preciosura de dieciséis años, calculó Salinas. Y nariz insumisa, e inquietos ojos negros.

—El señor dice que viene a comprarnos el cine.

—Buen día —dijo Elina.

—Cómo te va —dijo Salinas.

—Mayor gusto —dijo Abeledo.

—Y ahora —dijo Salinas— permítame aclararle que yo no tengo por qué discutir con mocosos.

—El señor es un representante de la Municipalidad...

—Que les informa que este cine va a ser demolido para construir la Autopista de Opción —la voz de Salinas parecía reptar entre las dos mujeres—. Es la tercera vez que lo digo, y ya me voy cansando.

—Ja —el hombre del bigotito parecía divertido.

Salinas empezó a sentirse mareado. Los ojos de Abeledo denotaban miedo, clavados como estaban en esa mujer que otra vez parecía saber demasiado.

—Bueno, mi mamá ya les habrá explicado que para nosotros el cine es muy importante. Casi una cuestión de vida o muerte —dijo Elina, sumamente educada, con una dulzura que no llamaba a la confianza y pómulos perversos que parecían vivir por su cuenta—. La abuela ya empezó a preparar la comida, mami.

—Entonces yo voy a abrir la boletería y después vos venís a relevarme.

—¿Y yo qué soy, el hijo de la pavota? —dijo el hombre, desde arriba.

—¿Otra vez con lo mismo? ¿Todos los días? —pre-

guntó la mujer, verdaderamente alterada. Sus ojos barrieron a Abeledo como una ventisca—: comemos por turno, sabe. Cuando los chicos terminan, Elina viene a ponerse por mí en la boletería y Albertito va a la sala de proyección. Pero este hombre no aprende nunca.

Salinas dejó caer el cigarrillo en las baldosas y lo pisó.

—Eso me lo va a pagar —dijo la mujer, con un tono tardo que a Salinas le sonó lóbrego. Un repentino sudor.

—Ultima oportunidad: ¿va a firmar o no? Entre otras cosas, señora, vivimos en estado de sitio. La topadora no necesita pedir permiso, le recuerdo.

—Usted es un sinvergüenza. Y me está retrasando la función. Y se me está acabando la paciencia. Tengo que ir a vender las entradas, así que si me disculpa...

—¿Entonces quiere que lo dejemos así? —Salinas supuso que esa pregunta era mucho más amenazadora que todas las advertencias.

—Yo creo que usted no sabe en qué se mete —dijo la mujer. Compasivamente, rastrillando el largo cabello orgulloso con sus dedos largos.

—Elina, contale al señor lo que aprendiste.

—Yo sé leer al revés —dijo Elina con cierta prudencia.

—Un fenómeno, la chica —dijo desde arriba el padre.

—Bueno, me voy —avisó Salinas.

—No; espere —ordenó la chica—. Sé leer al revés porque tuve que aprender a la fuerza. Para que pudiéramos enterarnos todos del argumento de las películas. Porque atrás de la pantalla también se ve, sabe.

—No tenía noticia de eso —dijo Abeledo.

Salinas se golpeó la frente con los nudillos.

—Claro, se ve igual que desde las butacas. Pero las letras salen al revés. Por eso yo aprendí a leerlas. Antes nos quedábamos todos en babia y había peleas por quién se sentaba en las butacas. Pero quedaba muy mal, poco serio. Así que ahora yo les cuento. El único problema es que lo de la derecha pasa a la izquierda, pero no es tan grave.

—Yo tuve que aprender a manejar el proyector —dijo el del bigote.

Salinas le arrancó a Abeledo el papel que aún tenía en la mano. Con un gesto de despótica grandeza.

—Todo muy lindo, pero a mí me importa un carajo.

—¿No le da pena? —preguntó la chica.

—Oíme, nena. Para mí esto es un trabajo. Venía a darles la oportunidad de conseguir un departamento nuevo y dinero para poner un negocio. Pero parece que me equivoqué —volvió a golpearse la frente y torció la boca—: Un poco rayados, eso es lo que están. Y no se puede perder más el tiempo.

De pronto la expresión de la mujer canosa se hizo profunda. O depravada, pensó Salinas. Pero en todo caso la mirada era rara y brillante.

—En la película que damos hay un hombre que se suicida. Yo creo que es porque no puede escuchar música, por esas crueldades de la naturaleza.

—Es un tema interesante —dijo Abeledo—. Por lo menos a mí me interesa.

—Pueden quedarse a verla.

—Ustedes perdieron como en la guerra —murmuró Salinas.

—Yo sabía que iba a decir eso —dijo el hombre del pullman, entretenido.

—Vos metete en la cabina, que dentro de diez mi-

nutos empezamos. Y esperame, que tengo que hablarte, ¿eh?

—Bueno, entonces me voy —dijo la chica.

La mujer la llevó aparte un momento y le dijo algo al oído.

—Lo que les recomiendo es que vayan transportando los muebles a otra parte —dijo Salinas cuando la mujer volvió, sin saber por qué se quedaba ahí parado. Siguió con la mirada la cinta azul de Elina. Alejándose confundida con el pelo rubio. Y el pantalón rojo que le apretaba las nalgas.

—Quédese —dijo la mujer—. Yo me voy a vender las entradas porque ya se hizo demasiado tarde —miró la cola que se había ido extendiendo por la vereda—. Pero quédese. Gratis, mire. Va a tener que ver la del sordo. Pero a lo mejor la otra le gusta. Es de convoys.

—¿Usted se piensa que soy boludo?

—¿Quién le dijo eso? Es una invitación.

—Señora, le doy una oportunidad más. No hay manera de que salve el local. El asunto está li-qui-da-do.

—Eso me parece que ya lo oí varias veces —dijo la voz de arriba.

—Metete en la cabina, Ignacio.

—Simpático, su marido —dijo Abeledo.

—Así es el progreso —dijo Salinas abriendo las manos. Estuvo un momento mirándoselas: algo improcedente—. Dentro de tres meses, todo esto es un montón de escombros.

—¿Tres meses? —preguntó alegremente la mujer.

—Lo que oyó.

—Tres meses son mucho tiempo.

—Es la misma historia.

—No, qué va a ser —dijo la mujer, cada vez más entusiasmada—. Yo al cine no lo traiciono. No conviene.

Salinas la miró destrabar la puerta de vidrio y meterse en la boletería. Por lo que advertía, no había acomodadores.

Levantó el secador y el trapo que habían quedado en el piso y los puso junto a la pared, con el balde. Como alguien que empieza a intimar con el enemigo. Invadido por los espectadores de rostros contrariados que partían sus propias entradas y se apuraban a buscar ubicación.

—Yo, por mí, me quedaría —dijo el notario.

De modo que entraron a la platea. Salinas accedió con alivio a que Abeledo se quedara en el fondo, porque no tenía los anteojos para ver de cerca, y se acomodó en la tercera fila, bajo una caricia de tufos macerados y otra más alentadora: cebollas, ajíes, azafrán, vapor de cacerolas y grasa de carne a la plancha detrás de la pantalla. Y un entrechocarse de platos y cubiertos entre diálogos siseados. Todo se le deslizaba por una grieta en la sien y lo hacía balancearse entre la pena y la incorruptibilidad. Algo tan propio del que ejecuta el párrafo más odioso de la partitura del progreso.

Del otro lado, Elina hablaba con su hermano y su abuela.

—Hay uno que está en la tercera fila, que nos vino a amenazar con que van a tirar abajo el cine.

—¡No!

—Sí, dijo que iba en serio.

—¿Y los de las películas?

—Vos callate. Mami dice que ya saben. Que saben todo.

—Yo esta nueva no la vi.

—Es muy linda.

—Dale, comé y mientras me vas contando.

—No hagas tanto ruido, Alberto.

—No se escucha.

—Sí que se escucha. El de la Municipalidad va a escuchar. ¿No te digo que está en la tercera fila?

—A ver.

—Quedate acá, Alberto. Y comé, que tenés que ir a relevar a papá.

—Bueno, entonces después lo veo.

—¿Y qué vamos a hacer, nena?

—¿Con qué?

—Con la demolición.

—A lo mejor mamá sabe algo.

—¿Vos creés?

—Se la pasa diciendo que los de las películas nos van a ayudar.

—Eso son pavadas.

—Sí, claro.

—Mirá, apagaron la luz.

Media hora después la atención de Salinas flotaba como un cuerpo vacío entre la película y los murmullos. La camisa pegada a la espalda, el nudo de la corbata flojo, cuarenta espectadores respirando por detrás de su nuca, impasibles ante el asco de una copia llovida. Sentía los brazos flojos y en los pulmones la carga abrumadora de un humo que no había fumado. Expandiéndose por todo el cuerpo, mezclado con la tristeza que le iba contagiando la película. Era la historia de dos sordomudos que vivían en un pueblo, uno eufórico y gordo, el otro taciturno. No la pasaban mal, pero un día al alegre se lo llevaban a una residencia y el otro, más solo que una sombra, empezaba a cenar en el bar del pueblo. Ahí conocía al dueño, un tipo de bigotes y cabeza de aceituna que vivía detrás de la caja, a un anarquista borracho que trabaja-

ba en el parque de diversiones, y a una chica de catorce años que había descubierto la música y quería ser bailarina. Pero en el pueblo no tenía futuro; se amargaba la existencia y le sucedía lo mismo que a los otros: tanta atención y simpatía encontraban en la mirada silenciosa del sordomudo que terminaban por hablar solamente con él. Como si fuera un pozo de confesiones. Lo cual no quitaba que, rodeado de gente frustrada y cariñosa como estaba, el pobre tipo no siguiera sufriendo. Aislado en su mundo hueco, sin otra posibilidad que leer los labios de los demás para comprenderlos. Eso pensó Salinas, casi al borde de la náusea.

Ahora la chica, que se llamaba Mick, y el sordomudo estaban escuchando la radio en la pieza de él. Estaban, era un decir: el sordo la miraba bailar y seguramente se imaginaba. Tenía el ceño fruncido por el esfuerzo.

—¿Qué pasa?

—Se terminó la música, abuela, y ella dejó de bailar.

—¿Y él, que estaba tan contento?

—¿No ves que tiene los ojos cerrados?

—Mueve la cabeza.

—Claro, se imagina que oye.

—Ay, se va a dar cuenta que terminó la música.

—Y a ella le da una pena...

—Pobre hombre.

A Salinas, que esperaba algún motivo de alivio y pensaba que debería trabajar el sábado a la mañana para recuperar tiempo, le pareció lógico que diez minutos después el sordomudo diera señales de querer suicidarse. Sucedía en un escena súbita. En su cuarto, con una expresión intensa y penosa, abría un cajón y sacaba un revólver. Salinas se imaginó que se lo iba a

llevar a la sien y no se equivocó del todo. Pero lo que no esperaba era que el sordo diera unos pasos adelante y saliera de la pantalla. Sobrio, diligente, irritado. Cuando avanzó por el proscenio y se detuvo al borde de la escalerita para apuntar, parecía mascullar algo.

—Qué dice?

—Piensa, abuela, cómo va a hablar.

—Claro, no hay letras. Decime qué piensa.

—Algo sobre que la gente tiene derecho a suicidarse todos los días, sin que la interrumpan.

—Elina.

—Te juro que está pensando eso.

En la frente de Salinas las palabras se hicieron polvo y el asombro quedó chamuscado por el calor del balazo. El disparo siguió resonando en la bóveda del techo, burlón, concluyente, agudizándose con el dolor insoportable, mientras la cabeza le caía para atrás como un vaso en una caja sin fondo, desde donde aún pudo ver que el sordo regresaba tristemente a la pantalla y, con una mueca pacífica, casi respetuosa, se pegaba un tiro él también. En medio de la desesperación de Abeledo, que soltaba un gemido tísico y salía gritando con su voz de pato: Señora, señora, por favor.

El inútil, fue lo último que pensó Salinas: *en vez de escaparse de una vez por todas de este cine de mierda y llamar a todos los patrulleros de la ciudad.*

A Quim

La madre del soldado

¿Esta es Quiroga? –preguntó el teniente Salgado.

–Sí.

–Entonces fíjese a qué altura estamos.

–Sí, claro, mi teniente –dijo el Sargento Benelli soltando el humo del cigarrillo contra el parabrisas.

El teniente pensó que al sargento no le gustaba que lo mandaran de comisión los fines de semana. Menos todavía con ese mezquino calor de noviembre que producía una inexplicable desazón. Y mucho menos con un ataúd en el jeep, entre los dos soldados que estaban sentados atrás.

–¿Y?

–Faltan más de diez cuadras.

–¿Y por qué va a veinte?

–Ah, no. No sé.

El sargento se había sobresaltado y el teniente tra-

tó de explicarse no el sobresalto sino el letargo anterior. Como si el sol que fundía el alquitrán de la raya sobre el pavimento lo empujara a ser cauteloso. Como si metiendo ruido pudieran llegar a advertirlo las mujeres que volvían de las compras. Pocas, en realidad: Un barrio tranquilo o inerte. El sargento aceleró.

—No —dijo el teniente.

—No, ¿qué?

—Que no acelere.

Después de todo estaban llevando un muerto, un pobre soldado que justamente el día anterior a un fin de semana franco había sido víctima de un infausto accidente. El teniente Salgado se repitió la palabra Infausto, pensando que era la clase de sonido que jamás se hubiera imaginado saliendo de su garganta. Y sin embargo era tan apropiado. La oportunidad perfecta para estrenarlo. Por lo demás, era lo único que se le ocurría. Después de sacarse el casquete se rascó la cabeza con las pulidas uñas redondas; sopló el polvito de caspa que las había opacado y en ese mismo instante volvió a sentir el aguijonazo que le había ardido toda la noche desde el estrépito del disparo, y durante el desayuno, mientras en el casino de oficiales, debatían qué hacer. Buscó el aguijón a escondidas de la mirada verde del sargento. Pero no era posible en una piel callosa y hecha a las inclemencias como la suya. Tal vez fuera una añoranza de heroísmo y vida militar verdadera, algo sepultado con la academia. O los tiempos: tantas tareas por hacer y él confinado a un cuartel en donde un inútil se olvidaba de ponerle el seguro al FAL.

Un inútil, se repitió el teniente. Insolente, además, con una mirada turbia y una falsa sonrisita tímida. Aunque nunca lo hubiera confirmado con palabras.

–¿Usted qué piensa, Benelli?

–¿Ahora?

–No, ahora, no. Digo qué piensa de esto.

–Ah. Yo, que el destino, mi teniente. Está como firmado.

El teniente supuso que el sargento era un almohadón que había perdido categoría a fuerza de que lo usaran para sentarse y no para apoyar la cabeza. Todos los suboficiales. Servían para llegar a ciertos lugares sin error considerable. Para llevar un muerto a casa de sus padres en un barrio de casas bajas, humosas, somnolientas. La calle Quiroga. ¿Qué sería? ¿Villa Ballester? ¿San Andrés? ¿San Martín? Para eso servían los sargentos y los cabos, pensó el teniente, y sintió una vez más el aguijonazo y rogó no sufrir un ataque de artritis. Porque se estaban acercando: el pavimento se había acabado y ahora el jeep daba tumbos y cabezazos entre los pozos de una calle de tierra. Se preguntó si odiaría a los parientes tanto como había odiado al soldado. Sin razón, pero con una inflexible confianza: esas cosas se adivinaban al primer golpe de vista. Estiró la cabeza hacia atrás y torció la boca.

–Agrelo.

–Sí mi teniente –el soldado sentado a la derecha del ataúd enderezó la espalda.

–¿Usted qué opina de esto?

–¿De esto, mi teniente? –el soldado Agrelo miró a su compañero y pareció descubrir que en ese rostro abúlico no había nada por hurgar. El teniente comprendió que lo hacía para ganar tiempo: eran arteros, ladinos. Y se hacían los ingenuos. Pésima materia prima. ¿Para construír qué?

–Sí, de esto. No se haga el estúpido, recluta.

–Es muy raro. Digo, que a uno se le dispare el fusil.

—A mí no me hubiera pasado —dijo el otro soldado.

—A usted nadie le preguntó nada.

—Se habrá quedado dormido —dijo el sargento—. Y lo demás lo hizo el destino.

—¿Sabe una cosa? Yo... a Lazzatti lo conocía. Un poco. No me parece que fuera de la clase de gente que se queda dormida.

—¿Y eso? —el teniente pensó que ahí estaba la cosa: los dos eran de la misma calaña. Con la única diferencia de que el muerto había tenido sus razones para guardarse lo que pensaba—. ¿Usted cree que existe una clase de gente...?

—Yo lo que pienso, mi teniente, es que no era ningún tonto.

—Yo también, Agrelo.

—Sí mi teniente.

—¿De qué hablaban?

El soldado se despegó la camisa de la piel de la espalda. Salgado quiso mirarlo pero le costaba girar más el cuello. Pensó: estará intentando que la rabia de quedarse sin un franco no se mezcle con esto.

—Poca cosa.

—Usted le tenía simpatía. No me mienta porque lo meto en el calabozo.

—El quería poner un taller mecánico. Algo raro, porque no era de esos que les gustan los coches de carrera. Decía que le hacía bien tener las manos llenas de grasa. Pero un taller costaba mucho.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Bueno, no estaba muy seguro de por qué hacía las cosas. Pero me parece que no quería que lo molestaran. Le daba bronca.

—Una putita.

—Bueno, las mujeres le gustaban.

–Igual.

–Mi teniente –dijo el sargento.

–Cállese, Benelli.

–Puede ser que se haya suicidado, ¿no? –dijo el soldado Agrelo.

–Puede ser todo, me cago en diez. Usted qué se cree que es, ¿filósofo?

–No mi teniente.

–No, no se suicidó. Qué se yo, un accidente. O lo mataron. Le voy a decir una cosa, Agrelo: el soldado tiene que aprender a joderse. Todos tenemos que aprender a jodernos. Hay muertes tan estúpidas.

–Claro –dijo el otro soldado.

–Y lo peor es tener que dar explicaciones. Usted, Agrelo...

–Sí, mi teniente.

–Ustedes todos, creen que los militares no sentimos. Que el sargento y yo no sentimos.

El soldado miró la nuca colorada del sargento, el pelo bien recortado, la pelusa rubia.

–No mi teniente.

–No sea hipócrita, soldado. Qué mierda saben ustedes de la vida militar. Si hubiera muerto en combate tendríamos que estar orgullosos. Así, lo único que se puede hacer es despreciarlo –el teniente dejó escapar un sonido de latón, una risa hermética o un carraspeo. Se acomodó en el asiento– ¿Llegamos, sargento?

El sargento atisbaba las casas informes, mezcla de ladrillos, aglomerado y planchas de cinc, las flores languideciendo bajo el sol en latas de aceite despintadas. Frenó el jeep y se pasó un pañuelo por la frente.

–No hay números. Voy a preguntar.

Con un pesado fastidio el sargento se acercó a un grupo de chicas que conversaban en un costado de la

calle, los vestidos polvorientos confundidos con el aire. El teniente lo vio hablar unas palabras con ellas y volver al jeep mientras trataba de habituarse a la atmósfera detenida. Del polvo y el olor a agua estancada, de las plantas raquíticas y los ladrillos desnudos no sacaría palabras precisamente. Resopló.

—¿Averiguó algo?

—Es ahí enfrente. Dicen que tienen siete hijos.

—Seis.

Despegándose de las piernas la tela de las bombachas, el teniente hizo rechinar las bisagras de un portón hecho con maderas de cajón y cruzó lo que podría haber sido un jardín pero no era más que un rectángulo de tierra. Levemente más oscura y plana que la de la calle. Como si alguien hubiera echado agua con la esperanza de que creciera pasto. La casa era una construcción de concreto, parecida a lo que dibujaban los chicos. Por lo que creyó ver, atrás habían agregado otras piezas con madera y chapa. Compraban los terrenos a plazos y los llenaban como podían. Golpeó.

Ahora la madre de Lazzatti recordaba entre sollozos a sus otros seis hijos, todos varones, y si bien seguía refugiándose en un rincón y se apretaba las sienes con los dedos, ya lograba articular algunas frases. Que repartían culpas y abandonos y parecían querer tocar a esos hijos para hacerles oscuras preguntas. El teniente Salgado, parado casi en el centro de la habitación, dudaba si debía o no apoyarse en la mesa demasiado pretenciosa. Dejó vagar la mirada por los cuadros fosforescentes sobre el empapelado amarillo, los dos sillones cama, la cortina de lona que escondía la cocina, una planta que había crecido enredándose

en las varillas de la estantería. Hasta volver a las convulsiones cada vez más exhaustas y espaciadas de la mujer. Pensó que no debía fumar muy rápido el cigarrillo. Aunque tampoco le importaba demostrar impaciencia.

—¿Quién tuvo la culpa?

—Por favor, señora, si lo supiéramos...

—No me mienta. Lo único que le pido...

—Imagínese que si nosotros tuviéramos una idea...

—Fue un accidente muy desgraciado —dijo el sargento, apoyado en el marco de la puerta de calle.

—Ustedes tienen que saberlo, me están mintiendo, yo lo sé, yo sé que lo mataron, ¿por qué no me lo dicen?

—Señora.

—Ustedes lo único que saben es... era un chico tan bueno... muy metido en sus cosas... Ustedes lo único que saben es no decir nada.

El teniente apagó el cigarrillo.

—Hágame el favor de no decir cosas de más, señora.

—¿Pero usted qué se creyó? Yo voy a decir lo que me dé la gana, al final era mi hijo, ¿no?, qué mierda se creyeron —la mujer dejó caer los brazos repentinamente, para mantenerlos rígidos a los costados del cuerpo; se persignó.

—Por Dios. Mire, perdóneme.

—Estamos todos un poco nerviosos.

—Cállese, Benelli —dijo el teniente. Encendiendo otro cigarrillo con una íntima decepción.

El pecho de la mujer se hinchó como en un espasmo o un suspiro gigantesco. Algo como el definitivo final del llanto. Que no obedecía, pensó el teniente, a lo que la gente quería decir cuando hablaba de alguien que ya no tenía lágrimas que derramar.

—Perdóneme. ¿Cómo fue?

—Ya se lo dije —el teniente largó el humo entrecerrando los ojos. Sabía que la mujer no estaba demasiado desesperada, como si largas tardes de sol a pico bajo las chapas de la otra pieza, en dónde se veía una máquina remalladora, le hubieran ido calcinando la sorpresa, el afecto, la capacidad de preguntar por algo más que lo obvio—. Era el tercer turno de guardia, un poco antes de la una, su hijo estaba en un puesto, no le voy a decir cuál porque...

La mujer se acercó a la mesa, empujó una silla y se sentó.

—Tome asiento.

—No, gracias.

—¿Y el sargento?

—Si quiere.

—Claro —el sargento Benelli avanzó—. Gracias.

—Le decía, señora. Un accidente. Siempre les repetimos a los soldados que tengan puesto el seguro del...

—Hoy tenía franco —dijo la mujer mirando el piso.

El teniente hizo jugar el cigarrillo entre los dedos. Vio que el sargento buscaba los suyos en el bolsillo de la camisa y supuso que se los había olvidado en el jeep. Pero no le ofreció.

—Sí, creo que nunca se había quedado castigado.

—No, él no. Mi marido decía que debía estar acomodado con algún oficial.

—Por favor, señora.

—Mi marido va a venir a las dos y media.

El teniente volvió a recorrer con la mirada los extravagantes muebles apolillados, los ovillos de lana sobre una repisa, otra vez los cuadros de los fosforescentes paisajes nevados. De la otra pieza llegaba un olor a tierra y cuerpos gastados que se mezclaba con

un aroma de comida que el teniente no logró identificar.

—Señora.

—Porque le teníamos preparada una sorpresa.

—¿A su marido?

—No, a mi hijo.

—Señora —repitió el teniente.

—Habíamos comprado un lechón.

—Mire, tiene que decirnos qué vamos a hacer con el cajón.

—Era lo que más le gustaba —la mujer encogió los hombros y la boca se le contrajo en una mueca distante. Tenía una cara redonda y marchita, como una hortensia seca.

—¿Cómo? —el teniente se esforzaba por salir de la modorra.

—Sí, el lechón, le encantaba.

—¿Y ahora?

—Ahora no lo va a poder comer.

—La vida sigue —dijo el sargento—. Eso es algo que tenemos que entender, señora. Nosotros todavía...

—Mire, lo compramos ayer a la tarde. Y yo hoy no trabajé para prepararselo. Yo soy remalladora. De pulóveres, ahí está la máquina. Bien condimentado, con batatas y ajíes —de repente la mujer levantó la vista y clavó los ojos casi negros en el teniente—: ¿Dónde fue el tiro?

—En el cuello.

—¿Sabe una cosa, teniente? No quiero verlo.

—Pero el cajón...

—Tienen que traerlo, ¿no?

—Y claro, señora. Lo trajimos para dejárselo.

—Sí. Ya sé —la madre de Lazzatti pareció sobrecogerse. Pero no porque la aterrorizara ver el cajón con

el cadáver de su hijo, creyó el teniente, sino como abrumada por una pena más vieja. De todos modos esta vez tampoco iba a llorar—. Pero yo no quiero verlo, es algo que les pido, cuando venga mi marido...

—No estamos obligados a mostrárselo.

—Bueno —dijo el sargento—. El reconocimiento, mi teniente.

—Eso son pavadas.

—Bueno —dijo la mujer—. Cuando quieran. Qué cosa, ¿no?

—¿Qué, señora?

—Y ahora qué vamos a hacer.

Desgarbados, aburridos, los dos soldados fumaban bajo el sol apoyados en el guardabarros del jeep, mientras sus miradas vacías contemplaban la gente que se había ido agolpando frente a la puerta de la casa. El teniente enderezó la columna y se abrió paso. Sintiendo que el carraspeo y la indecisión del sargento le alimentaban un odio placentero.

—¿De dónde salió esa gente? —preguntó al llegar al jeep.

—No sé —dijo el soldado Agrelo.

—Son vecinos —dijo el otro—. Las chicas esas que hablaron con el sargento vinieron a preguntarnos y nosotros les explicamos lo que pasaba.

—¿Ustedes son boludos? ¿Qué se meten a contar lo que no les importa?

—Teniente —dijo el sargento.

—Cállese.

—Es vecino de ellos.

El teniente se puso el casquete.

—Hay que bajar el cajón.

Los dos soldados subieron al jeep y movieron el

ataúd usando las manijas traseras. El teniente y el sargento lo esperaron abajo y después los cuatro avanzaron lentamente hacia la casa como caballos cancinos, ajenos a los murmullos resecos.

Entonces aparecieron las mujeres de negro. Cinco, siete, al teniente no le preocupó distinguir exactamente cuántas. Trágicas, activas, los pañuelos escondiéndoles las cabezas gachas. Como escarabajos, Disciplinadamente dejaron paso a los militares. Pero les importamos poco, pensó el teniente.

La madre de Lazzatti volvió a abrir la puerta y les pidió que dejaran el ataúd en la habitación de atrás. Tuvieron que mover un poco la mesa. Apenas lo depositaron sobre unos caballetes que ella había preparado, las mujeres de negro entraron arrastrando los pies y su murmullo de ventisca se convirtió en un llanto acompasado, ligeramente histérico. Un coro de gemidos crispados. Que no contagiaba ninguna tristeza, pensó el teniente. Miedo, más bien, o asfixia.

—Son así —dijo la madre de Lazzatti. Se había sacado el delantal.

—Así, ¿cómo? —el teniente aspiró el tufo de las pieles viejas que se mezclaba con el olor de la carne asada, perfumada de tomillo.

—Así, italianas.

—Estas cosas no pasan —dijo el sargento.

—Sí que pasan —dijo la mujer—. Pero, sabe, una nunca piensa que el hijo de una... no sé. Ellas dicen que el muerto se siente más acompañado.

—Bueno —tosió el teniente—. Acá no tenemos nada que hacer. Soldados.

—Sí.

—Sí, *mi teniente.*

—Sí mi teniente.

Los soldados habían tenido que apartarse de la puerta que llevaba al comedor, porque habían empezado a llegar vecinos. Para apoyarse austeramente en las paredes, de pie detrás de las torvas figuras negras que se balanceaban en las sillas. Los vecinos, descubrió el teniente, agravaban la voz para decirle a la mujer Animo, Pía y La Vida continúa y Era un buen chico. Circunspectos y doloridos. Como si verdaderamente hubieran sabido qué clase de tipo iba a llegar a ser el muerto.

—Esperen en el jeep. Pueden fumar.

—¿No los va a dejar? —preguntó la mujer cuando los soldados salían.

—¿A qué?

—No sé... usted y el sargento.

—La comprendemos, señora. ¿No se lo dije?

—Por favor, siéntense un ratito.

Los dos hombres se sentaron y apoyaron los codos en la mesa. Apretando las mandíbulas, sudorosos, mientras el teniente se preguntaba por qué esa tensión y la ronquera que persistía, si el trabajo ya había terminado. Tal vez el rumor lúgubre del lloriqueo. O las manos fláccidas de la mujer. O el hule que cubría la mesa.

—Teniente, yo querría.

—Sí, diga, señora.

—¿Ustedes lo querían?

El teniente sacó un cigarrillo.

—¿No me puede dar un vaso de agua?

—¿No prefiere un poco de vino? —la mujer se levantó, desapareció detrás de la cortina de lona y volvió con una botella de vino blanco y dos vasos. Fue como si el olor penetrante de los ajíes y el tomillo y el laurel se hubiesen apropiado del aire.

—Mucho —dijo el sargento.

—¿Cómo?

—Que era un muchacho muy querido.

El teniente se mojó los labios. *Cavic*, dulzón, puro colorante; le hubiese gustado escupirlo sobre la tierra de la entrada. Habrían nacido gladiolos.

—No —dijo.

—No entiendo —dijo la mujer bajando los párpados.

—Que no es cierto. El sargento miente.

Nooo...

—Bueno, puede ser que para usted fuera un buen soldado. Para mí no.

—Es muy triste —dijo la mujer—. Todo es muy triste. Le pensábamos dar una sorpresa. Yo...

—Depende —dijo el teniente.

Cruzó las piernas. Las paredes del cuarto donde estaba el ataúd crujían en el aire saturado de llanto. Y todavía de vez en cuando entraba algún vecino silencioso, a veces un chico, y todos apoyaban una mano en el hombro de la mujer y se deslizaban a la otra pieza. Ignorando a los hombres de uniforme que ya no eran responsables del cuerpo encajonado.

—Usted no lo quería.

—Se lo acabo de decir.

—Teniente.

—¿Qué quiere?

—Cálmese —dijo el sargento.

—¿Ustedes lo mataron? Digo, alguno de ustedes. Porque en una de esas, a veces...

El teniente sintió que el vino le socavaba la voluntad.

—No piense cosas raras, señora.

Ahora la mujer lo escrutaba con una mirada lerda y compasiva. El teniente comprendió que no le hubie-

ra guardado rencor aunque él mismo hubiera sido el asesino. Ella estaba allí para aceptar lo que sucediera fuera de su casa. Y para permitir que entraran las viejas moqueantes, y para preparar los caballetes para el ataúd.

—No, si la verdad es que no creo —se pasó el borde del delantal por la nariz—. Teniente.

—Sí.

—No sabe cómo le gustaba el lechón a mi hijo.

—Me imagino.

—Yo estaba pensando...

Una vaga picazón en la base del cuello, como si le caminara una mosca. El teniente creyó que empezaba a entender por qué no se había ido antes.

—Sí, señora, la escucho.

—¿Qué vamos a hacer con el lechón? Ya va a estar casi listo, a esta hora él siempre llegaba cuando le daban franco.

—No piense en esas cosas —dijo el sargento.

—Pensar no hace mal —dijo el teniente—. El que se olvida demasido pronto, tarde o temprano tiene pesadillas.

—Sí, puede ser —dijo la madre de Lazzatti—. Entonces.

—Como usted quiera, señora.

Quizás, imaginó el teniente, el ataúd se balancease ahora sobre la maroma de lágrimas y polvo y húmedas ropas negras. Entonces la carne tendría mejor gusto y sería como estar en otra casa.

—¿Ustedes tienen apuro?

—Tendríamos que volver dentro de una hora.

La mujer se restregó las manos en el delantal. Dio un paso hacia la puerta de la otra pieza y observó a las

viejas dobladas y los vecinos apoyados en una pierna, como cigüeñas.

—Entonces voy a preparar los platos. Mire, teniente...

—Sí, señora.

—Ya van a ver. No se van a arrepentir.

[II]

OCASOS

Cartago

¿Qué? ¿Que no me la siga mirando? Rajá, dejame tranquilo. Me la miro todo lo que quiero, te juro que si pudiera hasta me la besaría, lo que pasa es que siempre fui un poco duro de cintura. Cosita preciosa. Ya te digo, loco, como si me la hubiera salvado de un abismo fantasmal, de la máquina de cortar fiambre. O de la guillotina, ¿captás? Me la miro, vale más que todos los agujeros juntos, por lo menos más que el agujero de esa histérica. Loca peligrosa, cómo no me avivé. Ya me decía mi tío Alfredo que las mujeres son como valijas de doble fondo. Te hacen ver alucinaciones: cagadera mental, y contagiosa, igual que las enfermedades de la piel. Por eso no se casó nunca, mi tío Alfredo, y guarda que con cincuenta y dos pirulos no estaba para hacerse la cama ni raspar la mugre que se le acumulaba en la bañadera. Vivía entre la roña, entrabas a la casa y la pulga más chica te preparaba el café, pero era un señor. Se murió de un infarto o un derrame cerebral, algo así. A mí qué me preguntás. Mucho alcohol, parece, y además se daba con cocaína. Un campeón, Alfredo; el velorio parecía una liquidación de ropa de fin de temporada: todo lleno de

mujeres dándose codazos. Yo tenía catorce años, la verdad que como quien dice me estaba asomando a la vida, y me juré por lo más sagrado que el día que me enterraran iba a tener una sonrisa igualita a la de él en el cajón, sonrisa de actor francés haciéndose el dormido. Claro, loco, ahora pasaron cinco años y me doy cuenta de que tan facilongo no es. Las minas cuestan guita, y las que salen gratis te hacen la zancadilla apenas te descuidás. Es una lucha... ¿Qué? ¿Qué te pasa? Estoy nervioso. ¿Nunca viste un tipo inquieto, loco? Me la toco todo lo que quiero. ¿O tenés miedo de que te espante los clientes? La juventud tiene sus derechos. Después de todo normalmente soy un tipo fino. Sí, che, no me contradigas, un tipo fino. Poca barba, suave, ¿no ves?, cara de niño y músculos de acero. Para comerme todo, como decía la muy guacha cuando perdía el control... Uy uy uy, por mi vieja que la nombro y me agarra la hemiplejia. Qué impresión. Dale, vos movete, servime una Coca. No, mirá, mejor dame un cognac... ¿Qué me mirás con esa cara? ¿Qué tenés, loco, ondas agresivas? ¿No te das cuenta de que sos un absurdo, parado ahí como el David? El David, loco, una estatua de Leonardo da Vinci. Bueno, te cuento... pero a mí no me apurés. Vos estás para servir a los clientes. El cliente siempre tiene la razón. Dale, no te pongas así, palabra que te lo cuento todo. Pero servime el cognac. Reserva San Juan, todavía quedan unas lucas. Después vuelvo a agarrar la moto y me largo por la Panamericana, que me dé el aire, porque te prometo que si me paso la mano por la jeta y me la huelo todavía siento el olor de la saliva de ella. Nunca olí una saliva así: todo mezclado, Nina Ricci... una marca de perfume, ¿vos en qué mundo vivís?... Nina Ricci, Colgate, ácido fé-

nico y mejillones a la provenzal. Lo que debe haber fifado en su vida, para tener ese olor en la saliva. Al principio me ponía al palo, pero después de lo de hoy me acuerdo y me viene la palidez mortal. Con su blanca palidez, la canta Joe Cocker pero es un tema viejo. Mirá, loco, mirá en el espejo cómo me pongo de pálido. No, qué va a ser la luz. Es el terror. Rayada. Más rayada que un disco de setenta y ocho. ¿Y vos no te enteraste? Andá, loco, a ver si no sabés. Lo sabía todo el mundo. Marquitos, el de la verdulería, oyó que lo comentaban hasta los borrachos del bar de Cata. Bueno, todos no, pero el cartero sí, ese no se pierde una. Y claro, porque al principio yo la vareaba. Lógico, ¿o te creés que todos los días se consigue una mina así, una mujer hecha, que te enseña cosas, independiente? Y por si fuera poco, con un culito y un par de gambas que no te voy a decir que Bo Derek, porque tan alta no es, pero que tranquilamente se podría ganar la vida de modelo. Demasiado flaca, para ser sincero. Mi tío Alfredo decía que coger con flacas así es como apretarse la pija con una puerta. Uy, loco, por Dios, me viene la sensación... Después ya no pude mostrarla más porque nos veíamos en la casa de ella. Te voy a confesar que tiene un orden que es para sacarse el sombrero. Disciplina. Y, loco, a los veintinueve no se puede andar jodiendo con el tiempo, si querés ser un profesional. Por eso a mí no me enganchan. Horas para leer, para laburar, para pensar, para rascarse el sobaco. Ella no lo decía, pero pensaba que daba calambre. Yo qué sé en qué. Yo no preguntaba, loco, yo hacía mi verso y cazaba la oporchúniti. Sí, dentista. Pará la mano, no te hagas el interesante porque sabés de sobra. Es vox pópuli, flaco, uno tiene su publicidad. Un día me vio Gracie-

la, que habíamos dejado de salir porque no había guita para el telo, y te juro que se le subió el hígado a la cara. Porque a ésta se le veía que tenía departamento, una mina independiente. Y, loco, una mujer. Me tenía que tocar, a los diecinueve ya no estoy para pendejas... Sí, vos sabés... No, Elena no, *Celina*. ¿Raro, te suena? Doctora Celina Sidelnik. No, yugoslava no, pedazo de animal: judía. Nunca me había cogido una judía. Una vez le había oído decir a Salvatierra, sí, ese que dice que es periodista y no pasa bola, el que se amasija con ginebra... le había oído decir que las judías son muy ardientes. Se me quedó metido acá. Así que cuando supe cómo se llamaba le pregunté ¿Sos israelita vos? ¿Judía, querés decir?, me cantó ella. Sí, digo. Era. Me creció la pija en el eslip, loco. Qué querés que te cuente: a esta altura que uno puede establecer comparaciones, nada del otro mundo, digamos. Bueno, pero del apellido me enteré después. Lo primero que ví era cómo te clavaba la vista. Astillas de vidrio, no te miento. Si hubiera sabido que eran ojos de piantada. Pero al principio no me di cuenta. En *Cartago*, fue, un día de semana, afuera caía una lluvia como baba de viejo enfermo, deprimente, pero en el boliche había lugar para moverse y al Ricky, el disc-jockey, se le había dado por poner a Linda Ronstadt. Como no había nadie en la pista... A mí me da seguido por salir del laburo, irme hasta Triunvirato a morfar una pizza y después jugarme a *Cartago*. Para sacarme los ratones. ¿Vos sabés lo que es yugarla todo el día fabricando hilo, y encima con tu viejo de trompa? A los demás los corroe la envidia, viejo, y todo porque tengo una Morini tres cincuenta... Bueno, la cuestión es que estaba en el boliche hablando con Santiago y me la veo a la mina en la barra. Tomaba algo con naranja.

Sin pintura, loco, pero le veo los ojos de extraviada y una forma de hinchar las aletas de la nariz que parecía que largaba fuego. Pinta de tramposa, pasándose la mano por el cuello, abajo del pelo. No, rubia no, ¿qué tenés vos, el Palmar de Colón en la retina? Ah, la viste de paso. No, castaño rojizo. Con clase, rompe todos los relojes, no una concheta cualquiera. Entonces ¿sabés qué hago?: Ricky pone un tema soul y me separo dos metros de la barra, tranquilo, y levanto los brazos como al descuido, doy dos pasos fáciles y dos círculos con la cadera y una vuelta. Calculé que me iba a notar el bulto. Claro, loco, si a la mina la ves con cara de ir a los papeles hay que mostrar la mercadería. Después sigo hablando con Santiago. Lo tuve que hacer de nuevo, en una de ésas estaba en otra cosa. Pero la miré un poco y se rió. Sin bajar la vista. Una cosa pavorosa. De pavor, gil, que da miedo. Se ríe y me larga Parece que bailás bien, con una boca que no decía ni sí ni no. Yo me concentré para retrucarle con la precisa, porque hay momentos claves. Así que le digo Al lado tuyo debo parecer un chabón. No, yo no bailo, estoy un poco cansada, me dice, y yo agarro mi whisky y me le acerco. ¿Y entonces para qué venís? No sé, dice ella, para distraerme. Para no estar sola, y ahí me esquiva la mirada y te juro que me di cuenta de que me la había ganado. Con pura presencia, loco, ni me la creía. Entonces aprieto: Podemos estar juntos. Y va y me dice: no es mala idea. La verdad que tenía pinta de cansada. No un cansancio de trabajar. No, de la vida tampoco, boludo, esos son los que se suicidan, los tipos muy jugados. Esta tenía medias rojas y las uñas esmaltadas. ¿Cómo y eso qué tiene que ver? Vos no te apiolás más. Otro cansancio, gilún... Bueno, bueno, no te digo más gilún, bueno, tomate

algo... Otro cansancio, como de mucho tiempo de no dormir, de estar siempre sentado en la misma silla. Andá a saber. ¿El silencio cansa? Hablaba poco, en voz baja, una voz con tinta. Yo le cuento con franqueza qué laburo hago y le suelto: Pero soy joven, tengo una energía que ni se sabe. El mundo me queda chico, Celina, le digo, y la miro fijo. ¿Querés salir?, me preguntó después de escucharme una media hora. Yo tengo que irme a casa, dice. La llevé en la moto. Cuando piso el encendido y acelero la vuelvo a mirar sin mover un músculo y entonces me pide que la lleve a dar un paseo. Un paseo corto. Serían las doce. Bajé hasta Libertador, di una vuelta por Palermo y volví a subir por Pampa. Cuando cruzamos Cabildo tuve que frenar de golpe... Claro, se entiende, con maestría... Y se me apretó toda contra la espalda. Yo tenía puesta la campera de cuero, pero te juro que sentía las uñas en la carne de la cintura. Acá. Quemaban, creéme. Bueno, después vino lo clásico. Vivía en Carriega, por Canedo, del otro lado de la vía, un lugar raro, medio vacío, hay edificios con los vidrios rotos. Una cosa abandonada, loco... Me invitó a subir. El departamento era en el tercer piso, vieras qué bien arreglado, todo con una alfombra gris y sillones en el suelo, medio desordenado pero no parecía... Libros tirados por el suelo, ropa por todas partes... Pero con gusto, ¿cachás? Todo de seda, de color té. Era de ella. Le pregunté cómo se lo había comprado. Dinero podría tener, dice, soy dentista. Yo con vos no le tendría miedo al torno, interpongo. Pero ella sigue: Aunque la verdad es que a vos esto no te importa. ¿No? ¿Qué cosa? Saber cómo me lo compré. Ah, no, perdoname, le digo, y me creí que había echado a perder el estofado. Pero no. Era de mi madre, dice,

me lo dejó cuando se murió. Entonces me puse a mirar los discos. Mucha mezcla: Serrat, música clásica a montones, los Beatles. Lo que más me convencía era uno de Elton John. ¿Puedo ponerlo?, pregunto, y ella se me acerca y me dice: ¿No sos capaz de quedarte quieto un poco? Me di cuenta de que era la hora cero. De ahí a la catrera. Una serpiente, loco, un reptil, no sabés como gemía. Pero gemía ella... ¿Qué te creés, que soy mitómano? Yo acabé una sola vez, y apenas la había sacado la mina ya se quedó dormida. Me levanté, puse el disco, di vueltas, saqué una Coca de la heladera. De golpe la veo entrar en la cocina, en bolas. Le goteaba el agujerito, se había ido cayendo todo en la moqueta y las baldosas. ¿Querés anotar el teléfono?, me dice. Con una especie de cariño, pero no mucho. Diplomática. Sí, le contesto, y anoto en un papel del comedor. Llamame el viernes; perdoname pero me muero de sueño. La piantada seguro que quería que me quedara a dormir con ella, pero yo, duro como un roble, viejo. Me vestí y me las tomé. ¿Cómo? Flaco, vos son un bebé de teta. Hay que hacerse valer un poco. La mina era cosa seria, pero seguro que hacía tiempo que no se comía un machito como yo. Cuando se acercan a los treinta les viene una etapa de soledad, es algo biológico, como la menstruación y la menopausia pero menos conocido. Lo leyó Santiago en un *Play-boy*. Y es la fija, creéme... Sí, sigo... Me jugué a no llamarla el viernes. Pero igual no le conté a nadie, por el mal de ojo, sabés. A lo señor, dejo pasar dos días y la llamo el lunes a la noche. Regalada, te lo juro. No, no me preguntó nada, pero se le notaba. Que a dónde me vas a llevar, que tengo ganas de pasear en moto. La pasé a buscar, le pregunté si quería ver alguna película y me pidió que eligiera yo,

así que nos metimos en el Toronto a ver una de espías con Lee Marvin. ¿Te gusta?, le pregunto en la mitad, y no me contesta; le toco la rodilla y abre las gambas. Yo meto mano, y ahí nomás me la caza y me la aprieta contra el tajito. Dos veces acabó, te doy mi palabra que se notaba. Totalmente copada con mis deditos mágicos, loco. No, ella a mí nada. Sí, cierto, pero hay que tener paciencia. Después, en la casa... Sí, imbécil, lo que estás diciendo... ¿Qué me ves, cara de cuentero? Mirá, intimidades no te bato más. A mí, aunque ahora esté con bronca, en ese momento me importaba algo más trascendente, lo que ella podía enseñarme. Sí, un poco la empecé a varear. Tenía una forma de colgarse del brazo por la calle, no sé, aristocrática. Pero poco, la verdad que poco. De golpe se le daba por caminar a dos metros de distancia y miraba para todos lados. No, quién la iba a seguir, qué se yo con qué se copaba. Como no preguntaba nada, yo le hablaba de lo primero que se me ocurría. Le conté que había tenido una novia casi dos años. ¿Ella? No, decía que su pasado era muy complicado. Me preguntaba cosas de mi familia. Mirá vos, justamente por eso una vuelta le tuve que parar el carrito. Le cuento que mi vieja siempre había estado celosa de mis novias y va y me dice Vos tenés un Edipo de novela. Le pregunto que qué carajo me quería decir y la loca va y me suelta: Que te morís de ganas de encamarte con tu mamá. Y ella también, dice. Para qué. Primero quise darle un sopapo, pero me quedé en el molde. La miré fijo y la fulminé: ¿Y vos con quién tenés ganas de encamarte? Depende, me dice. ¿Depende de qué? Y mira para otro lado. Desarmada, loco. Sí, terminamos cogiendo. Siempre terminábamos cogiendo, en eso yo iba a lo seguro. Por esa época le pregunté si

no quería mi tubo, y me dijo que le daba lo mismo. Así estás más tranquila, le expliqué, y me contestó: Yo no tengo ganas de estar tranquila. Ahí fue cuando me empecé a apiolar de que estaba un cachito tocame un vals. Otro día la pasé a buscar y estaba leyendo. ¿Qué leés?, le pregunté, para informarme, sabés, y me dijo que un poeta surrealista: en francés, lo leía, loco, alucinante. Yo le dije que para mí el poeta más grande que existe es Pablo Neruda, y ella: Sí, es posible. ¿Cómo que es posible? Es posible, insistía, todo es posible. Le gustaba mucho esa frase, es posible. Para mí que es un verso de los que se aburren. Y, sabés, me empezó a dar bastante bronca. Pero me la seguía cogiendo bien y eso era lo que contaba, la hora de pasar por caja. Así que cuando me batió que no nos íbamos a ver más en la calle, que nada más en el departamento, me hice el balero de que era como una visita al médico pero para bajarle la caña a la enfermera. Un hobby semanal, entendés. Qué carajo me importaba que fuese rara, si conmigo estaba loquita. Ahora se la va a tener que comer doblada, porque te aclaro que de mí no vuelve a tener noticias, yo por el aro del delirio no paso... ¿Eh? No, loco, ma qué complicado. Te lo estoy explicando con lujos, de qué te quejás, y eso que no sé si puedo depositar mi confianza... Bueno, bueno, sí... Si te lo cuento es por algo. Y el cognac te lo pago ahora mismo, si querés... No, no me ofendo... Son los nervios... Como si me hubiera quedado prendido del enchufe... ¿Por dónde iba? Ah, sí, que me esperaba en la casa. A veces llegaba y me la encontraba medio en pedo. Lo que oís, borracha. No de caerse, pero con un aliento a ginebra que ni un barrendero... No, che, no todo era sexo... Hablábamos de cosas técnicas. Un día me explicó qué es una jenjivectomía.

Jenjivectomía. Una operación en las encías para que largués el pus, cuando las tenés medio podridas. Con esas manos de duquesa, le decía yo, quien iba a decirlo. Y ella miraba por la ventana con una truchita apagada, pero yo veía que se estaba derritiendo. Bañaba la bombachita. Y a propósito, mirá vos cómo nos acercamos al asunto. Anteayer se me ocurre pasar a verla y me caigo a eso de las nueve, porque era martes y ella atendía hasta las siete. Charlamos de boludeces, de la autopista nueva que va a pasar a cuatro cuadras de la casa de ella, que todavía ni se sabe si la van a poder construir, y de repente se pone a insultar a todo el mundo como un loro. Que están arrasando la ciudad, que encima de todo lo que pasó van a convertir a Buenos Aires en una plataforma de hormigón. Qué flipado debo estar, loco, me acuerdo todo como si me lo hubiera estudiado de memoria... Bueno, se va a la heladera a buscar una cerveza. Yo la sigo, y cuando está por abrir la puerta la agarro por atrás y le beso la nuca, como les gusta a las mujeres. ¿Por qué estas así?, le pregunto en voz low, en la orejita. Nada, dice ella, mejor dejémoslo así. Manoteo el cierre del vaquero y se lo bajo. Le bajo todo el pantalón y cuando le voy a tocar los muslos me encuentro que los tiene empapados por adentro, los pelitos como un flan con caramelo. La doy vuelta y la miro en la cara. Lagrimeaba, pero eso no era cosa mía, me parece. Estás caliente como un carbón, le sugiero. Entonces me apoya las manos en el pecho para tomar distancia y me suelta por entre los dientes: Ahora no, ya me estuve masturbando. Se me doblaron las piernas, que me caiga muerto si te miento. No quería jugar más. ¿Te imaginás, una mina que se hace la paja, medio novia tuya? ¿Cómo?, le pregunto. Con la mano, idiota. No me di-

gás idiota. Me da un chupón y nos ponemos a coger. Pero como una hora después seguía lagrimeando. Se levantó de la cama, puso un disco de Frank Sinatra y se quedó sentada en un sillón, mirando por la ventana. Yo, sin apuro, medio en banda porque la verdad que Sinatra me deprime y más de noche, me acerco a la ventana. No te pares ahí que te van a ver de afuera, me dice. Loco, eso me rayó. Si en esta calle de mierda no vive casi nadie. Exactamente lo mismo que en otras, pero eso no quiere decir que tengas que faltarle el respeto a la gente. Faltar el respeto, me dijo, a mí que soy un ciudadano ejemplar. La miro ahí acurrucada en el sillón, la mido y le pregunto si no va a salir. Puede ser, me dice, pero a lo mejor no vale la pena. Entonces le dije que mucho escuchar a Sinatra pero de alma porteña nada, más le valía vivir en el desierto, y estaba por decirle otras verdades pero me interrumpió con una voz muy bajita, sin dejar de mirar la ventana y largó: En realidad no habría mucha diferencia. Lo que yo hice fue vestirme y aclararle que ya estaba hasta las pelotas, que me iba a bailar porque se me cantaba, que al final soy un pendejo y me gusta vivir la vida. No, si a mi me parece perfecto, dijo, y dobló la boca de una manera que hasta parecía dulce, te juro, la única vez que le vi ese gesto. Cuando estaba por cerrar la puerta soltó algo más. Cosas pendientes, le oí masticar... Mucha filosofía, macho, pero terminaba metiéndose el dedo en la cachucha y eso no lo hace ninguna piba como la gente. No pude bailar ni nada, esa noche; apenas dormí. Ayer anduve dando vueltas como un curda. Y hoy decidí caerme de sorpresa, sin avisar ni nada, después de todo tengo mis derechos, ¿no? Claro. Bueno, de movida ya me fijé que mucho no la había copado la visita. Eso también

era nuevo. Otras veces hablaba poco, no es que se pusiera loca de contenta, pero algún piropo siempre soltaba. Hoy juné la botella de whisky nueva, por la mitad, y una cara de portera con hemorroides que mataba. Ah, hola, me dijo cuando me vio, pero estaba ausente. Au-sen-te, ¿no comprendés?, en otra parte, yo para esas cosas tengo un sexto sentido. Además anoche me quedé pensando hasta la madrugada y lo veía clarito: había que ser duro. Estamos casi a fin de siglo, la era de las comunicaciones y la falta de prejuicios, la guerra nuclear y la chancha y los veinte, todo eso está fenómeno, loco, pero las minas siguen siendo iguales desde Elena de Troya, hijas del rigor. Pija y severidad, loco. Así que mi idea era gritarle que a mí no se me viniera a hacer la melancólica. Revertir el equilibrio, ¿anderstán? Pero me la encontré, no sé, dopada. Se sirvió un whisky y me dio uno a mí. Después otro. Después otro. A mi el alcohol se me sube a la croqueta en seguida, y para colmo ese silencio de iglesia. Parecía que entraba desde la calle, una cosa espesa como un jarabe, ni el vientito hacía ruido, todo muy amargo. Bueno, me le acerqué y probé acariciarla por arriba de las costillas, sobre el pulóver, pero estaba como una almohada. Me tiré en un sillón y me quedé mirándola. Sonámbula, loco, cataléptica, y yo cómodo, medio cabeceando, con los párpados pesados y la cabeza acalambrada. Andaba descalza, de a ratos me miraba de reojo. Puso un disco de un saxofonista, ni sé cómo se llamaba, una mano toda desafinada, moderna, lenta: me daba sarpullido. Le digo: Esa música no me gusta. Y ella: Lo siento pero vas a tener que esperar que termine. Ah, ahora me acuerdo, le pregunté: Qué mierda es. Coltréin, dijo, creo. Ni idea... Después dijo que a ella tampoco le encantaba,

pero casi soplándose las palabras para adentro. ¿Y para qué lo oís? No me contestó, como si pasase el bondi. Abrió un aparador y sacó una caja de cartón, de esas grandes para guardar sombreros, se sentó y la vació sobre la mesa. A mí me dio curiosidad, pero no me podía mover, tragaba sorbitos de whisky, le estaba tomando el gusto. Toda la mesa llena de papeles, un quilombo de órdago, y una polvareda que ni el Far West. Empezó a revolver los papeles, sacar uno, sacar otro, se puso los anteojos, los revisó como si mirara fotos, un rato largo, yo cada vez más picado y esa luz de mierda de una lámpara que parecía un circo. Qué son, le pregunté, pero ella como si lloviera. Nada, loco, desesperante, en otro mundo, en Saturno. Y de golpe, por ahí batió algo: *Motín a bordo*, dijo... Eso, sí, con Brando. Una película jovata, la vuelven a dar de vez en cuando. Sí, bastante conocida. Y zás, en seguida me avivé: eran programas de cine. Una caja de sombreros llena de programas de cine. ¿Junás el mambo? Una colección, como si fueran estampillas. ¿Qué? No... vos estás soñando. No, te digo que no sudo... Bueno, un poco sí, qué pretendés, son las reminiscencias... Hace dos horas de esto, nada más. Pero oíme bien: programas de cine. Una calesita en el balero. Agarra el que tenía, hace una pelota y la tira lejos, yo no podía ni dar vuelta la cabeza para ver a dónde había ido a parar. Después dice: *Chinatown*, y se ríe, y revuelve, y dice: Qué bodrio, *Sérpico*, qué bodrio, ¿te acordás? Eeepa, claro, pero esperá. *Te acordás*, había dicho, y ya me sonó rareli... Con toda la tierra que se había arremolinado, se empezó a mover la cortina. Te acordás, dice, y saca otro programa, y suelta: Con *MASH* nos peleamos, ¿cierto?, porque yo era una tarada y me puse a decir que dejaba a los médicos por el

suelo y... Y de repente se interrumpe, piensa, y sigue: *Amarcord*, qué película más hermosa. Uy, loco, qué será... La impresión, no sé, pero tengo todo registrado, parezco una IBM... Sí, ya sé... Sí, siguió hablando... Esperá. Va y dice: siempre las mismas discusiones, si era barata, si era comercial, y a mí qué me importaba, era tan tierna. Tenía los ojos húmedos, loco, con el reflejo se le veían las lágrimas resbalándose por el borde de la nariz. Yo me las quería tomar, pero te juro que lo único que hacía era chupar el borde del vaso. Entonces de golpe la oigo: *Permiso de amor hasta la medianoche*, esa nos gustó a los dos, ¿no? Y oíme, loco, oíme bien, sale una voz... *Una voz*... Ma yo qué sé de dónde, una voz de hombre que dice Sí, a los dos. No, normal, más no te puedo describir, un poco ronca. No, serena, como un tipo que está pescando o mirando la tele. De lo más serena... Pará, dejame... Y dice: Si, a los dos. Yo miré para todos lados y no vi a nadie, me empezó a picar el cuello pero tenía cagazo hasta de mover la mano. Ella, sin levantar la cabeza de los papelitos, se siguió jugando: La vimos en el setenta y cinco, en julio, ¿no es cierto? Y un silencio y después otra vuelta de voz: No, en agosto, era el cumpleaños de mi hermano. Sí, claro, el cumpleaños de Alberto, dijo ella de lo más campante. Salimos contentos y ni nos acordamos. No, no tan contentos, Celina, la corrigió la voz; porque la corregía, sabés. Lo mismo da, dijo ella, igual no fuimos a la fiesta. No, no fuimos, dijo la voz, y yo empecé a sentirme mareado, loco. Y ella; Qué raro, ¿no?, como si nos hubiera parecido que teníamos que aprovechar el tiempo. Sí, dijo la voz, a lo mejor era un presentimiento. Entonces ella miró la pared de enfrente y dijo: ¿Entonces por qué no me lo contaste, eh? ¿Por qué no

me dijiste que sentías eso? Y le temblaron los hombros, te doy mi palabra de honor. Porque no quería que vos también tuvieses miedo, dijo el otro. Entonces ella se quedó callada y sacó otro programa: También me podría haber pasado a mí, dijo después de un rato, y sin parar: *Cría cuervos*, ésta... Esa la viste vos sola, Celina. No, dijo ella. Sí, le insistió la voz. Entonces ella se debió haber atragantado con algo y se puso a toser como si le fueran a explotar los pulmones, y se levantó y la silla se cayó para atrás, loco, y yo hundido en el sillón, todo pegado de sudor, sí, como ahora, qué querés, y tragó más whisky de la botella, Old Smuggler, y se quedó dura en el medio del living pasándose las manos por la cabeza. Y hay un ruido como de extractor de aire y la voz, medio cascada, que se le anima: ¿No vas a visitar a Alberto de vez en cuando? Ella levanta la silla, vuelve a sentarse y apoya la cabeza en los brazos: No, hablamos por teléfono, nos preguntamos cómo nos van las cosas, pero no nos vemos nunca. ¿Encontramos, para qué? ¿Qué vamos a decirnos? Y se hace un silencio imbancable y al final la voz dice: No, claro, de qué van a hablar. Y repite: De qué van a hablar. Nada más, the end. Ella volvió a levantarse como leche hervida, mejor no te le ponías delante, agarró todos los papeles y la caja, se le caían por los costados, y los tiró contra la pared. Después empezó a patearlos y a decir Qué mierda, qué mierda, y me fueron a parar unos programitas sobre las piernas pero ni me atrevía a tocarlos. Lo único que quería era irme. Agarró la botella, le pegó otro trago y de golpe se apoyó contra la ventana. Estuvo restregándose la frente y los ojos un rato largo y fue y prendió la luz grande, la del techo, y me empezó a mirar, primero seria, como si tuviera gripe, después riéndose,

riéndose bastante, no sé decirte cómo pero con ganas, y al final se acercó y se sentó en la alfombra al lado mío y me tocó la mano y me dijo: Bueno, ¿vos a qué viniste? No le iba a decir que a visitarla, te imaginarás, lo que hice fue quedarme en el molde. Vos viniste a coger, a qué vas a venir, me dice. Y yo la freno: No, esperá, Celina. Vamos, no me mientas, insistió, y me empezó a acariciar. Tenía las manos ásperas, traspiradas, larguísimas, pero la boca muy caliente, como café, y siguió: Ya que viniste para eso, vas a coger. Si, claro, le contesté, con un mareo impresionante. Me acariciaba las piernas por abajo del pantalón, y uno no es de fierro, me puse al palo. Y me bajó el cierre sin dejar de reírse y de golpe no se rió más, me buscó los ojos y soltó: Te vas a echar el polvo de tu vida, inolvidable. Y se rió otra vez pero sin sonido, y me tocó entre las piernas y me la empezó a chupar pero de una forma, loco, que me daba miedo. No, no me iba a hacer nada, además esa saliva... Pero a mí me dio pánico, era instintivo, así que me levanté de apuro, y ella me agarró la pierna y nos caímos los dos en la alfombra y estuvimos una media hora dándonos como en la guerra, aunque no sé por qué ella no abría los ojos, era como si no me quisiera ver, y cuando terminamos seguía con los párpados cerrados, estaba ojerosa, loco, y yo empecé a pensar que a lo mejor era epiléptica. No... esquizofrénica... Bah, eso, y yo todavía quiero ejercer por unos cuantos años, vos me entendés, y se me vinieron a la mente un montón de casos de castración impremeditada, Sí, loco, aparecen en las revistas españolas de sexo, hay un chanta que trajo varias de Madrid. Y como la loca no abría los ojos, tranquilo tranquilo me empecé a escurrir. Bueno, sí, probé de nuevo, qué se le va a hacer... Pero

muy convencido no estaba... Le acaricié el culito, y claro, qué querés, no siempre se da, pero me surtió un bife acá en la mandíbula, no, un codazo, y largó una puteada. No, no me acuerdo. ¿Ves, te fijás vos qué peligro? La cuestión es que me vestí, porque desprecios no me iba a bancar, esas ondas no me gustan nada. Y mirá vos, mientras me ponía el lompa me entró más miedo que antes. En ese living había algo, loco, no, escondido no, algo dando vueltas. Sí, inventos de uno. Mañana te llamo, le dije, como un caballero, y ella como desmayada. Ahí fue cuando se me empezó a concentrar todo el julepe en los huevos; me vestía y me los tocaba, me tocaba todo, pero igual fui al baño y me lavé la cara y me puse colonia, claro, me dejaba usarla siempre, y salí sin decir esta boca es mía y en el ascensor pensé: No vengo más, no vengo más. No sé cómo hice para arrancar la moto, casi me hago moco dos veces, la primera contra un treinta y siete que estaba doblando, menos mal que soy un as... Después me empezó a dar el viento y se me aclaró la croqueta y me di cuenta de que en el fondo yo había quedado bien. Porque funcionar, funcioné siempre, ¿no?, y a la piantada de porquería lo que le interesaba era eso, que es donde se ven los hombres. Y, vos sabés, me vino un alivio bárbaro, una paz, loco, y por eso me la tocaba tanto cuando entré, como si la hubiera salvado de una catástrofe, si mujeres hay tantas que para qué complicarse. Sí, ya me lo termino, es que el cognac me cuesta un poco. Qué pálida, loco, cómo anda el mundo, la gente no sabe disfrutar de la vida... Sí, ya me calmé bastante, y te voy a decir una cosa: si quiere verme el pelo me lo va a tener que pedir de rodillas.

Música del jardín de Florencia

En el mes de mayo Rovaldo empezó a cantar y muchos de los habitantes de Villa Canedo fueron apresados por un deseo compulsivo de conocerle la cara.

Los puesteros del mercadito, incluso antes de notar el gimoteo de las acelgas y los higos, la tierna viscosidad que destilaban los lomos, decidieron hacerle la cruz a ese pedante que no aportaba por los bares y, a juicio de su incomparecencia por los negocios, debía hacer todas las compras en el centro.

Tilingo con aires.

Seguramente hicieron bien. Las canciones de Rovaldo no eran para todos. Se podía ser inflexible con ellas, de la misma manera que se puede estar distraído cuando el aire amenaza lluvia o una mujer sola entra a un café al mediodía y pide un huevo duro y una copa de ginebra.

Y ese repertorio. ¿De qué se las daba?

O-oh darling...Please believe me
I never do you no haarm

Bruma lúbrica de un tornasol antojadizo, las can-

ciones, sin embargo. Desde la casucha donde la calle Florencia se quedaba sin asfalto, resguardada por el jardín ruinoso de yuyos, higueras y macetas vacías, la voz de Rovaldo crecía, se ensortijaba en las hiedras de Delmastro, resbalaba por las baldosas de Quifren y al llegar a la Plaza Jovellanos se expandía como el perfume de una naranja abierta al sol. Sangre de jazmín arremolinando los guijarros, erizando el césped. El polvo volaba a baja latura. Y más arriba una brisa de azaleas o de aguas aceitosas, según la ocasión, a veces complaciente, a veces vengativa. Humores de varón no preocupado por el desconcierto, generoso con el picante, pocas palabras, labios obscenos, un párpado caído.

La Plaza Jovellanos, el monumento de bronce deteriorado, el bebedero donde chapoteaban los gorriones, los bancos arrasados: el centro de la incertidumbre. Cedros podados.

Nunca se sabía con qué iba a atacar. El muchacho moderno, a veces, le ponía mordaza a la guitarra Gibson y siseaba a capella:

Una noche más fulera que la pena que me aqueja
agarró su bagayito y amurado me dejó

Pero un rato más tarde, claveteada por el agua de la ducha, la voz se hacía eufórica, se contoneaba.

Estoy muy solo y triste acá en este mundo abandonado.
Tengo una idea es la de irme al lugar que yo más quiera

Acompañada por un bajo socarrón que vaya a saberse a qué dedos respondía. Acelerando el contrapunto cuando el tipo, según todas las deducciones de Pía, la tejedora, se convertía en una silueta a contra-

luz que empleaba su tiempo en secarse la espalda con un toallón.

Y cuando a una fiesta la llevo a bailar-ar
sus piernas flacas se parecen quebra-a-ar
Po-potitos no es un primor
pero baila que da pavor

En su cita semanal con la manicura, Telma, dueña y señora de la panadería *La Salmantina*, desparramaba corolarios: Que se llamaba Rovaldo Vanelli, y eso por una carta de San Juan, sin remitente, que el cartero le había metido una mañana en el buzón, no sin antes comentarlo con reticencia. Que era maestro, o a lo mejor empleado bancarrio, o barrendero. Que la luz del día lo lastimaba como a los albinos y los topos, o más bien que era un pobre fanfarrón que no podía pagarse un departamento en el Barrio Norte y, sin más remedio que vivir en Canedo, despreciaba a la gente sencilla.

Ni Telma se lo creía.

Lo único convincente era el reverbero de arroyo melancólico que bañaba las calles. Cuando al atardecer Rovaldo abría de par en par vidrios y postigos, se ocultaba en algún rincón de la casa y repartía desesperanza, agravio, sobresalto, celo.

And every time you feel the pain,
hey Jude, refrain,
don't carry the world upon your shoulders.

Que una estudiante de medicina, la que escribía de San Juan, le había mandado a pique el corazón. Pero ahora él vivía a corta distancia del olvido, y si nostalgiaba era porque se lo permitía. Que volvía a estar lleno de vida aviesa, restallante. Que si hubiese hecho las compras en el barrio o se hubiese dejado ver por las

veredas, lo habrían asaltado con preguntas acerca de la mezcla de estilos. Razón por la cual se recluía.

Pavadas.

Por las tardes de sol y alameda.
San Juan se me vuelve tonada en la voz

Estigmas de la ignorancia.

Un tono profundo violando los muslos, una mano bemol en la cintura, tres uñas y un golpe de platillo sopesando las nalgas, sombra que acariciaba el cabello, besuqueando los hombros. Y ese misterio.

Por qué su tristeza viril que anegaba el balanceo de las hamacas de la Plaza Jovellanos. Por qué su acento cosmopolita. Curtido, estaría, de regreso de la vesania, cuerdo ahora y sabio como una estaca. Cuando no pachorriento, inflamado de ritmos atrevidos.

Let's spend the night together

Eso era de los Rolling y ellas, las muchachas, fueron a los diccionarios de inglés y descifraron, y creció el afán de conocer el rostro de Rovaldo. No había manera de luchar contra él. Se imponía como la tos.

Tendrá más de treinta, seguro, y debe ser alto, porque si no no le podría salir esa voz de bajo.

De modo que el barrio quedó dividido. Rovaldo sólo cantaba para oídos dominados por el desasosiego y la inconstancia. Los otros, los de imaginación fatigada, veían mecerse las hojas de los plátanos y se preguntaban qué les pasaba a las pibas. Ellas tramaban algo, acunando por las noches la hinchazón de los pechos, paseando el desprecio en pantalones ceñidos, orgullosas de sus indóciles cuellos lustrosos. Ya no iban a bailar ni aceptaban paseos en moto. Las más eran crueles con sus novios; a lo mejor, maternalmente, los soportaban.

Volvían del colegio y se sentaban en los bancos de la Plaza Jovellanos. Bajo el rocío del dolor o la lascivia, que con la voz de Rovaldo terminaba cayendo por la corteza de los plátanos como un sudor de gotas largas y delicadas.

Te podría contar
que está quemándose mi último leño en el hogar
que soy muy pobre hoy

Las dejaron regodearse en su calentura. Curiosos todos, pero regalándoles la primacía. En las cocinas reinaban la menopausia y la resignación. En los bares, el vermut. Y en las mesas de truco y chinchón del Club "El Seibo", Arturo Sofóvich, solterón y mal nacido para los negocios, preguntó al pasar si a ningún padre le molestaba que su hija anduviera moviendo el traste como una loquita por culpa del hombre invisible. Acunado por una voz meliflua que aùn por la puerta del club se filtraba: el fétido olor de la mandrágora.

No le hicieron caso.

Y amparadas por la confusión madre de los vicios, las chicas eligieron un ocaso como otras elegían el ajuar de novia. Se reunieron en el baldío que había detrás del taller de Rolando y otearon el aire: agrio, doliente. Un exceso.

When did you leave Heaven
How could they let you go

Ahí estaban Marité de la melena lacia hasta las caderas, Flora de labios gruesos, hinchados de desidia, la inteligente Martita que recitaba a Bécquer por entre los dientes de conejo, Marina la procaz a la que el padre cascaba porque se decía que andaba con muchos, Berta que había tenido relaciones sexuales en la mis-

mísima plaza una noche muy cerrada, Graciela que se hacía la tímida, Betty la bizca, sufridora de un novio que no podía controlarse cuando bailaban y se manchaba los pantalones, Patricia la callada que se sabía de memoria vida y milagros de los dioses griegos, Bichi la tetona que trabajaba en una perfumería. Y seis o siete más, entre ellas Clara, llamada la estúpida. Lánguidas, parlanchinas, las manos empapadas por la música de Rovaldo.

Muchos vaqueros Wrangler y faldas estampadas y gotitas de Endiablée y pañuelos de gasa y Adidas y afro-looks y pulseras de madera atravesaron el baldío, dieron la vuelta por Rovira y desembocaron por atrás en la casa lóbrega de la calle Florencia. Se iba a quedar duro de la sorpresa.

Rovaldo cantaba blues.

Invadieron el jardín, algunas tajeándose los dedos con los yuyos; pisaron los canteros descuidados, se treparon a los antepechos de las ventanas, las más ágiles al techo, rompieron con una barra de hierro la cerradura de la puerta del fondo. Diligentes como hormigas. Casi sin resuello, mejillas encarnadas.

Por un instante pleno el canturreo atiplado, disonante, de las gargantas de las muchachas se trenzó con la crin de luz de una imitación de BB King.

Rovaldo sólo se dio por enterado cuando empezaron los gritos. Espanto y blasfemias, aullidos de ama de llaves encontrando un cadáver en la cocina, gemidos amigdalíticos, dicterios, chatas puteadas. Y un derrumbe de muebles con la huida, estrépito de libros y cacerolas, revuelo de hollín de las que se habían metido por la chimenea. Sucias, ateridas. Y odiándolo para siempre.

Porque Rovaldo era más feo que una cucaracha.

Tiene granos en la nariz, gritó Berta, granos llenos de pus; y en la frente, y un lunar con pelos. Al tiempo que Martita trataba de borrarse de la retina la imagen de ese pelo mal cortado y grasiento, y Graciela gritaba: Ojos de huevo duro. Tipo más repugnante, dijo Patricia, y tropezó en el jardín con un enano de yeso; por favor, tiene manos de acromegálico.

La boca de Rovaldo, sin embargo, no estaba mal formada. Le faltaban un canino y un incisivo, es verdad, pero no sufría de halitosis.

Eso solamente lo pudo comprobar Clara.

Cuando todas ya se habían escapado, tal vez cuando ya estaban en sus casas, lavándose las manos para cenar, ella seguía parada en el centro de la pieza del cantor. Las manos en la cintura, una onda de pelo color nuez cubriéndole un ojo, los pezones puntiagudos bajo el pullover. Miedosa y un poco tartamuda, como siempre. El otro ojo, celeste y abstraído, miraba a Rovaldo. Que cantaba muy despacio, sentado en un catre con una colcha roja. Ella se acercó y lo besó, a ver si la música se interrumpía cuando la tapaban con una boca. Siempre había querido saberlo.

Esa noche Rovaldo cantó canciones de Simon y Garfunkel para Clara y ella apoyó su cuerpo en el vientre de él, y lo sintió subir y bajar con la melodía.

El padre de Clara y Arturo Sofóvich, al mando de una partida de hombres armados escogidos entre lo más granado de Villa Canedo, irrumpieron en el jardín de la calle Florencia a los gritos de Dejá salir ya mismo a esa chica, hijo de puta, o te cosemos a balazos. Pero ella no quería salir, por lo menos mientras durara la noche. Así que, iniciado el ataque, Rovaldo cantó una canción de guerra islandesa, fría y cortante como las estalactitas. Cantó como un combatiente

enamorado. Las corcheas se ramificaron y entrecruzaron, y en esa red se electrocutó, ante las condolencias de sus cofrades, el padre de Clara, que siempre le había prohibido pintarse los ojos.

A la mañana siguiente, primero de junio, el barrio amaneció en silencio. Clara volvió a su casa a tomar el desayuno. La madre se lo sirvió y sólo un rato después; mientras estaba lavando su taza, Clara preguntó si papá no estaba en casa. Sin tartamudear. Sin que le interesase la respuesta.

Después cantó.

Winter spring summer or fa-all
All you've got to do is ca-all
and I'll be there

—¿Cómo, vos sabés inglés? —le preguntó la madre, que se preparaba para darle una mala noticia.

—Sí, claro, lo que me enseñan en el colegio —dijo Clara.

Las caderas de Sarita

Ah, mi amiga, si en el puro mármol de los adioses
hubieras dejado la estatua que nos podía acompañar.

Lezama Lima

Al compás de las caderas de Sarita se estremecía el aire de la calle Carriega. Sucedía a esa hora de luz remisa que en junio arrincona en óvalos sombríos las caras mustias de los que esperan el colectivo, y en enero es de color miel sobre las paredes donde se dilatan las manchas de humedad. Las seis y media, quizás las siete: la dueña de la mimbrería, que algunas veces se llamaba Clara y otras Flora, se sentaba en la puerta del negocio a comer una mandarina. Mientras la persiana de la relojería empezaba a caer hasta el suelo como un párpado duro de sueño, Sarita, que volvía temprano del trabajo, salía a dar un paseo. Perfumada de talco y lavanda y ropa recién planchada. Porque, decía, ya que el apuro de llegar al banco le robaba las mañanas, ella se reservaba el dulce dolor de los ocasos. Con esa voz de susurro de muselina que sólo a veces nosotros merecíamos oír. Para lo que nos importaba: una vez que ella había cerrado con llave la puerta de su casa, las caderas de Sarita empezaban a

moverse como plácidas hamacas perfumadas bajo un encaje volador.

¿Dónde nacía el fulgor que acompañaba el balanceo? ¿Dónde las esencias que cobijaban la curva de la cintura y dejaban contritos a los hombres y rabiosas a las mujeres? Ah, la fascinación de las caderas de Sarita, resumen y apoteosis de todas sus calmas, barrancas en donde uno se hubiera resignado a no conciliar jamás el sueño, tajadas ocultas de durazno que desparramaban miel de sudor, voluntad de ofrecerse, capricho, alegría vanidosa. Y tanta discreción; como un milagro conjugando provocación y recato. Aniquiladas quedaban hasta la noche la grasa y el herrumbre del taller mecánico, la policía, el hollín, los ruidos coagulados de la carnicería. Mientras duraba el paseo de Sarita, uno hubiera querido morir de un mareo en ese calesín de carne fecunda. Yo, por lo menos; y los demás muchachos de la cuadra también.

Porque: para mí, para vos, pa ninguno de los dos, tacapúm, tacapám, aroma fuerte de negativa de mujer, rítmicamente la pollera y la blusa, como toldos balanceados por el viento, iban y venían resguardando las caderas de Sarita, anticipándolas. Detrás de esas caderas todos nosotros, a unos diez metros, acostumbrados al sigilio, resignados a la estupidez. A veces ella volvía la cabeza y nos preguntaba cómo nos iba. Acá nos ves, vamos a tomar un vermucito, contestábamos. Sabiendo que no nos quedaba otra cosa, descubriéndola satisfecha de ver todo en orden. Como si mirándola se pudiera arrebatarle más información. Y ella, cuánta condescendencia en el pudor de la voz, madre mía, cuánto ardor. Se limitaba a dejar la boca abierta por un instante y un aliento como el olor de la leña que se consume le bailoteaba alrededor del torso.

Sarita se iba y nosotros, solos con su aliento, nos sentábamos junto a la ventana del *Escorial* para esperar que hiciese el camino de vuelta.

A la sazón, había en la cuadra un quiosco de revistas cuyo propietario, denominado el Petiso René, dejaba sistemáticamente caer una de esas barras de hierro que se ponen encima de los diarios para que no se vuelen, en el momento en que Sarita salía de su casa. Este Petiso René carecía de vida familiar organizada y era de tan escasa estatura que únicamente se podía describirlo diciendo: es así de chiquito. Pese a su obvia prosperidad, advertible sobre todo en el traje de gabardina que se ponía los sábados a la noche para ir a bailar a *Cambalache*, vivía en una pensión. Yo nunca me imaginé que las pensiones pudieran insuflar a la gente tanta audacia.

El atardecer de los nefastos sucesos que paso a relatar brevemente, Sarita salió a pasear con un vestido verde peral. El Petiso René, que a veces la seguía moviendo los pies al mismo ritmo que las caderas de ella, dejó cuidadosamente sobre los diarios la barra de hierro en lugar de tirarla al suelo. A lo mejor la ausencia de ese ruido de metal y baldosas sorprendió a Sarita y le abrió en la carne una leve herida de ardor. El Petiso le fraguó una perplejidad. Quizás fue una idea arrancada a tantos meses de desesperación ominosa. Ella se rindió.

Cuando vimos que el Petiso empezaba a correr atrás de Sarita, nosotros, los torpes, hicimos el ademán de pararlo. Pero él ya se había metido de un salto debajo del lino verde. Eso fue todo. Pasó un coche con los faros encendidos y pudimos ver al Petiso acurrucado en el declive de las caderas. Como un hombre durmiendo la siesta sobre la arena tibia de un médano.

Sarita no pasó nunca más. Las baldosas acusaban un eco: tacapúm, tacapám. Alguien contó que la vio alejarse, y que una mano minúscula le asomaba por el escote para secarle las lágrimas de la partida.

En todos estos meses los movimientos de la luz se hicieron más insoportables y los almuerzos más monótonos, y todos hubiéramos dejado nuestros trabajos de asco si no fuera porque no existe nada mejor de qué vivir. Yo soy una de esas personas que se da maña para diversos menesteres, y es tal vez por esa razón, aceptada sin envidias por los habitués del *Escorial*, por la que ellos mismos me encargaron la realización de alguna forma de homenaje a Sarita. Mi primera idea fue hacer una estatua de yeso, y todos decidieron entusiasmados que así fuera. Dijeron: con caderas altas, redondas y guerreras como las de Sarita. Pero yo sé que no voy a poder. El yeso no se mueve.

A Ernesto

[III]

SÍNTOMAS

De noche, al lado del agua

El Sargento Cobo no lograba distraerse demasiado con el paisaje. Por más que pretendiese borrar las imágenes, siempre volvía a encontrar la cinta negra del pavimento. El ritmo de látigo de los guiones blancos, el fulgor helado del neón derramándose sobre los pinos en los terraplenes y el ronquido de la camioneta cuarteando la escarcha de la autopista. Sobre la que no se divisaba más compañía que algún camión con remolque bamboleando su carga o esquivas figuras contraídas que resbalaban hacia las casas.

Una hora tranquila para trabajar, las tres y cuarto de la madrugada. Los olores dormitaban bajo el frío y se podía pensar en otra cosa; el mismo ejercicio de cargar y descargar desentumecía las articulaciones. Y el silencio cobijaba, y nadie se metía en lo que no le importaba. El sargento había llegado a hacerse una idea bastante vívida de lo que estaba pasando con las noches: la gente dormía, algunos sudando a puro sobresalto, otros confiados en que la ciudad no dejaba de acunarse en la misma irreparable prolijidad que

presidía los almuerzos y los partos. Flojos, débiles, irresueltos.

La noche la hicieron para que algunos no se enteren de un carajo. Ahí está la cosa.

–Ahí está la cosa, cabo –dijo en voz alta, mirando a Avila de reojo.

–¿Qué cosa?

–Decía, nomás.

–No estoy para chistes –dijo Avila. Rastrilló con los dedos la mata de pelo endurecido, levantando una nubecita de caspa.

–¿Por qué? ¿Estás con la regla? –Cobo pensó que el olor a mugre de Avila tenía la particularidad de poder tocarse.

–Acidez. No sé qué porquería le habrán puesto al estofado.

–Los de la cocina andan un poco nerviosos. Bah, todo el mundo anda así en el cuartel. A lo mejor se les fue la mano con la pimienta. O quizás te escupieron en el plato, andá a saber con los reclutas.

Desde las seis de la tarde Cobo se había mantenido a café y aspirinas, y si ahora buscaba olvidarse del pavimento, no conseguía ver otra cosa que su nariz convertida en un surtidor del cual brotaba un arroyo de barro salpicado de manchones lechosos. Delirios: no era un tipo morboso, ni siquiera sombrío, de modo que abandonó la idea para concentrarse en la firmeza con que sus manos aferraban el volante, cosa que siempre le producía cierto asombro.

La nuez de Avila bailoteó en el cuello. El cabo giró la cabeza y se encontró brevemente con la cara amarilla del otro, las ojeras lustrosas, las pupilas sobradoras.

–Te juro que tengo como fuego en el estómago –dijo Avila.

–¿Querés dejar de decir estupideces? –Cobo rebajó a segunda para pasar a un Fiat en donde una mujer le acariciaba la cabeza a un tipo de bigotes. La Dodge corcoveó y el motor dejó escapar un ruido de sierra mecánica–. Prendé la radio, che.

–¿Ahora? –Avila parecía demasiado pendiente de su hígado.

–¿Cómo?

–Te pregunto si ahora.

–¿Pero qué carajo te pasa? –Cobo le dio tiempo a la incomodidad y se las arregló para encender un cigarrillo con la mano derecha. Sacó de alguna parte una caja de aspirinas y se las pasó al otro–. Tomá, tragate un par a ver si te despertás. Y prendé la radio, te digo.

Avila se guardó las aspirinas en el bolsillo del saco y acható con las dos manos la caparazón de pelo renegrido, que por la consistencia podría haber sido una boina o un yelmo. No pasaría de los veinticinco y tenía los ojos cruzados de telarañas rojizas. Se inclinó hacia adelante y encendió la radio portátil que estaba sobre el tablero.

Una voz resbaladiza pidió permiso para filtrarse entre una bruma de ronquidos e interferencias: *Júrame, que aunque pase mucho tiempo...*

Cobo bajó un poco la ventanilla y se puso a acompañar la canción con un silbido. El silbido y la orquesta se peleaban como dos mujeres de uñas chispeantes, afiladas.

–¿Hace falta? Eso es lo que digo: ¿Hace falta? –dijo Avila removiéndose en el asiento.

–¿Qué? ¿Bajar el vidrio? –Cobo le lanzó una mirada aviesa–. Es para que el humo no te maree, sabés.

–No, no digo eso.

–¿Y entonces qué mierda decís.

–Si hace falta que silbés.

Cobo chupó el cigarrillo con un gesto casi aristocrático. Era muy poco mayor que Avila pero lo trataba con la convicción de que los separaban la dureza y algunas otras diferencias. Ahora una de esas diferencias estaba sentada entre los dos como una estatua desnuda.

–¿Qué me querés decir, si se puede saber? –se estaba acercando a la autopista Dellepiane y se recostó a la derecha para buscar la salida.

–Nada, qué voy a querer decir. Que tampoco vamos a una fiesta, ¿no?

–Sos blandito, Avila. Y te faltan convicciones.

–Además ya te dije que me siento para el carajo.

–Te voy a hacer una pregunta –dijo Cobo. –¿Vos alguna vez pensás? ¿Te funciona el balero?

Avila le barrió el perfil con los ojos del búho. Después descansó la mirada en sus propias manos. Que se restregaban contra los muslos, movidas por el frío o por el peso de algo que desconocía.

–Yo cumplo –dijo.

–Todos cumplimos. Para eso estamos.

–Mirá, Cobo, yo no soy ningún boludo, ¿me entendés? No soy ningún boludo. Si no me gustara el trabajo, me borraría y listo, me entendés lo que te digo. Me dedicaría a ser albañil, me oís.

–Nadie te dice que haga falta ser un héroe.

–No, un poco de músculo, nada más. Para aguantar el peso.

–¿Y entonces?

Avila no dijo nada.

–A mí me gustaría ser fotógrafo de publicidad.

Una cosa poco movida y agradable. Además hay mujeres –dijo Cobo.

–Tengo una acidez de mierda, macho. Como si se me desintegraran las tripas.

–Cuando volvamos al cuartel tomás bicarbonato, Alka Seltzer, qué sé yo –Cobo hizo bajar la camioneta por la salida circular. Pasaron por debajo de la General Paz y entraron a la ciudad por Dellepiane. Entre las veredas desiertas y las vidrieras oscuras como caras mojadas y los umbrales desde donde los vigilaban los tachos de basura–. ¿Te molesta que silbe, pichón?

–El coronel dijo que tuviéramos cuidado. Siempre lo dice. Discreción, muchachos, dice.

–Te da vergüenza hacer esto, negro de mierda –la esquina de la boca de Cobo, ocupada en sostener el cigarrillo, se arqueó por la sonrisa como el lomo de un gato.

–No me digas negro de mierda. ¿Vos que sos, Blancanieves?

–Negro de mierda.

–Sos un irresponsable. Vos mismo dijiste que últimamente andan todos muy nerviosos.

–Porque se dice que quieren investigar. Los norteamericanos y los europeos, mandar comisiones de la Cruz Roja. Reventados que no entienden lo que es una guerra. Y si vienen a meter la nariz, seguro que a nosotros nos cae una inspección. Despertate, negro, por eso andan histéricos en el casino de oficiales, porque ellos la van a pasar peor y les faltan cojones para defender lo que hacen.

–¿Y? –Avila dejó la mandíbula colgando. La boca abierta, como pidiendo un bocado de tranquilidad.

–Y entonces hay que sacarse de encima los paquetes. Cuanto antes mejor, por lo menos los más estro-

peados –Cobo tiró el cigarrillo por la ventana y extendió la mano para subir el volumen de la radio.

Aquí canta un caminante que muy mucho ha caminado, la voz ríspida de Yupanqui siseaba a favor del rasguido de la guitarra. Castigadas las dos por el silbido mañoso de Cobo.

–Das lástima silbando –dijo Avila–. Pero te sabés todas las canciones.

–Tengo bastante oído.

–¿No hay nada mejor?

–A mí el folklore me gusta, pero si querés cambiá.

Avila estiró la mano pero se arrepintió a medio camino. La mano cayó sobre el muslo. Larga, huesuda, ridículamente delicada.

Ahora la camioneta rodaba por Escalada y había dejado atrás un grupo de monoblocs. A esa hora escaseaban hasta las luces de las ventanas y las manchas negras del parque terminaban por confundirse a la distancia con los filos de las casas. Estampadas contra el cielo gris rojizo. Avila pegó la nariz al vidrio y trató de reconocer los árboles. Desde las copas le llegó un silencio estólido. Cambió de posición: se le había dormido una pierna.

–¿Y si investigan en el cuartel qué va a pasar? –preguntó.

–Eso depende de lo que digan los diarios.

–Claro, a lo mejor los hijos de puta piden responsables. Me gustaría que les hubiera tocado a ellos.

–¿A quiénes?

–A los periodistas, a todos. ¿Qué saben? ¿Me querés decir qué saben?

–Algunos saben. Otros se imaginan.

–Ya les va a tocar, a los que se imaginan.

–Llegamos, negro –dijo Cobo. Apagó el motor y dejó los faros encendidos.

–Bajá.

Se acercaron a la orilla y vieron las luces de gas deshaciéndose en espirales azules y violáceas sobre el agua turbia. Subía un vapor fétido de aceite, barro y óxido que se mezclaba con los vahos de sus alientos y, vencido por el viento, se perdía atrás, en el parque. Cobo miró las luces del puente, titilando a quinientos metros, y se frotó las manos mientras giraba para hundir la mirada en el vacío que se extendía a su izquierda. Después dio unos pasos hacia la camioneta, la rodeó y, trepándose al guardabarros trasero, desató la lona que tapaba el furgón.

–¿Terminaste de mirar el paisaje? –preguntó con un susurro firme y extraño, como recuperando el sentido de la obediencia.

–Si, ya voy –dijo Avila. Se acercó a Cobo para ayudarle a desenganchar el parapeto. Con una diligencia alimentada por la excitación o por el frío.

–Mañana voy a ir al cine –dijo Cobo–. A ver una de Clint Eastwood.

–Yo no. Voy a bailar.

–¿A bailar? ¿Con quién?

–Con Elsa.

–¿Siempre vas con esa? ¿No te cansás?

Avila hundió distraídamente la cabeza en el furgón bajo el techo verde oliva. Cuando la sacó, los ojos le destilaban un brillo perruno.

–Son cinco –dijo muy despacio.

–Si, ¿qué pasa? –dijo Cobo–. Dale, subí, agarrá de arriba que yo aguanto desde acá.

–¿Por qué son cinco?

–¿Qué carajo te importa cuántos son?

—¿Cómo que no me importa? ¿No era que nunca ibamos a traer más de tres? Cambian el número y a mí no me avisan —Avila gorgoteaba como una fuente reseca—. ¿Por qué nos mienten?

—A mí no me mintieron. Vos te fuiste a cenar cuando los cargaron. Dale, subí.

—Pero me podrías haber avisado. Los que salimos a liquidar el asunto somos nosotros. ¿No? Y a la final no somos ningunos esclavos para que nos anden engrupiendo.

Cobo levantó las manos como un hombre que administra avaramente la paciencia y agarró a Avila por el cuello del saco. Empezó a zamarrearlo.

—Escuchame, infeliz. Si te fuiste a cenar cuando vino la parte que no te gustaba, ahora te vas a joder. Son cinco y a lo mejor la semana que viene van a ser diez. Y vas a volver a quedarte calladito. Por este laburo nos dan franco y primas, entendiste, y acá no hay cuestión de números.

—Soltame —dijo Avila, y el otro no lo soltó—. Nosotros también somos soldados.

—Justamente, mirá vos. Si tardás dos minutos más en subirte a la camioneta te hago encerrar en el calabozo hasta que te pudras.

—A ver si me vas a asustar. ¿Quién sos vos, un pobre sargentito?

—Te aseguro que cuando les cuente me van a creer.

—¿Por qué, tenés palanca con el coronel?

Cobo pareció cansarse de ver temblar la cara abotagada de Avila y lo soltó. Los brazos le cayeron a los costados del cuerpo y por un momento las dos figuras quedaron inmóviles, separadas por el frío y el ácido olor a moho que surgía de la camioneta.

—El día que te enteres de algo vas a estar más duro

que esos –dijo Cobo, señalando con la cabeza la oscuridad del furgón.

Avila desvió la mirada, con el parpadeo irritado de alguien que comprende un mensaje confuso. Se subió a la camioneta y empezó a trabajar.

–Aguantá bien –dijo, mientras se movía bajo la lona.

–Dale, ya estoy –dijo Cobo.

Incorporado sobre el guardabarros, Cobo agarró los pies del primer cuerpo. Retrocedió, el torso separado para que las suelas de los zapatos no le mancharan la ropa. Avila lo acercó hasta el borde, lo dejó apoyado en el suelo de la camioneta, bajó de un salto y después volvió a sostenerlo por los sobacos.

Lo llevaron hasta la orilla. Arrastrando las suelas sobre el pavimento desparejo, sin resoplar ni detenerse. Se pararon de perfil al agua, lo balancearon y finalmente lo dejaron caer. Levemente sorprendidos, los hombros curvos y agobiados. Prestando atención al líquido estruendo hueco y al fogonazo de espuma pastosa que se levantó desde el agua grasienta. Contemplando la orla ovalada que primero encerró el cuerpo y después lo fue cubriendo lentamente. Se resistía a hundirse, oblicuo a la superficie.

222131

–Dale, apurémonos. Me está entrando sueño –dijo Cobo sacudiendo la cabeza como si él también la tuviera empapada.

Avila estaba clavado en la orilla.

–Se mueve –dijo de pronto.

–¿Cómo? –Cobo se sacudía el polvo del pantalón.

–Se mueve.

–No seas pelotudo.

–Te digo que se está moviendo.

–Vení para acá de una vez.

—Escuchame, Cobo, ese tipo se mueve.

Cobo se le paró al lado y volvió a bajar la mirada hacia el agua. Las ondas aceitosas se aligeraban sobre el cuerpo ya casi invisible hasta ir aquietándose. Como una boca pobre de argumentos.

El golpe sacudió la cabeza de Avila y lo hizo torcer la cintura. Miró a Cobo desde abajo, vio la mano levantada, dispuesta a caerle de nuevo encima, y por un instante la cara se le blanqueó debajo de ia cáscara cetrina.

—Te juro que se estaba moviendo —dijo—. A lo mejor me pareció, pero daba la impresión.

—Fijate —dijo Cobo, agarrándolo del codo. Le señaló el agua, serena como un mantel de hule negro manchado de vino—. Fijate bien, negro imbécil, ¿Vos te crees que con la inyección que les ponen les puede quedar resto?

—No —dijo Avila.

—Ni para flotar —dijo Cobo.

—No, claro, pero a veces...

—¿A veces qué?

—A veces da la impresión.

Cobo sacó un cigarrillo y, sin encenderlo, volvió a su puesto al pie de la camioneta. El otro se le unió un rato después, metiéndose la camisa adentro del pantalón.

—¿Sabes una cosa? —dijo Avila—. Ese golpe me lo vas a pagar.

—Dejate de perder el tiempo y subí.

—¿Y sabés otra cosa? Un día vas a creer vos que alguno se está moviendo.

Cobo encendió el cigarrillo y apretó el fósforo entre los dedos.

—Puede ser —dijo—. Si vos lo decís.

Avila se trepó a la camioneta. Agachándose en la sombra saturada de olor a desinfectante.

—Te paso la mujer —dijo desde dentro.

—No —contestó Cobo—. Mejor dejá lo más liviano para el final.

Consejos del profesor Harfarg

Tan acostumbrada estaba Sara a escuchar la misma clase de discusiones que ahora era capaz de reconstruirlas una vez que ellos se habían ido. No era fácil, claro, sobre todo porque algunas palabras se le escapaban de las manos como moscas; y aunque el diccionario estuviera ahí, en su dormitorio, un libro tan fácil de abrir y recorrer, todavía con su olor a parafina y barniz, era mejor conservarlo como un recuerdo de las manos nudosas y el gesto parco del finado que usarlo para desempolvar significados. Que después de todo le iban a dar un poco de información, una herramienta, como decía Mario, pero no la iban a convertir en una persona distinta y capaz de cumplir otro papel. Mejor limitarse al suyo y extraerle todas las posibilidades. En silencio, aplicando concentración a la tarea de pulirlo, sumando el estudio y la seriedad que destilaban las tardes mansas. Gracias a esa costumbre suya de retorcerlas, como hacía con el trapo del piso, para lograr que el tiempo surgiera por las estrías en largas gotas que después eran sometidas a un orden caprichoso. La ocupación la divertía: en cierta manera, ordenar ese tiempo lí-

quido exigía un modo de planificar que bien podían envidiarle los ingenieros. Un trabajo independiente, ignorado por los demás, custodiado por el presunto vacío que el criterio general instalaba en las siestas teleteatrales de las amas de casa. Tenía razón, después de todo, la gente: otras dejaban mapas de sudor en el teléfono y sufrían de eccema en las orejas a fuerza de pegarse al auricular, todo por matar los minutos con una enfermedad ajena o confirmar el nombre de un conocido devuelto por última vez a la notoriedad gracias al obituario. O hacían visitas, o consultaban siete especialistas en varices diferentes, o iban a conferencias sobre geriatría. Y sin embargo ella no, por la simple razón de que las noticias que circulaban en el barrio, no las proclamadas en el mercadito y raídas de tanto parecerse entre sí, sino las que se murmuraban bajo cuerda al entregar un vuelto o despedirse en un zaguán, inundaban también las conversaciones de los chicos. Y se multiplicaban, y ella a duras penas se prohibía hacerles preguntas. Para no comprometerlos: las paredes oían. Entonces se sobresaltaba de noche con el chillido pringoso de las sirenas y no podía evitar escuchar un eco de gritos y disparos al pasar frente a la casa de donde se habían llevado a alguien, y espantaba a los gatos que orinaban en las puertas de las casas vacías. Parándose después en la calle, al lado del cordón, amparada por la inocencia de las bolsas de mercado, porque por debajo del aplastado papel de plata de un paquete de cigarrillos había creído divisar el fantasma borravino de una mancha de sangre. Y preguntando en el almacén, con toda alevosía, si el chico de los Cáceres se había ido de viaje, hacía rato que no lo veía. Hasta descubrir un día que ese odio con forma y peso de perro muerto que los

demás nunca lograrían adivinar bajo el vestido verde de una mujer algo cargada de espaldas, por el mismo hecho de acostarse con ella y empaparle las sábanas y obligarla a oír el sueño intranquilo de los chicos, había adquirido una respiración y poderes esotéricos. Malos algunos, como la náusea que se le abría en ondas desde la boca del estómago cuando pasaba cerca de un carro de asalto, o incluso del policía que dirigía el tránsito. Pero otros buenos: el mismo escozor que le atravesaba el cerebro de oreja a oreja, produciendo un zumbido como el de un tubo fluorescente y bañándole lo ojos con un rocío irisado que después le hormigueaba en los hombros y descendía por la carne ya fláccida de los brazos hasta las yemas de los dedos. Telepatía, telequinesis, teleportación, metempsicosis, consumación y condensación efectiva de los humores físicos, todo estaba muy bien explicado en un libro del profesor Gunnar Harfarg que había comprado en un quiosco de Retiro, a escondidas, porque los chicos decían que eran pavadas. En realidad no sabían, y explicarles era una cruz. Además hubiera perdido valor, en esos tiempos en que la mejor gente dejaba las palabras adheridas al paladar y calentaba los pensamientos bajo las frazadas. De modo que ella alentaba con un orgullo reservado la evolución de esos dones, vapores que Dios, que en algún lado debía estar el vago, quién sabía si durmiendo la siesta, le había dejado caer sobre los poros para ponerla a prueba. Nunca había creído demasiado en cosas de otro mundo, ni cuando su padre trataba de meterle frases del talmud en la cabeza aprovechándose de lo que ella lo quería; pero los poderes eran otra cosa. Brotaban de la actividad de la mente, que era un organismo profundo y misterioso, y que por alguna razón se revelaba en toda su comple-

jidad nada más que a la gente de dura voluntad. Y cuando una era la elegida no habían peros ni pisos encerados que valiesen. Antes que nada estaba el llamado de una tarea trascendente. Que en una época tan traicionera no tenía más remedio que convertirse en algo cruel. Para con los otros, claro: si andaban pisando tripas de gente, partiendo familias y ensañándose con la juventud, pavoneándose como brutos imbéciles porque, claro, tenían las armas con balas más potentes, de alguna forma había que enseñarles. El que estaba llamado a darles una lección no podía perder tiempo. Así que ella se organizaba las tardes. Con la misma paciencia ardorosa con que antes había programado los postres que hacían que el finado se chupara los dedos. Alterando el orden del trabajo, divertida de ver cómo los platos con los restos de comida secaban la grasa bajo el sol de los cristales y las migas se demoraban sobre el mantel más que de costumbre, como envalentonándose ante las hormigas. Porque en primer lugar le gustaba acordarse de las discusiones de los chicos. Sobre todo las frases rotundas y apuradas de Elena, que dejaban atrás un filo inaccesible y una estela de presentimientos confirmados. Andaba desde hacía meses con uno de barbita; uno que fumaba dos paquetes de Particulares por día y trabajaba en un taller mecánico porque aseguraba que la universidad no le iba a enseñar la verdad de la vida. Y sin embargo siempre le colgaba del hombro una de esas alforjas de lona llena de libros forrados con tapas de revistas, novelas la mayor parte, porque otras cosas eran un peligro. Aunque en la casa, afrontando los saqueos, debía tener otros, y cuando Elena lo traía a comer los sábados ella la veía leerle la boca y los ojos legañosos con la misma devoción inteligente con que otros leían

los artículos científicos de los diarios. Algo tendría que ver él, Omar, en lo que Elena había dicho ese mediodía: que había que aceptar de una vez por todas que estaban viviendo una derrota y que iba a llevar muchos años de trabajo político recomponer a la izquierda y cambiar la correlación de fuerzas. Elena hablaba mucho de la correlación de fuerzas; la reservaba para cuando Mario se ponía tozudo y la dejaba caer sobre la mesa con la violencia suficiente con que un jugador de truco mostraba el as de bastos. Entonces Mario había levantado los ojos del plato y había dicho: vos y ese cagón de tu novio van a terminar justificando todo. Porque una cosa es elaborar una política diferente, elaborar había dicho, y hacerse la autocrítica de lo que viene pasando desde el treinta, y otra muy distinta olvidarse de que acá están matando gente. ¿Y quién se olvidaba?, había preguntado Elena, y habían discutido sobre los derechos humanos. Elena emperrada en que eso había que dejarlo para los abogados y los del pecé, que se habían especializado, y Mario acusándola de petardista. Palabra graciosa. La autocrítica le iba a durar poco, le había gritado, casi: en cuanto afloje la represión iban a empezar de nuevo a matar milicos. No, había dicho Elena, no me chicaniés porque sabés que no pasa por ahí. Y ella ya no se pudo acordar más. Porque en ese momento había ido a la cocina a buscar la fruta, y ellos hablaban en voz demasiado baja, y al volver al comedor había encontrado a Mario con las cejas como las ponía cuando estaba enfermo o triste: en zigzag. Masticando: si seremos boludos, ni siquiera dos podemos ponernos de acuerdo. ¿Quiénes? La izquierda de este país de mierda, vieja, de qué estuvimos hablando todo el tiempo. Pero ella no había contestado.

Se había quedado mirándolo pelar una naranja. Hasta que Elena soltó por entre los nudos que se le formaban en los labios cuando los fruncía: mierda. Y ya no era la izquierda. La frase había quedado como una mancha de vino ácido sobre el mantel. Mientras los tres se acordaban del Hormiga, ese que siempre hablaba con la boca llena: hacía tres días que se lo habían devuelto a la madre.

Por fin Sara pudo levantarse del sofá y ponerse a limpiar la mesa. Ella, que en otras épocas dejaba todo brillando en cinco minutos. Recordar llevaba su tiempo. Los años, la falta de práctica, arbustos y suciedad encajonada en la cabeza. Poco a poco la iba despejando. No se le había hecho tan tarde como otras veces; cada día se ponía un poco más a tono. Igual parecía mentira: las cuatro menos diez. Picada por el desasosiego y la ilusión de que la práctica diera resultados. Arrastrando las zapatillas de abrigo por la alfombra, deteniéndose para agacharse y recoger algunas migas: guardándoselas en el bolsillo. A ver si me ordeno, pensó, repentinamente capaz de mirarse desde afuera, para encontrar una mujer que todavía conservaba la elegancia de teñirse las canas una vez por mes. De color castaño, sin estridencias. A ver si me ordeno, será posible. Había que tener en cuenta que se estaba muriendo por ir a pararse frente a la ventana y recibir el sol en la frente. De modo que llevó la vajilla a la cocina, volvió al comedor, recogió el mantel por las puntas, de nuevo a la cocina, abrió las canillas. Sin que la molestara el golpe del agua fría en el dorso de las manos ni el sobresalto de la lana de acero contra el fondo de la olla. Fregó la pileta, las hornallas, pasó el trapo por el mármol. Y tiró la cabeza hacia atrás para hacer crujir las vértebras con ese

criiic que la reconfortaba, y sintió rebotar un suspiro contra los azulejos. Desatándose el delantal, creyendo adivinarse desdibujada y atenta en el esmalte amarillo de la cerámica. Se dijo que tenía la mente muy despejada, lo cual bastaba para perdonarse un poco de vagancia: se permitió entrar en el baño y pasarse crema por las manos. Increíble ver cómo la absorbían; tenía la piel reseca. Apagó la luz, cerró la puerta y tomó por fin posesión del comedor, ahora silencioso y ordenado, con el potus nuevamente en el centro de la mesa en su maceta sobre la carpetita de crochet, concentrando en las hojas la explanada de luz centelleante que atravesaba las cortinas y duplicaba la tibieza al dejar atrás los vidrios. Lo primero que hizo fue poner el disco. Cómo se llamaba ese hombre. Tenía tan mala memoria para los nombres: razón por la cual le hubiera sido imposible estudiar historia, que según sugería Elena era la ciencia que en última instancia explicaba el funcionamiento del mundo. Y había terminado dedicándose a los poderes ocultos de la mente. Quién lo hubiera dicho. Más bien desde una vertiente práctica, accediendo a un progreso que debía ponerse a prueba. Se tenía confianza: ya se sentía tensa, preocupada, una planta energética plena de retoños alimentados por la rabia. Y fortalecidos por una cuidadosa disposición de los elementos circundantes. Acarició la cubierta circunspecta del disco: el dibujo de un tipo mayor, los dedos mofletudos cruzados sobre el estómago, algo tenso en el sillón dentro de su traje anticuado, frente ancha y barba escasa. Una cara de esas que merecen monóculo. Y talentoso. Erik Satie. Muerto hacía como cincuenta años, por lo que ella había conseguido averiguar. Música para piano que a veces era como un tintineo de llovizna y otras una sombra gra-

ve y poderosa. Desde que Mario lo había traído, regalo de alguien que había estado en Europa, ella había decidido que sería su disco preferido. Tiempo después descubrió que era la música indicada para estimular la lasitud de esas tardes renovadas y la exasperación de sus atributos de medium. Lo puso y se quedó mirando el titubeo del brazo sobre el círculo negro, murmurando por anticipado la primera melodía. Tan cortitas todas, como muestras, regalos de una persona tímida. Al empezar una de esas que se llamaban *gymnopedies* quiso tener al hombre al lado para agradecerle su contribución al pequeño bienestar de la gente embromada. Ella, que de Strauss no había pasado nunca. Se imaginó que el aire circular del comedor se colmaba de música. *Propiciatoria*. Y se acercó a la ventana, segura pero nerviosa, lógicamente. Los cristales se contagiaban de la temperatura de la calle; siempre. Bastaba apoyar la palma de la mano para saber si uno tenía que salir abrigado. Pero ella apoyó la frente y después se retiró un poco y volcó levemente el aliento y vio el vaho en forma de pan grabado sobre el vidrio. Pero lo limpió en seguida. Urgida por el llamado del deber y la dulce insistencia del piano. Recién entonces advirtió, qué barbaridad, que un Falcon verde metalizado avanzaba cautelosamente desde la esquina más lejana, la carrocería untuosa reflejada en la vidriera de la mercería; detrás de la cual se superponían las ofertas: medias, camisetas, pañuelos de nylon, elásticos. El coche se movía con parsimonia. Lento, prepotente, muy cerca de la vereda, despreocupado de los taxis y de otros autos anónimos que lo pasaban de largo apartándose un poco, como de un bruto con los codos prominentes. Sus cínicas gomas negras mortificando el asfalto. Pasó frente a los dos

edificios de departamentos, la casa de los Ayala con el zaguán con dos dedos de tierra y el candado en el primer portón de rejas, la panadería *La Salmantina*. Donde a esa hora Telma, tan emprendedora ella, estaría poniéndole a Abelardo el grito en el cielo por no haber metido las facturas en el horno. Todas las tardes lo mismo, ella había sido testigo más de una vez. Recalentaban las facturas de la mañana; a la gente no le disgustaba. Pero el Falcon no pareció darse por enterado del perfume a levadura y crema pastelera y harina cocida que salía por la puerta del costado, la que daba al horno, y también la dejó atrás. Sin abandonar su lentitud fanfarrona. *Se creen dueños del mundo.* El motor silenciado para hacer su trabajo de ablandamiento, la antena ondulando como un junco sobre su base, en el techo, y las otras dos antenas, más cortas, cabeceando servilmente atrás, a los costados del baúl. El cimbreo de la muerte, un desparramo de miedo y saliva atragantada, la rutina taimada que los ojos del barrio se habían acostumbrado a mirar furtivamente, como sin darle importancia. Era un coche, al fin y al cabo, y no tenía por qué molestarse en evitar la pelota de goma de Pinky, el hijo menor de Alcira, que la había pateado demasiado fuerte contra la pared y ahora la miraba meterse por debajo del paragolpes, para seguir rodando una vez que el Falcon se cansó de entretenerla entre las ruedas. El chico recuperó la pelota y Sara dejó de ocuparse de él: porque ahora el coche pasaba delante de su ventana y podía ver la cara macilenta del que manejaba, una boquilla con un cigarrillo a medio consumir colgando de una esquina de la boca, los ojos entornados, como de mayorista considerando los colores para la nueva temporada. Y

los otros tres medio despatarrados en sus trajes oscuros, uno de los de atrás mascando chicle: un gordo con la cara magullada y redonda como un bizcochuelo. Entrevió que llevaba en la mano una escopeta, Itaca, ella había hecho el esfuerzo de memorizar los modelos de armas. Mientras que el de al lado tenía una ametralladora y dejaba asomar el caño por la ventanilla. Ya no sentía ese aguijonazo en la columna cuando veía el metal opaco, ni la sorpresa de que salieran balas por un agujero minúsculo. Fijó la mirada en la boca negra: podría derretir el acero de los bordes, poner el mecanismo entero al rojo vivo, convertirlo en un brasero y calcinar las manos del malparido. Para que volviera a su oficina aullando y casi manco. Soy capaz, pensó. Todo es cuestión de fe: la fuerza nace de un punto magnético ubicado en la pared del cráneo, detrás del hueso frontal, se irradia desde el ceño. Cierro los párpados y bajo una cortina de seda y todo es adentro de mis ojos una blancura infinita. Y no hay otra cosa que ganas de derretir esa boca de ametralladora que se empieza a dibujar sobre la pantalla de mi mente. Veo la orla de calor, la dilatación del acero, el delirio de las moléculas violentando las cadenas. La conformación íntima de la materia se trastorna. Dicto la disgregación: el caño se funde, lava metálica que lacera la carne, miren cómo grita, cana de porquería, disfrazadito de persona común, como si no lo reconociéramos, en su Ford Falcon que tendría que tener forma de ataúd. Abrió los ojos y se vio forzada a girar el cuello debido a que el Falcon ya había atravesado la bocacalle y se le iba perdiendo entre los árboles de la otra manzana. Apenas le quedó en la retina el brillo apagado en el acrílico de las luces traseras, y las nucas de pelo bien recortado por sobre los

cuellos de las camisas. Le habían ganado. Tal vez porque estaba aplicando un método demasiado científico, lleno de palabras frías, incapaces de representar cabalmente la furia aunque sólo fuera en un experimento menor. Lo que debía hacer era probar con la convicción pura; sabiendo que los procesos químicos se desatarían mucho más implacablemente si se evitaba nombrarlos con tanta claridad. Había que apelar a otras cosas, condensarse en las invocaciones y confiar en las ondas energéticas. El eufemismo y la metáfora disfrazan las intenciones y multiplican la reacción del objeto, que de este modo se ve acosado por una potencia insobornable, decía el profesor Harfarg. Si sería cabeza de chorlito, se había acordado tarde. Y sin embargo no podía asegurar que la concentración hubiera sido inocua. Un ardor en las yemas de los dedos y la silueta del coche marcada en las retinas como con fósforo le estaban anunciando que andaba cerca. Mucho más que durante todo el mes. Tan cerca como aquel sábado a la noche en que había dejado la casa entera a oscuras para convocar desde el esófago el espíritu del finado: rígida en el sillón, húmeda de tan triste. Hasta que el filo de un viento sigiloso la había hecho levantar la frente hasta el cielorraso y de repente se había quedado seca e ingrávida; y al encender la luz se había puesto a mirar la tele como si tal cosa, y hasta el momento de acostarse no había descubierto que todos los cuadros estaban movidos como después de un mínimo terremoto. Ahora, al ver alejarse el Falcon, las manos le habían temblado. *Involuntariamente*. Sonsa, como todos los temblores. Para señalar un curioso bamboleo de los guardabarros y un crujido de chapa agrietada que sólo a los oídos de ella había llegado. Lo quiso reconstruír, no había

duda de que era el paso siguiente. Ahuecó la mano sobre la oreja derecha: un caracol marino de esos que la deprimían tanto, pero mucho más estruendoso. Se permitió un respiro, un recreo: estaba sudando, que se cayera muerta ahí mismo si mentía. Y suspiró al volver a reparar en la delicadeza de ese pianista italiano para con la música del señor del monóculo. O no: era ella la que se lo quería endilgar, no había ningún monóculo. De todos modos era una música desconcertante, una línea de notas tan dulces, pasearse despacito por una gruta con lagunas espesas y luz opalina, el gesto de apretar los brazos contra el pecho, hasta que de repente páfate, no se sabía si al músico le fallaba la inspiración o al pianista los dedos, pero la cosa era que metían dos, tres notas a la vez. Dos notas como cacareos de vieja sorda. Chirriaban, y todo se interrumpía y se hacía un silencio de esos que merecen toses incómodas. Hasta que vuelta a empezar el lirismo. Inconsecuencia ésta que a ella había terminado por resultarle agradable, dado que allí radicaba el encanto: la luz se hacía paulatinamente más rosa y sesgada, el sol se enfriaba apenas. La mente se recuperaba, había que cuidarse muy bien de no quedar exhausta. Fue hasta la cocina, puso agua a hervir y llenó de yerba el mate. Lo trajo junto con la pava y dejó la bandeja sobre la mesa ratona, al alcance de la mano. Para volver a plantarse frente al vidrio, mordisqueando una galletita.

Dos horas después el sol se había escondido por completo detrás de las casas de la vereda de enfrente, el comedor estaba envuelto en tiniebla parda y ella no había conseguido otra cosa que seguir odiando a los policías. Habían pasado abúlicamente dos veces más, alardeando en la segunda con el ronroneo de su radio,

el gordo dando golpecitos en el vidrio con el caño de la Itaca, como acompasando una canción. Con esas sonrisas hipócritas de mandamases. Y hasta habían estacionado el coche frente a la puerta vacía de los Ayala para que dos de ellos se bajaran y recorrieran la calle. Dejando las armas en el coche, pero seguramente bien provistos de pistolas bajo los sacos. Con esa computadora en la mano, una máquina infernal en donde metían las cédulas de la gente a ver si la tenían registrada. Escrachados, decía Mario. Una vez se habían llevado a tres de la pizzería de la otra cuadra, todo porque en la computadora había aparecido alguna señal nefasta. Y quién sabía qué destino terrible les había tocado. Dos muchachos jóvenes que tomaban una cerveza con su padre. Sin embargo esa tarde se habían limitado a provocar; rutina, dirían ellos que era, las caras rezumando petulancia, las voces de focas, revisando las carteras de las mujeres y obligando a los hombres a apoyarse en el coche para cachearlos. Metiendo las cédulas, clic, en la maquinita podrida. Ella no había podido hacer otra cosa que hincar los dientes en la boca de la bombilla. Un rato largo, tan largo que el agua había terminado por enfriarse en el mate. Y con tanta fuerza que había dejado las marcas. Una bombilla de plata, por raro que pareciese: así que justo en ese momento había vuelto a sentir el hormigueo en las puntas de los dedos y mucho más que eso, un vahído que la dejó al borde del vómito, un pisotón de pata de elefante en el cerebro sofocado. Porque cómo era posible que sus pobres dientes postizos, que a veces hasta se le movían como árboles medio descuajados, dejaran esas hendiduras en el metal. *Cómo*. Por eso cuando volvieron a alejarse los contempló con desilusión, pero

no porque se fueran, no por rencor contra sus propios merecimientos. Y aunque eran casi las siete y media y le hubiera gustado ver el noticioso de las ocho mientras iba preparando la cena, decidió quedarse plantificada en la ventana. Jugueteando con las borlas de la cortina, acariciando los flecos entre los dedos afiebrados. A esa hora la panadería era un lugar semiabandonado donde no entraban más que hombres solteros a buscar el pan de la noche o esas chicas jóvenes que trabajaban y no tenían otro momento para hacer las compras. Los habitantes de la calle al atardecer. Desde la izquierda venía cruzando la calzada el bonachón de Ramírez, siempre con su valijita de cobrador, pasándose un dedo por el bigote gris. Mientras con la misma pelota de goma que había estado a punto de reventar bajo el Falcon, Pinky jugaba con otros tres chicos a eso de darle con la cabeza. Nunca lo había entendido. Y el diariero ordenaba las revistas dentro del quiosco después de haber hecho el reparto de la sexta; discutiendo, sin mirarles la cara, con dos chicas que todavía no se habían sacado el delantal del colegio: una era la hija de los de la panadería, muy pintadita, se veía que la habían ido a buscar a la salida. Tuvo ganas de volver a poner el disco para acompañarlos. Todo una pintura, nunca había conocido artistas que captaran momentos así. Más aún cuando todos se quedaron como perplejos al escuchar la sirena. Algo que les atravesaba anodinamente los desayunos y las muelas, pero que de todos modos seguía crispándolos. Salpicados por una gelatina blancuzca, los ojos duros como monedas y los movimientos torpes. Venía del lado de la avenida, dedujo, a lo mejor se les había ocurrido descubrir algo en el Grill Alsina. Acercándose, rasguñando el aire, agitándolo y

haciendo corcovear las luces de gas. Pensó en lo de siempre: un navajazo en el cielo anaranjado, el susto y las preguntas de los nenes, tener que mirar las baldosas y aguantar el gesto involuntario de agachar la cabeza por miedo a una bala perdida: no era cosa de todos los días, pero tampoco faltaban anécdotas. Y después de haberlos visto pasar, el suspiro contenido y las preguntas. Más la resignación, a la que no quería prenderle cirios. Para algo le dolían las piernas de estar ahí parada tardes enteras y el insomnio se había encarnizado con ella por culpa del esfuerzo de atención. La sirena se acercaba por Coronda, filtrándose entre las frenadas y los chirridos de otras gomas que le hacían lugar. Respiró hondo, convencida de que una buena cantidad de aire en los pulmones tenía que favorecer la compensación química de las células. Sintiendo que a medida que el Falcon se acercaba iba olvidando las recetas del profesor Harfarg y de otros iniciados que había tenido la precaución de consultar, y una voz con consistencia de tallo se le apropiaba de la vertical del cuerpo y producía retoños. Impulsándola a ser honesta y rogar: a ver, Dios, Dios mío, si estás en alguna parte, arriba de la red de las estrellas, dejá de hacerte el pavo de una vez por todas y danos un gusto. No es una cosa frívola, Dios, es algo muy serio, esta gente no puede seguir tan tranquila, tiene que pagar. Canallas. Todavía no muy convencida, pero creciendo al ritmo de su propia furia. *Que me escuche, que me escuche.* Probando con todo porque estaba empezando a faltarle la respiración y casi tenía conciencia de que el hígado destilaba menjunjes amargos. Lo de los dedos ya era urticaria, crecía a la sombra del latido de las venas en el cuello y las muñecas. Y los párpados hirviendo. *Lo*

que decía el viejo: baruj atá adonai eloenu melej aolam. En voz alta, más alta que la histeria de la sirena. *Asher kidishanu benis botav*, tampoco sabía si estaba bien, era un recuerdo tan borroso, además nunca había sabido una palabra de hebreo, *betsivanu leitatev besisit*, el viejo lo leía los viernes a la noche. Cuando el Falcon apareció por la esquina, derrapando sobre las ruedas izquierdas y esquivando apenas el quiosco, ella sintió que la cara se le ponía escarlata. A punto de arder. De dónde, a ver, de dónde, Dios mío, por favor, tiene que haber justicia. O el Diablo, claro, a lo mejor ése sí que está con nosotros. Que reviente, Satanás, hacé que explote. Yo me ofrezco como herramienta. Y la virgen purísima, *bendita eres María llena de gracia*, que la gente disfrute una alegría y ellos sepan lo que es el miedo, bendito el fruto de tu vientre, dónde lo habría aprendido. Que sientan el miedo. *Que se mueran.* Había apoyado las palmas contra el vidrio y la nariz le dolía de aplastarla: la retorció cuando pasaron, las ventanillas completamente abiertas, los de atrás asomando el torso y las armas largas, persiguiendo no se sabía a quién, o por puras ganas de meter miedo, entre un ruido infernal. Ganas de joder. Todos los magos negros, vengan, todas las fuerzas desatadas de la naturaleza. *Tengo que poder.* A punto de largarse a llorar cuando en la esquina el que manejaba clavó los frenos, extrañamente porque no venía ningún otro coche, y sobre el estrépito del resbalón y la mordiente de las gomas ella dejó el cristal para cerrar los puños y apretarse las sienes. *Que reviente.* Tan acurrucada y con el corazón en la boca que lo primero que oyó fue una especie de tañido en el cristal, un temblor como de copa de manzano o un chasquido de caire-

les de araña antigua ocultando por un instante lo que verdaderamente debería haberle importado: en el centro de un estrépito de bomba, despidiendo una espuma de astillas de cristal y chapas cortajeadas, el Falcon relumbró y se convirtió en una redonda llama amarilla. Pareció sacudirse con un doble relámpago, tal vez vacilando, y terminó por expandirse: un desperdicio de chatarra, cables y plástico. Retazos de ropa, fragmentos de brazos y piernas que fueron a dar contra las paredes de la ochava o a enredarse en los cables de la luz, y hasta un nudo negruzco y goteante de tripas revueltas que se estampó contra una propaganda de Sudamtex. Junto a la mano de la modelo, que sonreía a tres de los torsos chamuscados sobre el asfalto y buscaba las ruinas del que faltaba.

Una hora después Elena entró apretando la cartera contra el pecho, lívida de sílabas, insultando entre dientes al destacamento que le había estado haciendo preguntas y manoseándola en la esquina. Es increíble, decía, yo pensé que no quedaban organizaciones con capacidad para hacer algo así, mirándolo bien es un un poco brutal, no sabés qué asco esa carne. Y cuando Mario se arriesgó a opinar que a lo mejor había sido problema mecánico del coche, la otra le contestó que no fuera estúpido. Vos creés en los reyes magos. No, nena, no, dijo él, y advirtió que era un poco sádico el asunto, y que además no iba a servir de nada. Ahora había que ir preparándose porque la cosa no iba a quedar así, ellos no iban a tener ningún empacho en bajar veinte o treinta de los que tenían en las listas. Elena tuvo que aceptar que sí. Y repitió: qué raro, me dijo Telma que no se vio que les tiraran nada, andá a saber cómo pusieron el caño. Levantando la mano para pasarse el mechón de pelo castaño

por detrás de la oreja. Mirando a Sara para interrogarle el silencio y animarla: Te habrás pegado flor de susto, ¿no, vieja? Y bueno, pero alguna vez tiene que tocarles a ellos. Apenas comieron, y era una lástima porque siempre les habían gustado los bifes a la portuguesa. Pero aunque la policía había mandado buscar a los bomberos para que limpiaran cuanto antes, ellos aún habían podido ver entre las luces azuladas de los patrulleros los restos de carne quemada y sentir el olor a goma podrida. En el fondo, pensó ella, estaban un poco entusiasmados, aunque no les convenciera del todo, por el solo hecho de ser jóvenes. Además tenían tema para ponerse como leche hervida: en este momento de la correlación de fuerzas estas cosas no benefician a nadie; sin organizaciones de masas bien estructuradas, van a volver a rompernos el culo.

Desde la cocina, mientras se preparaba un té, escuchó que Mario la llamaba: Vieja, ¿vos te sentís bien? Le contestó que estaba fenómeno, que terminaran tranquilos. Suponiendo que a lo mejor sería interesante escucharlos discutir y tratar de memorizar algo nuevo. Pero estaba muerta de cansancio. Y de lo que más ganas tenía era de mirar las marcas cortitas y profundas en la bombilla de plata que se secaba sobre el mármol. O de escuchar el disco del hombre del monóculo, de no haber sido porque los chicos tenían puesto el informativo.

A Aurora

"Nadar sabe mi llama la agua fría"

I pass, like night, from land to land;
I have strange power of speech.

S. T. Coleridge

Mientras la secretaria descruza las piernas y se estira la falda sobre las rodillas redondas como dos pequeños melones, el hombre del atildado saco azul se sacude las casi invisibles migas que brillan sobre las mangas de franela. Piensa que quizás debería sentarse con más mundanidad, como sintiéndose dueño de ese sillón para tres personas que le sobra. Mira a la secretaria, cierra los ojos y vuelve a mirarla. Ella no se ofusca, ni siquiera se inquieta. Entonces el hombre, más tranquilo, trata de inventar alguna manera de ocultar el diario abierto y doblado en cuatro en la sección de anuncios de trabajo. Porque el papel ya está negro y gastado y es uno de esos detalles penosos que él está aprendiendo a evitar.

Guarda el diario en una carpeta de cartón gris. Vacía.

—¿Cree que voy a tener que esperar mucho más, señorita?

–Me imagino que no. Usted es el siguiente.

La secretaria no apartó la vista del talonario que la tenía ocupada. Las secretarias nunca levantan la vista, piensa el hombre. Para no caer en la tentación de la complicidad con los de afuera.

–Tiene usted un aspecto soñador, señor...

–Salomón, Gabriel Salomón.

Ahora la secretaria da un respingo ante la súbita afirmación personal y el hombre contempla el aire y comprueba que sus palabras flotan inequívocamente solas. Sin embargo alguien me habló. ¿Quién? Ahora no voy a dejar de estar nervioso en toda la mañana.

Se caga en Dios procurando que la secretaria no lo escuche, mientras su mano izquierda busca una tijera para cortar los hilos de tensión que él mismo tendió. Pero en el bolsillo medio ocupado por pelusa y pertinaces monedas de otro país no encuentra la tijera sino los pedazos de una fotografía de mujer que extiende sobre la rodilla. Intenta recomponerla. Pese a la ternura con que desliza sobre la tela del pantalón los cuadraditos irregulares, los acerca y los compara, el esfuerzo es inútil. Hace una semana, quizás dos, que rompió esa fotografía, y sabe muy bien que en el momento de romperla la imagen de la mujer se desvaneció. Por más que ella se llamara Ana.

De estos pensamientos funestos lo rescata compulsivamente la puerta que se abre al unísono con el giro gentil del cuello de la secretaria. El jefe de personal despide con un apretón de manos franco, voluptuoso, a un desocupado que, el hombre lo presiente, dejará caer su cara desolada sobre la moqueta apenas tome conciencia de sus escasas posibilidades. La economía precipita a los seres humanos, los que todavía

no accedieron a las oficinas acondicionadas, hacia

—El averno.

—¿Cómo dice?

El jefe de personal sonríe. Todavía no se perdió nada.

—No, pensaba en voz alta.

—No es una mala costumbre. ¿Quiere usted pasar?

El hombre se va detrás de su empleador y los ojos de la secretaria, glaucos, indelebles, se van detrás de él. Y la pequeña victoria no alegra al hombre más que la seguridad de que aún tiene en el bolsillo la fotografía dividida.

El despacho de discretas paredes ocre es una invitación a que el hombre piense lo bien que se sentiría siendo durante algunas horas diarias partícipe de ese ambiente tibio y aséptico. Lo imagina y cobra fuerzas. La calle es tan hosca; los bares, la pieza de la pensión. El jefe de personal juguetea con una lapicera negra y dorada, tomándose tiempo para pasear una mano por el pelo. Mira con ojos hospitalarios. Se ve que quiere ayudarme, piensa el hombre, y deja su carpeta sobre el escritorio.

—Bien, señor...

—Salomón, Gabriel Salomón.

—Me ha salido usted bíblico. Ja ja.

—Ja ja. Tiene razón.

—¿No será usted judío?

—Sí.

—Pues mi abuela materna también era judía. Mallorquina. Fíjese usted que casualidad.

—Suele suceder.

—¿Sudamericano?

—Sí —dice el hombre, y se le ocurre que está obli-

gado a ser un poco más jovial con ese empleador tan atento—. ¿Pero de qué país cree que soy?

—Pues no lo sé. Todos ustedes tienen un habla muy, cómo le diré, muy especial. Pero yo no los distingo a unos de otros.

—Argentino.

—Ah, sí, es cierto. Argentino, *che*, ¿no es verdad? Tengo entendido que ahora mismo las cosas no marchan muy bien en su país.

—No, no andan demasiado bien.

—Es una lástima. Yo siempre me lo digo. Un país tan increíblemente rico. Porque es *increíble* la cantidad de ganado que tienen ustedes allí. Pero algunos gobiernos lo arruinan todo. ¿Fuma?

—Sí, gracias.

Al hombre le parece mentira estar fumando un Winston en una oficina de moqueta escarlata y paredes ocre, frente a un empleador que, por el fulgor obsequioso en la mirada, sugiere que va a hacer todo lo posible por darle el puesto. Si no tuviera el corazón amargo. Si pudiera olvidarse de la fotografía que se quedó sin imagen. De la imagen. Podría sentirse contagiado por la tersa franela del traje del jefe de personal, que si bien protege a alguien que se aferra a su escritorio con un resto de escepticismo contrariado, por lo menos posee un resplandor seguro. Como una gota sobre un paraguas seco.

—Bien, señor Salomón. Ante todo me llamo Ignacio Ferrater. Como usted sabrá nosotros somos una compañía de seguros y particularmente nos dedicamos a los seguros de vida. Usted se preguntará con toda razón cómo es que se pueda confiar en vender seguros de vida en una época como ésta, en que la gente, si me permite la expresión, no sabe en qué mo-

mento pasará al otro mundo. Es un contrasentido. Estamos rodeados de muerte. Vivimos en la era de la inseguridad. Y sin embargo "La Meridiana" planea una campaña para ampliar a ocho mil el número de sus beneficiarios. No somos una empresa de dimensiones.

—Muerte. Morirse de amor.

—¿Perdón?

—Morirse de amor. Es lo único que no sucede. Después de recibir una descarga eléctrica la mano queda exánime, tiembla como el vidrio de una ventana insegura. Pero la ropa se hincha y se hace leve y ante las inesperadas ovaciones o los reproches del público cobra altura y se larga a perseguir a su amor. Porque cree que es lo único sensato.

—Lo que usted dice es muy extraño, señor Salomón. Le estaba hablando de las pretensiones de nuestra empresa.

—Tiene razón. Perdóneme. Tiene razón.

—No tengo nada que perdonarle, hombre. Debe hacer varios días que está buscando trabajo.

—Dos meses.

—Es mucho tiempo para ir de anuncio en anuncio y toparse con gente como yo. Pero no se preocupe. La parte que me ha tocado es dura, señor Salomón. Dar empleo es duro. Uno a veces tiene la sensación de estar jugándose el destino de la empresa a cara o cruz. Y el destino de un hombre que depende del trabajo que quizás uno le ha negado.

—Mire, el que tiene que disculparse soy yo. Lo que quiero es conseguir el empleo.

—Para su tranquilidad personal voy a decirle que tenemos ocho plazas, porque esa es la cantidad de vendedores que necesitamos. Pero se lo he dicho: hace falta preparación y sentido crítico. No será

cuestión de que aseguremos a un tuberculoso. Ja ja.

—Ja ja. No sería negocio, comprendo.

—De eso se trata. "La Meridiana", señor Salomón, es una empresa relativamente joven pero con un ritmo de crecimiento importante. Ahora los directivos se han planteado pasar a una nueva etapa en el desarrollo, que además de implicar un mejor servicio para nuestros clientes suponga un salto hacia adelante en la concepción del seguro de vida. Por eso me veo obligado a hacerle algunas preguntas. Como mínimo, hemos de saber con qué clase de personal contaremos. Vender un seguro no es vender patatas, como usted bien sabrá.

—Claro que lo sé.

—Claro que lo sabe, señor Salomón. Usted no es un desocupado cualquiera. Si usted supiera la gente que pasa por este despacho.

—Columnas.

—¿Ha trabajado usted anteriormente en este rubro?

—Los firmes tobillos delgados cubiertos de sal, el contraste con los rostros resoplantes de la interminable caravana. De un país a otro. Yo ví a los de mi país, pero los de éste también forman su columna. Se dirigen a otro. Ni siquiera, como en las leyendas del desierto, hay montañas de la imaginación que los detengan. Y ella, las piernas ágiles, avanzaba más rápido que el gentío que cruzaba el océano. Los pies desnudos sobre patines.

El señor Ferrater aprieta contra el cenicero de mármol lo que queda de su cigarrillo y consigue armar una sonrisa, mientras una impaciencia que él en realidad no convocó se le escapa del cuello de la camisa y se coloca, acechante, sobre el escritorio. El gesto de limpiar la ceniza sirve para desplazarla. La impacien-

cia cae sobre la moqueta sin estruendo, pero ya es tarde. Salomón la vio y con una mano crispada se aprieta el muslo. Se muerde los labios. Piensa: en otros tiempos no me hubiera pasado. Toda cordura es débil y se esfuma cuando la hostigan.

—Señor Salomón.

—Sí.

—¿Ha trabajado usted en seguros?

—No.

—Es lo que me imaginaba. ¿Tiene experiencia como administrativo?

—No.

—¿Cuáles han sido sus ocupaciones anteriores?

—Yo era profesor de historia.

—¿Era?

—Bueno, seguí siendo. Quiero decir que antes trabajaba de eso y ahora no puedo. Un problema de convalidaciones. ¿Cuántos años me da, Ferrater?

—Treinta. Ha de tener treinta o treinta y dos.

—Treinta y uno.

—Ya lo decía yo.

—¿Y treinta y un años es poco para ser profesor de historia?

—No, hombre, ¿pero por qué ha abandonado su puesto?

—Cientos de pupilas estaban adheridas al cuerpo de Ana. Se esparcían sobre la piel, en los grandes espacios entre los lunares. Algunas habían muerto por todo el tiempo transcurrido desde su reposo.

—Su país no está muy bien.

—Mi país está como la mierda. ¿Usted no lee los diarios?

—Pero esa no es la razón, Salomón.

—No.

—Usted se preguntará, porque es una persona inteligente, cómo es que yo todavía no le he echado a patadas. Por qué le permito que me saque de mi tema. ¿Se lo pregunta o no?

—No sé.

—Pues pregúnteselo, coño. Pero no tenga miedo porque no voy a echarlo.

—Muchas gracias.

—Esta conversación me ha puesto nervioso, Salomón. Y lo que más nervioso me pone es que usted no esté nervioso.

—No puedo. Ya no puedo.

—Salomón, me siento molesto. Tengo un presentimiento. Yo soy un tipo práctico, de esa clase de gente que tiene un objetivo muy claro en la vida y lucha todos los días por conseguirlo. Yo creo en el trabajo y en hacerlo lo mejor posible. Pero hoy tengo un presentimiento. ¿Por qué ha abandonado su profesión?

—Usted tiene que hacer otras entrevistas. Cuando se pone un anuncio en el diario los desocupados se abalanzan sobre las oficinas hasta que el portero les estrella la puerta contra la cara dándoles a entender que todo se terminó, al menos por ese día. ¿Me va a escuchar?

—Ya lo he escuchado demasiado. Pero hay algo que me intriga.

—¿Qué cosa?

—No lo sé, Salomón.

Por más que el hombre casi lo desee con maldad, los rasgos pulcros del empleador no se transtornan, como si en realidad estuvieran hechos de parafina. Y sin embargo, piensa, está inquieto. Algo le carcome el dinamismo y le marchita la raya del pantalón. El hombre ensaya concentrar toda su fuerza en una ex-

presión arrogante e inquisitiva para provocarlo, hasta que por fin, se da cuenta, la expresión le aflora en el rostro, y por un momento se hace dueña de la situación. Arrogancia. El empleador cede.

—Si he de ser sincero, sí que lo sé: una mujer. Pero no quisiera decirle nada más, si es que usted ha venido a buscar trabajo. Yo quisiera que empezáramos con el pie derecho, si me comprende lo que quiero expresarle.

—Una mujer. ¿Y le parece esa una deducción brillante? Si yo mismo se lo dije. Mire Ferrater, yo daba clases nocturnas de historia en un colegio secundario, esos cursos acelerados para terminar el bachillerato, llenos de alumnos que creen que antes de empeñarse en estudiar estuvieron perdiendo el tiempo. Lo creen de verdad. Y uno es el responsable de su aprendizaje contra reloj. Alba se sentaba en la segunda fila y sin mirarla especialmente yo podía sentir el olor a abandono y desafío que le nacía bajo la clavícula, y el puntero se balanceaba sobre ese perfume, delante de los ojos color cerveza y la boca contraída. Parecía triste. Pero yo sabía que era una melancolía victoriosa y la esquivaba. Yo tenía mujer y dos hijos. Por supuesto que es lo mismo, mi mujer hubiera podido irse tras de un hombre distinto a mí. Un dentista, por ejemplo, o un director de cine, o un jugador de fútbol. No agigantemos la tragedia: la gente vive sola con su cuerpo, sus manías y su monólogo. De vez en cuanto coincide con otra y se hacen compañía y hay un murmullo de agua repartida en hilos que le cubre las manos. Pero, como usted se dará cuenta, yo tenía miedo. Porque Alcira me contó todo su pasado pero me lo olvidé. No hubo otra historia de mujer que yo escuchara con tanta avidez, siguiendo el

movimiento intermitente de los labios blandos para adelantarme a las palabras. Así que cada noche, después del colegio, yo llegaba cada vez más tarde a mi casa, y Adriana también a la suya; por ese entonces vivía con un pintor que había hecho una exposición entera, con pinturas de ella. ¿Se da cuenta, Ferrater? Había vivido con ese hombre toda la vida, se había bañado con él y habían cenado juntos en muchos lugares y habían invitado amigos a su casa. Las mujeres brindan su facilidad de compartir, nos hacen sentir orgullosos de su belleza. No son un remanso, como piensan algunos, son la llave que gira para tensarnos, y así vibramos con un sonido doblemente transparente o doblemente triste. Previsible, Ferrater, no especule. El miedo se resbala por la tela de los pantalones, uno sigue caminando y si se da vuelta para echarle una mirada, es nada más que un charquito. Gloriosos momentos. Sin gritos, sin ademanes, uno pisa de golpe la fastuosa voracidad del vacío, se arroja detrás de una media voz que cuenta su pasado y pide que la protejan, que la cubran, que le concedan la alegría de una nueva salida y de otra manera de moverse y comentar los sucesos del día. ¿A usted no le gusta caer? Vamos, Ferrater, la que llama es una mujer. Hacía años que yo no pisaba un hotel alojamiento. Están inundados de perfume a desodorante de ambientes. Para que no huela a sexo acumulado, se da cuenta. Yo caminaba entre la luz verde y ese perfume, atosigado, detrás de un vestido con flores y las caderas plácidas de Alicia. Cuando se desnudó lo descubrí y supe que nunca iba a volver a mi casa: tenía el cuerpo bordado de pupilas. Algunas muertas de asfixia sobre las vértebras, como flechas señalando un camino alrededor de la cintura; otras sobre la

piel arqueada en los omóplatos, pupilas verde-púrpura de ansiedad, restos de iris de hombres anidados en las nalgas, divididos como escombros de espejos rotos por devoción. Pupilas de hombre, fondos de miradas suplicantes, dureza de ojos de despecho, retinas que Alejandra amaba porque la hacían juvenil y milenaria. Apagué la luz y seguían brillando y yo estaba ahí, como un muñeco de trapo, hasta que ella se acercó para demostrarme que yo no era un seductor consumado y me puso los brazos alrededor del cuello y dijo: Bueno, ahora o nunca. Las mujeres nunca dicen frases memorables. Y sin embargo uno las recuerda y las grabaría en papiro para cubrir los muros de la casa en donde decida morirse. Qué orgasmos, Ferrater. Los gatos se asomaban a la claraboya y rasgaban el vidriecito circular. Largos gemidos que se clavaban en las vigas y caían como polvo de agua viscosa, mezclándose con el inacabable líquido que fluía entre nuestras piernas. La cama, el piso de la habitación, recibían una pátina. El líquido del sexo de Amalia se resbalaba por la madera y se escapaba por debajo de la puerta, hasta que en los corredores las otras parejas se resbalaban al entrar o salir y chocaban contra la puerta del ascensor. Cambiábamos todos los días de hotel pero nos encerrábamos siempre al atardecer, en las dos horas apretadas que había entre el momento en que Alba salía del banco, porque trabajaba en un banco, y la hora de entrar al colegio. No despertar sospechas en los cónyuges. Palabra peligrosa, cónyuges. Suena a libraco, a paragüero. Ni siquiera teníamos tiempo de mirar la ciudad, y aunque nos hubiéramos empeñado en hacerlo yo no habría distinguido la estatua del Pensador de las palomas que generalmente le cagan la cabeza de bronce. En la

plaza Congreso hay una estatua de un Pensador, sabe. Yo creía que Alina se había enamorado de mí y cuando pasábamos por ahí nunca veía la estatua. Ni ninguna otra cosa. Solamente la mano de ella, abandonada y retraída, que otro hombre que yo no envidiaba había pintado mil veces.

—Pero Buenos Aires es una ciudad muy bonita para estar enamorado.

—¿A usted le parece?

—Hombre, ha de serlo, todo el mundo lo dice.

El desocupado piensa que el empleador está viviendo la historia. Justamente lo que él no se propuso. Ahora se siente relajado y efundente, como un hombre que abre una naranja con los dedos y ofrece a los demás la pulpa que despierta sed. Pero tiene miedo porque después de todo no sabe cómo va a hacer para comer dentro de dos días. Supone que si deja escapar el desconcierto lo va a llevar como un galardón entre las cejas toda la mañana. El hambre encarcela al desconcierto. El remoto miedo al hambre también. Y sin embargo hay algo más fuerte que esos seguros de vida esperando en una oficina acondicionada. Ella sigue dominándolo todo. Todo parte de la delgada carne que recubre su esternón, entre los pechos.

—Bueno, usted se habrá dado cuenta de que si nos escondíamos era porque Amalia no se había decidido a nada. Es decir que seguía viviendo con el pintor. Tenía miedo de destrozarle el corazón. Pero yo era más valioso. Creo que ella usaba esa palabra, valioso. En un rapto de perseverancia yo me había ido de mi casa. Hay momentos en que uno ve con claridad que los días tranquilos son como migas sobre un mantel después de comer. Zácate, de golpe se las engulle sin masticar. Como si se pudieran mas-

ticar las migas. Primero una idea violenta de la pasión, el juego de sumergirse, y después considerar los efectos de la hecatombe. Llamadas de la mujer abandonada, una cuenta bancaria dividida, paseos de domingo con los hijos. La feroz tristeza de los parques de diversiones. Y el balance del matrimonio. Si quiere saber la verdad, no me importaba. Así que me fui a vivir a una pensión y no le miento, me bañaba apenas una vez por quincena para conservar el olor que desprendía el cuerpo de Ana. En la pensión lo conocían de sobra, al olor. La dueña creía que yo era una mujer. Pero ella, la dueña, tenía bigote y no se podía atraver a acusarme. Además, quién iba a fijarse en los olores de la gente con el país tan lleno de sangre.

—¿Sangre?

—¿Usted en qué mundo vive?

—Me está contando una historia de amor.

—Nunca vienen solas, Ferrater.

—En verdad, yo había pensado.

—Usted está demasiado alterado.

—No. Ya se lo he dicho: es un presentimiento.

—¿No me lo quiere decir? Bueno, digo, usted es un hombre que trabaja para una empresa que puso un anuncio en el diario.

—Precisamente por eso, Salomón. No me juzgue con dureza. Pero es que me ha asustado eso de la sangre. Yo sabía que las cosas no marchaban muy bien...

—Un beso en una esquina era el mundo detenido. En ese huequito abierto en el tiempo secuestraban a un hombre y lo mataban, para que se dé una idea. Pero usted tiene razón, yo tengo que terminar de contarle una historia de amor para que podamos hablar de trabajo.

—Señor, Salomón, fue usted quien empezó a utilizar mi tiempo.

—¿Me lo está echando en cara?

—Por supuesto. Al mediodía he de ir a comer con el gerente de la empresa.

—Perdone. Voy a resumir un poco. Yo había dormido demasiado tiempo sobre la mirada de la historia de la humanidad detallada en mis libros, sobre el discurso de las clases, sobre la respiración conocida de una mujer y sobre el sueño inquieto de mis hijos. Adriana me despertó con un delgado chorro helado. Alfileres en las uñas. Y pasó a ser una hoja de oro en el centro de todas las cosas. Iba y volvía de ella, midiendo las horas y las discusiones y las noticias en los diarios y las confesiones de un amigo, por el espacio que las separaba o las acercaba a la hoja dorada. Que se llamaba Ana. Verdaderamente loco, como todo tipo que acaba de despertarse. Grrrogaaargggmmm, Ferrater, un gran bramido que nos nubla la razón, como dicen los boleros, y la tragedia zumbaba alrededor. Pero yo quería a esa mujer y tenía miedo. La piel detrás de las rodillas, una tristeza arrogante cuando confesaba que alguna vez había perdido el tiempo, la codicia para hablar de un hombre que todavía vivía con ella, su vientre donde moríamos juntos y donde nos atrincherábamos para ver un país reducido a escombros, donde juntos pagábamos nuestras mezquinas deudas. Yo era un hombre, Ferrater, aquí como me ve, espléndido, refulgente. Al decir estas cosas me gustaría que me sacaran una foto para la posteridad.

—¿Quiere que llame al fotógrafo de la empresa?

—Hágame el favor de no decir pavadas. Yo amaba el grito de espejo roto que se abría en su garganta. Hubiera repartido salvaciones para todos los que peli-

graban, colgados por los pies a la marea de su cuerpo. Una empleada bancaria que terminaba el bachillerato en un curso acelerado, y leía novelas y me llevaba a bailar y sabía algunos poemas de Rubén Darío. Y me pedía que hiciéramos el amor parados, contra un portón o un paredón, aunque la verdad es que en mi país eso se podía hacer cada vez menos, so riesgo de que a uno lo balearan en el momento preciso de la penetración. ¿Soy explícito?

—Ya, ya. Esos grupos parapoliciales.

—Sactamente. Pero yo tengo que presumir, ¿no es verdad? Y bueno, yo le había dado confianza. Sin embargo no paseábamos. Nos quedábamos quietos, mirándonos largamente como dos ovejas entre las bambalinas de un teatro que hay en el centro de un lago, en Palermo. O en la última mesa oscura de un bar cerrado por demolición, donde el único que nos conocía era un pianista sordo. Tocaba *La flor de la canela* y un estudio para la mano izquierda. Todo para que el otro hombre no nos descubriera, no se muriera de pena. Una noche yo cobré mi sueldo y decidimos no revolcarnos entre las sábanas para que los gritos no despertaran a nadie. Tomamos vino caliente en las butacas de un cine de barrio. Vino morado de San Luis. En eso fue que de repente la borra indecisa del vino se rompió en figuras de colores como de ropa humana y del vaso de Alicia emergió el pintor con sus desairados ojos mustios, y la agarró por el cuello y se la llevó sin que ella se resistiera. La semana siguiente ella me contó que habían llorado toda la noche y que ahora vivía sola en un departamento de la calle Sarmiento. Ahora los dos teníamos tiempo. Pero ella iba a empezar a exigir el que le pertenecía. Me contó: habían matado a un hermano suyo, un estudiante de in-

geniería, hacía tiempo de eso. Y yo necesitaba que ella me brindara su voz ronca y aletargada, que me besara en los labios al encontrarnos, sin pensar que a veces una mujer exige solamente una mirada y dos vocales redondas para ampararse, y le es imposible seguir abriendo su cuerpo como lo abrió en el primer momento. Hay que permitir que se apoyen en nuestro brazo y que se alejen con las corrientes cálidas. Esperan, y nuestra mayor grandeza habrá sido permitirles que esperen y no llenarles su jardín de relojes. Ahora parece tan fácil. Pero uno no quiere perderlas. Hice todo lo posible por no cercarla. Leí libros sobre los nuevos países del Tercer Mundo, volví a dejar que la noche se gastara en los boliches, estudié las miradas de los porteños hasta convencerme de que estábamos viviendo una derrota verdadera y caminé por el puerto entre las colas silenciosas de emigrantes que se llevaban sus roperos vacíos y las cuentas impagas de la luz.

—¿Se ha ido mucha gente de la Argentina?

—Usted saca de quicio a cualquiera, Ferrater.

—Hombre, vamos, que si hemos de iniciar una relación de trabajo debo enterarme de muchas cosas.

El desocupado escucha la palabra trabajo y se estira las mangas del saco. Ahora recuerda para qué está ahí. ¿Y si tuviera una once veinticinco y le pegara al empleador un tiro entre las cejas? Un hilo de sangre se escurre a través de una grieta en la pared, llega hasta el pequeño escritorio de la secretaria y le moja un dedo. Ella grita. El gerente, desmayado entre folios, se despierta y busca al asesino intentando consolarla. Ferrater sólo está herido. Pero el desocupado huyó con tres mil pesetas. Muchos lo hacen. El hombre piensa que el jefe de personal es algo morboso en

su curiosidad. De todos modos sabe escuchar. Ahora ve cómo el empleador se acerca a una ventana que apareció en la pared precisamente para que él pudiera apoyar la frente en el vidrio y comentar algo que sucede en la calle. Mucho sol. El empleador golpea los nudillos contra el vidrio. Demasiada complacencia. Y por detrás, el latrocinio. El desocupado se pregunta si Ferrater comerá todos los sábados en casa de su madre, mirando un álbum de los tiempos en que iba al colegio de curas. En España todo el mundo tuvo que ir a un colegio de curas, posiblemente el mismo. Durante cuarenta años, les gusta excusarse.

—¿Y ella?

—Me quería, a pesar de que yo desconfiara. A veces aparecía en la pensión a las ocho de la mañana, trayendo medialunas y paquetes de té en saquitos. Desayunábamos y me contaba lo que había soñado. Después se iba a trabajar y por más que yo la esperara a la salida del banco era imposible encontrarla; porque tenía una cuerda que le servía para saltar de edificio en edificio y balancearse desde las antenas de televisión, como una araña, sin que yo pudiera divisarla. Había que conformarse. A veces me bastaba con dejar la mano sobre los muslos pálidos y sentir que me miraba como en un desliz. Como a todos, las granadas contra las puertas de algunas casas y los gritos ahogados de los prisioneros nos estaban torciendo el esqueleto. Hasta que el esqueleto se fijaba en una mueca quemada y aparecía en el rostro y amenazaba quedarse allí para siempre. El para siempre es un beso sobre un espejo. Dos labios empañados, nada. Le pedí que viviéramos juntos. Y claro, la vida es tan dilatada, fascinante, está hecha de tantos miles de teclas, cada una con su melodía tan diferente... Alcira quería tocar to-

das las teclas que pudiera. Si le hubiera comprado un piano. Pero uno debe permitir que una mujer consiga su propio instrumento. El nuestro siempre va a delatar un sonido ajeno. Así es. Descubrir un acorde sorprendente y verse obligado a devolverlo dentro de un tiempo prudencial, eso no sirve.

—¿Usted toca el piano?

—Sí, un poco.

—¿Le enseñó a tocar a ella?

—¿Por qué lo pregunta?

—Permítame recordarle que las preguntas las hago yo, señor Salomón.

—De acuerdo. ¿Decía?

—Si le enseñó a tocar a ella.

—¿No le dije que era inútil? Cuesta mucho entenderlo cuando una mujer elije la soledad. Aprende sin ayuda, eso es lo grandioso, el cuerpo hierático y las manos tardas y los ojos entrecerrados, como amparados por una cortina de lluvia, regodeándose en sus melodías humosas e incomprensibles.

—Usted debería escribir, Salomón.

—No le voy a decir que no lo intenté. Aunque la literatura sólo le da a la gente más armas para adivinarse. Bueno, ya es bastante. A veces, también, para que en algunos rincones de los cuerpos se operen milagros minúsculos. No, no escribo. ¿Me sigue?

—Esa mujer...

—Empecé a llamarla por teléfono como si fuera un espía. Hasta se me ocurrió hacer fichas reseñando sus movimientos. Daba todo por perdido y no entendía que todavía faltaba demasiado tiempo. En fin, con un buen candado en los pulmones hubiera dejado de preocuparme por las perspectivas del día siguiente y hubiera podido deshacerme en mil partículas glorio-

sas cada vez que ella se decidía a volver y meterse en mi cama. Mientras tanto el país hedía. Cada noche podía ser fatídica porque, por si no se lo contaron, moría mucha gente por equivocación. Y el dinero. Era difícil. A veces se quemaba una bombita de luz y esa parte de la ciudad quedaba a oscuras porque era mejor gastar las monedas en un paquete de caramelos. Quedarse era toda una demostración de coraje y amor, apretar los dientes hasta que se quebraran y sentir los hombros huecos. No era lo mejor para el que soñaba con respirar cierta transparencia bajo la bóveda del cielo. Usted, como todos los infieles, quiere que yo juzgue, espera un veredicto que sea como un guante para asir sin peligro esta historia. Pero cuando llueve la ceniza sobre los cuerpos, tanto se pueden bajar los párpados como buscar un lugar al otro lado del mar en donde llevarlos bien abiertos. Así es que ella armó su bagayito y caminó hacia el estuario. Me voy, Gabriel. ¿Vos te quedás? Lo preguntó frunciendo apenas la nariz, una nariz curva y pequeña y llena de pecas que se peleaba con las primeras lloviznas del otoño. Y sin embargo era un día brillante como un damasco abierto. Uno es tan idiota. Ahí estaba ella esperando. Apoyar los brazos casi calcinados sobre lugares que alguna vez fueron útiles, despreciarlos, alzarse sobre ellos, pensar en uno mismo, morder el cuello de un pájaro, escupir para un lado la cabeza y para otro el cuerpo. Todo muy salvaje. Cuando alguno de los condenados se salva, la mayoría de las veces por un dudoso esfuerzo de fé, los otros se sienten doblemente infelices. Pero ella me estaba esperando, aunque por supuesto no tenía una paciencia desmesurada. Se le veía en la manera de hacer oscilar la punta del zapato, apoyado sobre el taco. Lo que yo no ha-

bía entendido era que me quería, se da cuenta. Quedan dos horas de luz, Gabriel. No me gusta viajar de noche.

—Es cierto, hablan así.

Desde el vidrio verde opaco que cubre la madera del escritorio, el desocupado alza la mirada indecisa hasta el empleador, que volvió a sentarse. Quisiera fumar tres cigarrillos a la vez. El desocupado piensa que cierto amigo suyo hubiera dicho que el empleador carece de *feeling*. Aunque por supuesto, tampoco es un filósofo de la sensatez. No es un amargo. Y ese trabajo hecho a medida parece tener garantía de soberbia. Pero yo descorro la lona impermeable que tendió sobre recientes estrías. Soy un hábil hijito de puta que le trabaja el espíritu.

—Yo sé lo que le pasa.

—Y yo sé que usted sabe. Si es capaz de llegar a una parte de la historia, cómo decirle, que sea la releche por cuestiones económicas, ya tiene un empleo asegurado.

—No sé cómo agradecérselo.

—Hombre, ¿de antemano?

—Mire, me siento muy seguro. Como si me hubiera pasado.

—Pues nada, entonces. Adelante.

—En el preciso instante en que estalló una bomba en una esquina y una docena de vidrieras aureoladas de azul se dividió en astillas, Amelia dejó caer apenas los hombros. La falda le flotaba con la brisa del río. Ni ella ni la falda me iban a esperar más. De modo que subió a su bote y se puso a remar. Lloraba con unas lágrimas finitas que quedaban intactas sobre el agua marrón. Iban a chocar junto a las olas contra el murallón de piedra: un ruido plic ploc retumbando en

esa parte de la ciudad que tiene la ciudad a las espaldas. Entonces supe de verdad que no iba a saber vivir sin esa mujer. El mundo empieza de repente. Cuando uno ya tragó saliva y está seguro de que escuchar los sonidos de su propia garganta, sin nadie a la vista a quien relatarle lo maravillosos que son, no es una ocupación del todo insoportable. Al contrario, se la puede llevar a cabo con orgullo. Y mientras tanto Ana se iba haciendo chiquita como una gaviota, Ferrater. ¿A qué me iba a quedar? Además me hubiera sentido culpable si el bote se hundía en pleno océano. Fui hasta la pensión, metí algo de ropa en una valija y volví al puerto. Un policía me corría enarbolando mi pasaporte, con tanto odio que cuando vio que el río ya me mojaba los zapatos me lo tiró como si fuera un disco de hierro. El pasaporte asesino me cortó una oreja y después cayó al agua. La oreja, como usted ve, volvió a crecer. Siempre se regeneran las orejas y las narices cercenadas de los que parten. Por suerte Amanda todavía no había desaparecido, ocupada como estaba en vaciar su bote del llanto que lo hacía más y más pesado, usando el cuenco de una capelina blanca de fieltro. Me vio y ya no lloró aunque, eso sí, enseguida empezó a remar de nuevo, alegre bajo el contorno del sol, roja de rubor por Buenos Aires que la miraba. Yo sabía, gritaba. Yo sabía que ibas a venir. Te quiero, gritaba, y se alejaba, echando besos al aire y señalándome el camino para alcanzarla. Lo curioso y trágico, Ferrater, es que yo estaba seguro de poder caminar sobre el agua unido al cordel de esos ojos que volvían a desearme. Un momento de inflexibilidad y después verse recompensada. Eso la ponía en celo. Pero yo avanzaba, los zapatos en el lecho fangoso del Río de la Plata, y tan evidente como que estaba to-

cando el fondo era que el agua me llegaba cada vez más arriba. Sobre la superficie las lágrimas se habían secado. Pronto, gritaba Ana, ciega, loca de contenta. Tragué demasiada agua, tanta que cuando estuve cerca del bote sólo me quedaba toser e inventar un espasmo que se pareciera a un beso. Claro está que ella no me besó. Me recogió en el bote y me puso durante un instante un salvavidas. Era suficiente. Después me lo sacó. Le pedí que me dejara remar, ocasión que ella aprovechó para sonreír dándome a entender que mis palabras se perdían en la luz dudosa del crepúsculo, soltar los remos y mojarse un dedo para erguirlo en el aire. Por alguna razón sabía que el viento del sudoeste nos iba a llevar sin esfuerzo hasta la boca del estuario, donde el agua terrosa se vuelve repentinamente verdeazul. Cruzó los dedos de las dos manos y dejó caer sobre el hueco de su falda, los antebrazos descansando sobre los muslos, el torso y el rostro hacia adelante. Brillaba, usted no sabe cómo brillaba. Algo, una vela o una lámpara incandescente detrás de los ojos. Hay que dejar que el deseo transcurra y se alimente en ellas, hay que aprender de una vez por todas que si por momentos necesitan saberse saqueadas, otras veces crían la lujuria como se cría a un gato, con desconfianza, con una mano demorada que no admite incitaciones ni escrúpulos. Ya no veíamos la ciudad. Por eso mismo ella era dueña del barro que se transmutaba en sílice y guijarros, de los pocos juncos extenuados que desde las islas llegaban a esas aguas anchas, del crujir de las toleteras sobre sus tornillos en las tablas. El vaho en la superficie de un caudal pardo. Todo su cuerpo impensable, sus rincones que ya casi no recordaba, iluminados como los había visto por una luz de estrépito. Y el bote que ese caudal arrastraba

hacia el mar. Por una vez fui orgulloso y me dejé estar. Me tendí boca arriba y me prometí pensar en las constelaciones, La Cruz del Sur, la única que de verdad nos pertenece. A nosotros, que mirando el mapa nos vemos con las uñas clavadas a las nalgas del orbe. No pasó mucho tiempo. Vino su aliento, llovió sobre mí, y la agitación y los leves roces de su lengua sobre mis mejillas. Se da cuenta, Ferrater. Yo era Dios. La había atraído hacia mí. El aguijoneo de sus pezones cuando me sacó la camisa, mi carne estridente, pobre objeto nunca olvidado de sí mismo, desafiante, tal vez indómita. Sobre la que ella se sentó para balancearse toda la noche, diciendo Mi amor y Nunca me voy a mover de acá. Esas cosas que dicen las mujeres y nos hacen sentir poderosos, altivos, y sin embargo sólo capaces de responder con ternura. Largas carcajadas nuestras, bañadas en el vino que ella había traído en una lata, calentado sobre su vientre arqueado, risas hacia la cúpula oscura que desbarataron los planos de la noche para que de pronto amaneciéramos. En medio del mar, proa hacia Europa. Me crecía la barba. Ella se depilaba las cejas, los pómulos serios frente a un espejito ovalado, ya sin falda. Es decir, puramente desnuda sobre los alisios.

Con un gesto poco calculado y que evidencia cierto déficit en la lucha por el control emocional, el empleador tironea del nudo de su corbata para aflojarlo. Salta el botón del cuello, rueda sobre el escritorio. Los dos lo miran, en un instante que aprovecha el empleador para materializar un alfiler de corbata con sus iniciales. Ya que no serenidad, al menos distinción. El desocupado se mira hacia adentro con una vaga satisfacción, durante el escaso tiempo que el desaliento le concede. La historia le duele en las yemas de los de-

dos. Piensa: el jefe de personal no se imagina. Sólo se divierte. Quizás. Quizás haya también una ansiedad dentro de su billetera, en el monedero, en el momento de estar en la cama y mirar el techo y verse desamparado de motivos para distraer el pensamiento. Una mujer.

—Usted se está excitando, Ferrater.

—Hombre, vamos, uno tiene su corazoncillo. A mí es que me resulta extraño, así, en medio de una jornada de faena, estar escuchándolo. Salomón...

—¿Sí?

El desocupado teme. Le sudan los dedos. Pero tiene que saberse alguien, un tipo con ese nombre y apellido.

—La piel de esa mujer. Quiero decirle. Un perfume que se reconoce. ¿De verdad han hecho el amor en medio del río? Es que esa Ariadna.

—Alba.

—Usted dijo Alina.

—Muy bien. Es verdad. Pero usted es un hombre grande, Ferrater, no se vaya en seco. Quedaría muy fea una mancha sobre el pantalón. No sea pendejo.

—¿Qué quiere decir? ¿Que no me corra?

Se levanta el empleador. Le bastaría subirse al escritorio y tener al desocupado a mano para agarrarlo por las solapas y empezar a sacudirlo como un hombre que está a punto de matar a otro. La cabeza del desocupado, el cuello, chirriarían. Como unidos por bisagras. Pero el desocupado se vuelve minúsculo, y regresan a él la vergüenza y la desidia, la culpa de haber llegado como un desposeído; y esa pequeñez lo salva porque termina por hacerse inasible para las manos torpes del otro. Y dice:

—Cálmese, animal.

–Lo voy a matar. Se lo juro. Y se va a marchar de aquí como cuando llegó.

–No quería hacerle daño, Ferrater, se lo juro.

El empleador se sienta, se sacude de la solapa las pequeñas cenizas voladoras. Llama a la secretaria. El cimbreante culo entra, diligente, y vacía el cenicero. Lo devuelve limpio. El desocupado la considera poca cosa, o por lo menos necesita considerarla poca cosa. Una vitamina que lo ayuda a recuperar su tamaño normal. Lo único que no se ha movido de su lugar es la carpeta gris que encierra el diario.

–Desde luego que como vendedor sería un éxito. Lo que no sé es qué coño podría vender.

–Abismos.

–Mire, Salomón, hemos de hacer un trato.

–Cuanto antes.

–Usted no se meta con los planes de trabajo. Eso es asunto que no debe importarle. Si le apetece hacerme un enorme favor, no proponga ni siquiera cosas para vender. Yo le tendré en cuenta. Pero es que ahora algo...

–Se le paralizó.

–Sí. O tal vez no. Se aceleró.

–Dígamelo.

–Antes acabe de contar.

–No, porque después no me va a decir nada, Ferrater. Yo sé cómo son estas cosas. Hace dos meses que recorro empresas.

–Pues sí, coño. Tal vez no le diga nada. Esa mujer...

–La superficie del mar. Plata azul encendida por el sol del Ecuador, veteada por cintas de petróleo. Comíamos pescadilla, merlines, hundíamos los dedos en el plancton y nos lavábamos el pelo con algas. Todo muy idílico, como usted comprende. No temíamos a

los tiburones, porque cada vez que Amelia hablaba de las tardes de verano en San Juan, de la siesta bajo los algarrobos y de un muchacho de ojos azules que la llevaba a pasear del brazo a la hora en que empezaban a cerrarse las puertas de las casas, las aletas criminales retrocedían mansamente. Cuando me di cuenta de que ella empezaba a aburrirse, dibujé una carta del Atlántico con indicaciones de los lugares en donde Colón o Magallanes o Vespucio habían experimentado una certeza. Para ver si la contagiaba. Pero Ana ya pensaba en la supervivencia al llegar a la orilla. Por las noches dormía inquieta y a la mañana me salpicaba la frente con una risa incrédula. Además era el momento de empezar una nueva caja de anticonceptivos, así que yo tuve que ceder. La presencia del farmacéutico, por lo menos, era necesaria.

—¿Qué está diciendo?

—Chitón, Ferrater. ¿Qué quiere? No nos íbamos a permitir el lujo de un embarazo, justamente cuando ella estaba aprendiendo a levitar. Por lo demás, la vida del emigrante es mucho más dura si hay que alimentar a los hijos. Y, por supuesto, ella no quería tener un hijo mío. Ni de nadie, se lo advierto.

—Bueno, eso es lo de menos.

—Para usted. Pero no me extiendo en consideraciones. En medio del océano, la farmacia. Un hueco en el yodo y las corrientes en donde se alineaban los frasquitos y reinaban la magnesia, los coagulantes, el almidón de los delantales. Y de repente yo, que esperaba cavilando en el bote, veo que ella guarda el paquetito en su bolso y se lanza a correr sobre el agua. Se detuvo un instante. Es cierto, Gabriel... Es cierto que te quiero. Pero no puedo. Hay una alegríiiia que me empuja. No, no es alegría. No sé, decía, no sé. No po-

demos pasarnos toda la vida solos en un bote. Claro que no, gritaba yo, todavía sentado. Y quién te dijo que lo pensaba. No sé, me pareció. Alba, quiero que lleguemos juntos. Yo también, pero... No sé, Gabriel, no sé si yo también quiero. Me empujan. Y siguió saltando de cresta en cresta, refulgente y rápida, una mano sobre la cabeza para que no se volara la capelina blanca, el otro brazo apenas separado del torso. Un cuerpo liviano en salto sobre las olas, refractando la luz del sol, los pechos apenas oscilantes, duros por la brisa. Era hermosa escapándose, las puntas de los pies salpicando gotas, los tobillos ásperos de sal. Y digámoslo todo, Ferrater, ese culo majestuoso y verdadero, una redonda luna voladora. Bueno, en ese momento mi dignidad recuperada se derrumbó como un mástil. Sobre la farmacia, que se fue a pique. Y comprobé que podía perseguirla por el agua.

—Salomón.

—¿Qué le pasa?

—¿Usted cree que yo hubiera podido?

El desocupado recorre las estanterías. En un rincón de la más alta, junto a la estatuilla de un ciervo con discreta cornamenta, hay una pesa de medio kilo. Elemento del cual se quisiera valer el desocupado para sopesar su respuesta ante la mirada ansiosa del jefe de personal. No hacerle daño, no producir heridas irreparables. Cuando los amanuenses de los que deciden están cicatrizando sus llagas, recuerdan con saña a los debiluchos que se las produjeron y planean derribarlos para siempre de las columnas a las que con tanto sufrimiento ascendieron. Jodidos que son, piensa el desocupado. Medio pelo.

—Tranquilo, Ferrater. Los pies son plumas de golondrina cuando se va detrás de ellas.

—¿Tranquilo?

—Bueno, más o menos. Porque lo cierto es que no lograba alcanzarla. En realidad, creo que nunca llegué de verdad hasta ella. A veces, la paz y la plenitud sobre una red flotante, pero sólo porque antes y después me asaba en el infierno. En fin, como le decía, era sorprendente mi facilidad para patinar sobre las olas, detenerme sobre las plantas de los pies, acuclillarme y abrir en dos el aire, siempre sin dejar de mirar su cintura. Tragaba bastante agua salada, eso es inevitable, pero el precio era irrisorio por la visión de aquella sonrisa desnuda. Alcanzar esa boca, besarla bajo la sombra del ala de la capelina, apretar sus largos dedos entre los labios, volverla a escuchar cuando proponía negocios con los que los dos podríamos vivir tranquilos. Un lugar en donde se cambiara ropa vieja por poco dinero, por ejemplo, acostumbrados como estábamos a que la gente ya no se comprara una camisa como no fuera para el casamiento de un primo carnal. Estaba pensando en escucharla nuevamente, pero escucharla de verdad, en una de esas conversaciones en que las palabras van y vienen sobre la mano del aliento, cuando de golpe vi la interminable cola sobre el mar.

—¿Qué rollo me está vendiendo?

—Los inmigrantes, Ferrater. Los huidos, menesterosos, los candidatos al secuestro milagrosamente fugados por una cloaca, profesores expulsados, maestras nietas de europeos que llevaban en las libretitas las direcciones de un amigo de un tío, hombre éste que con pertinacia había hecho una buena posición. Quizás tuviera un trabajo. Nada excepcional. Barrer los pisos, hacer las camas, cuidar a los nenes, escribir dieciocho horas a máquina. Cualquier cosa era mejor

que vivir con la garganta encalada, gritaban todos a coro. Los más arteros imaginaban que en Europa, por otra parte, grandes antiguas imperecederas maravillas de la civilización estaban tan cerca unas de otras. Guardar las moneditas y en el resquicio que deja el trabajo, zas, lanzarse a conocerlas. Recorrer mundo, me comprende. Pero ya se les veía en las frentes resecas que iban a quedar atados a una pieza de cuatro por cuatro. Era una cola extraña. Caravana que iba desde el tipo más solo y retraído hasta la familia que caminaba en formación circular, comentando todavía lo que habían comido en el último almuerzo dominical en su país. Un inaudito vigor para devorar millas marinas. Las sombras, contrariamente a lo que puedan haberle enseñado, largas y flacas surcando el Atlántico hacia los polos. Una sombra para cada lado, alternadamente. La tristeza de ese desacuerdo, el rumor de miles de dientes y huesos de mandíbulas imponiéndose al aullido de alguna tormenta. Todos preguntaban quién era el último que había salido, si se habían unido muchos más de los países vecinos, cuántos eran los que habían llegado. Algunos, los que habían vendido un departamento o un coche antes de salir, se hacían enviar el diario desde alguna ciudad europea para leer mientras avanzaban la sección de anuncios de trabajo. Lo más triste era ver moverse el diario en dirección contraria a la marcha, de mano en mano. Bajo el peso de las páginas los pies descubiertos se hundían apenas en las olas. Porque todos llevaban los zapatos en las manos o en los bolsos. Tendrían que durar, esos zapatos, especialmente porque los buenos puestos libres ya habían sido ocupados por los visionarios que se habían escapado cuando los primeros disparos.

El desocupado busca en un bolsillo de su saco el paquete de Celtas sin filtro a los que finalmente tendrá que apelar, dado que el jefe de personal acaba de encender otro Winston sin dignarse ofrecerle. El papel se le pega a los labios. Al encenderlo, se saca el cigarrillo de la boca, deja caer la minúscula cera derretida del fósforo sobre la boquilla. Fuma, la punta de la lengua invadída por hebras de tabaco. ¿Y si se las escupo en la cara? Jamás. Las escupe sobre el escritorio. La dignidad de la grosería, que se parece al orgullo de la pobreza. No es que se lo crea demasiado, pero por supuesto que le gustaría poseerlas. El empleador, mientras tanto, impasible como una escultura de alabastro. El desocupado se ve obligado a seguir.

—Tengo que admitirlo: había también otra clase de tristeza en esa gente. Bastante más afrentosa. La sospecha de que estaban regalando el país como se regala un par de nueces cuando las manos no son lo suficientemente fuertes como para romperlas. Ya se sabe como se parten las nueces. Se las aprieta hasta que crrroaccc, ya está. No sólo es habilidad, Ferrater, también fuerza y convicción. Era difícil quedarse teniendo oportunidad de escapar, pero por más cubierto que estuviera el océano por el chapoteo de los pies que huían, lo cierto era que muchos de los de la fila recordaban a alguien que se había quedado, entre el quebranto y la tozudez. De modo que los que no podían con el remordimiento encendían un cirio y se despachaban a gusto a la primera oportunidad. Era de noche. Los de los cirios indicaban, como luciérnagas, los cambios de distancia. Yo estaba perdiendo el tiempo, pero mientras tanto descubría la formidable melancolía que los hombres pueden provocarse entre sí cuando se ofrecen el espectáculo de sus pensamien-

tos. Me acerco a un muchacho con un cirio, deformado por el esfuerzo de parecerse a un flagelante. No hace falta, le digo. No hay debilidad en esto. Y él: Me parece que no te entiendo, flaco. Le señalo la llama. Ah, explica, es por los de adentro. Los de adentro están tranquilos, digo. Las almas se les salvan solas. ¿Por qué no estás en la fila?, me pregunta. Porque ando persiguiendo a aquella mujer. Y estiro la mirada y se me pierde en una niebla densa y ladina. ¿Cuál? Aquélla, decía yo, pretendiendo divisar el fulgor de sus nalgas. Pero había desaparecido; por lo tanto tuve que volver a correr. Aterra lo fácilmente que uno se olvida del sufrimiento ajeno. No había manera de verla, sólo era posible seguir la estela de su olor detrás del cabello y la música intermitente de sus brazos mojados cayendo a veces sobre los flancos del cuerpo. Pasa una libélula y me cuelgo de sus patas débiles. Una ayudita, Ferrater, no me critique. Uno también puede sucumbir al cansancio. La libélula y yo atravesamos una breve tormenta. A la luz de un relámpago la veo. Junto a un monolito de coral la caravana se interrumpía para dejar espacio a un barco de bandera italiana, de esos que cruzan el océano cuatro veces por año. Las patas de alambre del insecto ceden, me hundo en el mar y cuando vuelvo a asomar la cabeza ahí estaba Ariadna, acodada en la baranda del barco, pensativa. No había un amor delirante en ese rostro. Pero suficiente afecto como para que yo trepara por la escalera de cuerdas. Un beso tibio, durante el que me di cuenta de que ella tenía puesto un largo vestido negro. La espalda abierta hasta la cintura. Una playa entre dos amenazas. No sé de qué se reía la gente del barco, recién acababan de cenar fideos conservados en vida latente, impulsados por un muy bien estudiado pro-

grama de actividades hacia un salón de baile con luces giratorias color violeta, tintineo de botellas, todos bruñidos por el sol de la cubierta, cada vez más angustiados por el fin de la amable estadía no bien los depositaran en las dársenas de algún gran puerto europeo. Yo, por lo menos, no tuve tiempo de reírme. Porque mi problema era otro. Amelia sentada junto a mí, mi mano y la seda negra sobre las caderas. Preguntó: ¿Dónde nos bajamos? Con complicidad, se da cuenta, con intención de futuro. En Barcelona, y seguramente nos las vamos a arreglar. Estaba satisfecha por el pacto, llena de ganas de bailar. Pero decía que yo no bailaba bien, lo cual es rigurosamente cierto, de modo que con una caricia honesta me dejó en mi silla junto a una brasileña de enormes tetas oferentes y ella giró y giró todo el resto de la noche con un oficial del barco que tenía una prodigiosa, estúpida habilidad. Ella sabía que el tipo era como un yeti rubio. Pero en esos días no le hacía falta hablar. Yo auscultaba los ruidos de la noche. En caso de descubrir un jadeo, lo hubiera cubierto con montañas de hojas secas, que aunque son caras en medio del océano se desprendían a montones crujientes de las manos de mi circunstancial amiga brasileña. Quien llenaba con su carne melódica mis horas de infortunio. Bueno, a lo mejor es verdad, somos polígamos. Pero son ellas las que nos precipitan hacia otras respiraciones. Por el esquivo dolor de preguntarnos después por las reacciones, el instinto, la historia de esas vidas que por un momento nos implicaron. Otro tanto hacemos nosotros, sólo que con un vago pudor. Y después no queremos enterarnos de nada. Las empujamos con nuestra perseverancia, que sólo sirve para soldar compromisos. Por eso nunca terminamos de entenderlas. Yo, el perseverante, en la

litera de un camarote convertido en medio coco, en piragua, husmeando la canela y el azafrán de los labios gruesos de la vagina tropical. Acá tenés un cuerpo criado para la gloria, me decía, y una voz dulce y el tam tam de un vientre sudado contra tu vientre. Pero Alba estaba en otra habitación, por el solo hecho de proporcionarse la diferencia, sobre el castillo de proa. Para poder después contarme que había pensado en mí. Hacia la madrugada me espiaba por el ojo de buey, aprovechando el sueño pesado de mi concubina. Guiñaba un ojo. A la hora de comer me comentaba: Me muero de celos. Tiene un cuerpo más lindo que el mío; pero nosotros somos compinches. Con una responsable felicidad. Hasta que la panza del barco se rompió por la onda expansiva de uno de mis suspiros y rodamos sobre la piedra mórbida del puerto de Barcelona.

—¿Entonces usted llegó aquí con ella?

—Por supuesto, pero no se asuste.

—No, si no me asusto.

—Vamos, no me va a decir que no está muerto de miedo.

La mano del empleador cae categóricamente sobre el vidrio del escritorio. Pllaffft. Sordo sonido que se impone. La mano, roja por la colisión, alisa el pelo. Peinado pero grasoso, descubrimiento éste que coloca momentáneamente al desocupado en una situación ventajosa. Pero los desheredados aprovechan la mitad de lo que podrían.

—Usted está acabando con mi paciencia, Salomón.

—Por favor, no quisiera importunarlo.

—¿Quiere que golpee de nuevo el escritorio?

—Suficiente. Le doy mi palabra. Ahora yo también tengo miedo. Pero el suyo es diferente. ¿Usted hubie-

ra preferido que Alina se perdiera en el océano, entre el plumaje de un albatros?

—Sí y no.

—Vamos, viejito, no te me hagas el interesante. Se te juna desde lejos.

—Basta, Salomón. Estoy hasta los cojones. Fuera de aquí. Fuera, ¿me entiende?

—Fue un lapsus, señor empleador, un lapsus incontrolable.

—*Fuera.*

—No, no por favor.

La voz delgadita, el desocupado recoge su carpeta de cartulina gris, se sube el cuello del saco, se levanta. Enfila hacia la puerta. En la calle se recitará frases de Nietzsche para convencerse de que retornarán las desgracias pero también los segundos de campanas de victoria, el aroma humeante de una comida caliente sepultando funestas inquietudes. ¿No será todo un gran sarcasmo? Como en las películas, hay que retirarse con absoluta convicción. De lo que él, por definición del término desempleo, no es capaz. Los cinco deditos sobre el picaporte.

—Salomón.

—¿Qué quiere de mí?

—¿No acabará de contarme?

Un salto preciso y otra vez arrellanado. Lo peor de todo, piensa, hubiera sido pasar lleno de heridas, polvoriento, las armas depuestas, frente a la secretaria que entre dientes estará tarareando *Serenata a la Luz de la luna* porque tiene un papá y una mamá sumamente nostálgicos.

—¿Y yo qué soy, Ferrater? ¿Nada más que una historia rodante? ¿Un gramófono? Fenómeno, si le parece puede usarme. Pero le pido que no me defraude.

Ya que al fin y al cabo usted es el primero que me escucha.

–No he podido dejar de hacerlo. Es que...

–Shh. Usted, como si pasara un tranvía.

–No sea cruel. Quiero decir, no sea desagradecido.

–Sí, tiene razón. Bueno, escúcheme. Con gran atención, porque ya va a ver cómo de la manera más decepcionante sobreviene el incierto final. A Alicia ni siquiera le miraron las valijas. Los policías aleteaban delante de su sonrisa cándida dispensándole la bienvenida, la puerta de salida de la aduana abierta de par en par. El diálogo conmigo, mientras yo la veía perderse en eso que llaman la Rambla, medio oculta tras la columna que sostiene a Colón, no terminaba nunca. ¿A qué viene? La verdad que no lo sé muy bien, todo el mundo viene. Sí, por supuesto, después van por ahí armando follones, España está en crisis, hay cientos de miles de parados, ¿trabajará o estudiará? Soy profesor de historia, decía yo pispeando la calle, escuchéme por favor, esa señorita viajó conmigo y ahora se me está escapando. Ya sabrá ella por qué lo hace, así que profesor de historia, ¿tiene título? Y el murmullo de cansancio de la cola de abandonados, algunos todavía esperando a mis espaldas, otros adentrándose como extraterrestres en nuestra madre patria. La gente los recibía con cariño, la gente de las casas. Con arroz y calamares y buen vino del Priorato. Pero apenas metían las cabezas por la ventana de las oficinas, las persianas caían como guillotinas. Sí, por supuesto que tengo título. Ha de convalidarlo, para eso ha de viajar a Madrid, aquí no queremos vagos, ya estamos bastante llenos de moros, ¿tiene dinero para viajar a Madrid? Sí, es decir, sí que tengo. A verlo. ¿De verdad tengo que enseñarles el dinero? Mirad

al tío, con desconfianzas. Bueno, acá está. ¿Doscientos dólares?, ¿con eso piensa vivir hasta que consiga un empleo?, además ha de tener permiso de trabajo. Pero es que con los países de Sudamérica hay un convenio. Nada de convenios, permanencia. Muy bien, voy a tramitar la permanencia, pero ahora por favor sélleme el pasaporte que tengo que encontrar a la señorita. ¿Conoce la ciudad? No, ¿no se da cuenta de que recién llego? ¿Y entonces cómo hará para hallarla? Olfato. No se haga el listo porque lo meto ahora mismo en chirona. No, no me quiero hacer... El listo. El listo, pienso trabajar, no vengo a hacerme millonario ni creo que nadie sea carne para el engaño. Eso es lo que piensan muchos de los vagos que vienen de otros países. Me avergüenzo de ellos, pero mire a todos estos que esperan, ¿a usted le parece que pueden jorobar a alguien? Residencia, me ha comprendido, mejor ha de preocuparse por eso. ¿Pero no era antes el permiso de trabajo? Para que le den el permiso ha de tener la residencia. ¿Y cómo se tramita? Pues cuando usted tenga un trabajo, va a la comisaría y pide que le prolonguen la permanencia. Mire, ya comprendo, por favor, póngame el sello, a Ana se la están tragando las avenidas. Le pondré entrada de turista, tiene prohibido trabajar, como lo cojamos, a la frontera, ya estamos hasta aquí de extranjeros. Son las épocas, agente, alguien está sacudiendo el mundo y nos caemos en racimos de un país a otro, y lo peor es que no se derriban las fronteras, nos damos contra ellas, pruebe, súbase a una lomita, va a ver cómo todo es un traslado inacabable, y en donde hay algunos millones que permanecen, la desolación se condensa y estalla en tormentas de granizo, los rostros se erosionan, qué tiempos, agente, último tercio del siglo vein-

te, me pone el sello por favor, estoy enamorado de esa mujer y no quiero perderla. Míralo al tío, tú, dándome órdenes, éste acabaría en la Modelo, porque ni siquiera es de esos hippies que se largan a Ibiza, antes he de revisar el equipaje. Pero si es este bolso, nada más. ¿Ha traído cepillo de dientes? Por supuesto, qué se cree, que somos indios. ¿Una muda limpia? Camiseta no uso, dos calzoncillos. Me puso un sello rojo, casi fosforescente: prohibido trabajar.

—Bueno, hombre, no se preocupe. Ya veremos qué se puede hacer.

—Usted no entiende nada, Ferrater. Yo no me preocupo. De lo que se trata es de la vergüenza. Yo no era un exilado político, ni siquiera me hubiera preocupado que en mi país me comieran los piojos mientras las paredes empezaban a tambalearse y la leche encarecía y el pan encerraba migas verdes de caos. Nada me había impelido, nada que no fuera la remota confianza en una mujer que, a pesar suyo me había descubierto que aún era posible la rebelión. Ellas son las grandes rebeldes, sus caprichos, sus ansias de equivocación, sus largos torsos insaciables que todos los días entonan una nueva melopea y se alejan patinando de la muerte por quietud. Guiadas por el instinto.

—¿La encontró?

—¿A usted qué le gustaría más?

—Es que usted es la hostia. ¿No se da cuenta de lo cansado que estoy? ¿No se ha fijado en mi mareo?

—Del mismo modo que usted no me entiende a mí. Ferrater, usted no sabe cuánto quise a esa mujer. Mi pensamiento siempre fue menor que el dolor que podía inventar. No sabe cuánto la voy a seguir queriendo, su olor a habitación cerrada en donde se finge

ser sublime. Durante todos estos meses la desgracia creció a mi alrededor y yo me dediqué a perseguirla a ella enfundado en un traje de cal. Dígame si no es una vergüenza.

—Vaya si lo es.

El aire de superioridad del empleador forma una nubecita sobre cada oreja reluciente. Más aplomado ahora. Aliento sobre las uñas, se las mira con intensidad.

—De todos modos usted no es quién.

—Yo estoy al frente del departamento de personal de la Compañía de Seguros de Vida "La Meridiana". Algo que me ha costado no poco sudor y que, pese a mi obvia juventud, me coloca un poco por encima del común de la gente.

—Sí.

—De cara a sus aspiraciones, ¿señor?...

—Salomón.

—Ah, sí, Salomón. Pues de cara a sus aspiraciones, sería de desear algún tipo de referencias. O, en caso de que usted no pudiera ofrecerlas, algún tipo de garantía que nos pusiese en situación...

—Ferrater, estoy a punto de pedírselo de rodillas. Amanda y yo buscamos en todos los cuartos donde siempre es tarde para el reparto de...

—¿Entonces la encontró? ¿En una ciudad que no conocía?

—Silbaba, con la ingenuidad negligente con que silban algunas mujeres, detrás de la ventana de un hotelucho de la calle San Pablo. Para ver si yo era capaz de reconocer la canción. Con una sonrisa que disipaba la música. *The way we were*. Es de una película. Había dejado su firma en la conserjería aclarando que yo iba a llegar en algún momento, y cuando entré en la

habitación de paredes con flores escarlata y dorado. ella estaba sobre la cama, en posición de loto, mirando distraídamente las esparcidas cartas de recomendación que nunca nos servirían para nada. Me sacó la lengua y por última vez hicimos el amor. Sin entendernos. Porque después salimos a la calle, ella colgada de mi brazo, para sentir el curso de los días como una ráfaga a través de los agujeros en nuestros bolsillos cada vez más flacos. En un anuncio de "La Vanguardia" pedían camareros y mujeres de limpieza para hoteles en la costa. El viejo que nos recibió masticaba un escarbadientes. La enorme panza comprensiva descansando sobre un banquito. Pero la pequeña abertura de los labios le bastó para explicarnos que él también había sabido lo que era el exilio, cómo no. Nos iba a ayudar. Lo único malo era la mueca de horror de Ana ante los cuerpos hechos un estropicio que volvían de trabajar dieciocho horas diarias en Benidorm, en Rosas o en Palma. Dóciles cuerpos mancillados, con manchas de café y mayonesa, las chaquetillas blancas adheridas a la piel, mejillas cadavéricas que ya no servían para atender a los turistas. Una mujer corpulenta, la amanuense de este señor viejo, los traía desde un camión para depositarlos en una piecita donde los estacionaban hasta que estuvieran en condiciones de ser devueltos al mercado. Pobre gente, ¿no? Cada cuerpo entre dos barras planas de hielo. El frescor de la fatiga. Un descanso bien ganado. Con sus ahorros en bolsitas de cuero, billetes de mil que les iban a ser útiles mientras conseguían otro empleo. El viejo dijo que al día siguiente tendría algo para nosotros. Nosotros lo pensaríamos. Aunque cuando volvimos, el anciano adiposo ya se había muerto asfixiado bajo una montaña de miembros extenuados.

La ayudante grandota lloraba gordas lágrimas exasperadas y los ex trabajadores, los que podían, se incorporaban para hacer las veces de plañideras. Vos y tu optimismo, decía Amelia. En broma, por supuesto, Ferrater. Lo que yo tendría que hacer es conseguirme un español con platita. Pero no puedo porque necesito estar con vos. Ah, qué feliz desaliento cuando ellas nos conceden una mentira y sabemos que el momento de odiarlas va a llegar demasiado tarde. Más adentro en Barcelona nos enteramos de la gran variedad de tareas que cumplían los desocupados, tan pronto voceando una liquidación de prendas de cuero a la puerta de una manufactura, como ayudando a los culos de los esquiadores a dar el saltito necesario para acomodarse en las aerosillas; o manipulando las distorsiones de los espejos en el parque de diversiones, o golpeando las puertas para contribuir a las encuestas sobre el tipo de papel higiénico preferido por la población. O dejándose crecer las uñas para que los pusieran a arrancar fideos pegados en las ollas. No está mal, después de todo el mundo brama bajo el peso de la recesión económica y en Bombay están los famosos bebés raquíticos y panzones. No hay malos trabajos. El problema es el ruido insoportable de la soledad, adicional para mí al tiempo que veía hacerse más profundas las ojeras de Analía. De ardor y deseo, abyectas ojeras bajo sus ojos claros, ahora y por siempre cansados de que nuestras humanidades estuvieran unidas por la mala suerte. Parecemos siameses, decía, y yo era demasiado débil para entender. El mejor gesto, el que siempre nos hubiera mantenido amándonos, hubiera sido el de una palmada chopt chopt, alegre, en medio de las nalgas. Para devolverle la belleza y la confianza y dejarla perderse entre los barrios y las

cafeterías. Y yo por mi cuenta, aspirando el polvito bienhechor del aire sobre las plantas enmacetadas en las Ramblas y las maderas barnizadas de los botes de pesca en el Mediterráneo. Y otras mujeres, que las hay también sabias y danzarinas. Es notable cómo escondemos nuestra pasión bajo un impermeable, como si pretendiéramos que tuviera cría, pequeños huevos con vida. Hasta que por fin le hechamos una ojeada y la encontramos convertida en un pelo. Un pelo, Ferrater, lacio y yerto y sin sabor, un pelo de mierda que termina mezclado con otras peluzas, bajo una escoba. Bueno, el mío era un impermeable color marfil heredado de un tío que había pisado Londres. Yo lo llevaba puesto la mañana en que fuimos a vender sangre, decisión ésta que concienzudamente habíamos tomado en vista de las trescientas pesetas que nos quedaban, y de que nuestro empleo de vendedores de libros no había rendido otros frutos que un atlas mundial, a pagar en mensualidades, depositado en la casa de una emprendedora familia de Sants. Sangre, Ferrater, ese líquido sacudido por temblores, a veces postrado e indecoroso, efervescente, que inventa sus propios meandros y delata cuánto nos seducen los gritos de los alrededores. El único alimento que nos proporcionamos a nosotros mismos: tener que venderlo a mil pesetas el cuarto de litro. Por dos almas que lo hicieran, dos mil pelas. Y la satisfacción accesoria de que sería útil para salvar otras vidas humanas, hermosas criaturas bendecidas por la belleza o viejos que ya poco tienen por decir o hacer. Los azulejos blancos del Hospital Clínico, el formol y el alcohol yodado en las aletas de la hermosa nariz de Alba, su pelo rubio apartándola de la enfermera.

—¿No tenía ella el pelo marrón?

–Marrón, negro, rubio, según mi estado de ánimo.

–Desconfío de usted, Salomón.

–Y yo, ahora tengo que confesarlo, desconfiaba como una rata del futuro junto a ella. Así es: las perseguimos hasta los cráteres de los volcanes más altos sólo para poseerlas por una definitiva vez y reconciliarnos con nuestra angustia. Después seremos esposos lánguidos, ordenados, maldiciendo por el costado de la boca. Es lo que ellas dicen. No sé si es cierto. Pero la verdad es que mientras no se dejan atrapar del todo nuestro amor es siempre verde y desconcertado, la única sorpresa posible. En el hospital, mire usted qué extraño, nada era asombroso. El enfermero que sacaba sangre tenía la cabeza rematada por un gorro de playa, mientras una instrumentista de cutis de porcelana chupaba interminablemente un gajo de limón y sus labios rezaban un plegaria por los desangrados. Que se brindarían una rebosante comida reivindicativa. El fluir gloub gloub de la sangre desde la aguja que atravesaba mi impermeable hasta el frasco invertido. Adiós, le decía Alina a la sangre. Tuve muchas ganas de llorar, pero no por la humillación, sino porque sabía que después iba a sobrevenir otra clase de pena. Mire, Ferrater, no puedo soportar más. ¿Usted sabe lo que quiere decir que un hombre no soporta más? Hay que despacharlo todo lo más pronto posible, sin ritmo narrativo ni circunloquios, y chúpese esta mandarina. Ligeros, mareados, hambrientos, volvimos los dos a la calle para meternos en una bodega en donde pedimos croquetas, albóndigas, pulpo, fuerte chorizo del color del ladrillo, vino rosado que servimos atolondradamente para que corriera por la mesa. Alicia hundió el rostro en el charco, antes de que ese vino fuera absorbido por la madera. Su lengua en el

alcohol dulzón y amargo, y una risa plena hacia arriba. Dije que aquello era el corazón de la vida. Por supuesto, me contestó, y disfrutarla sin compromisos. Gabriel, si ahora podemos estar contentos, entonces podemos siempre. Y abrió su cartera, y sacó dos de los billetes de cien que le habían dado por algunos miles de glóbulos. Pagamos a medias, dijo. Y se escapó. Eso fue todo, Ferrater. Bajo el vaso con las servilletas de papel dejó una foto suya.

—¿Cuándo la volvió a encontrar?

El lívido suspiro de la boca del desocupado se cierne como un huracán sobre la atmósfera del despacho. Una corriente de aire se ensaña con los cuadros de escenas campestres y los almanaques ilustrados por lo mejor de la escuela pictórica catalana. Presto se levanta el empleador y vuelve a colocar los adornos en su posición. Su dedo severo, mudo, le recrimina tanta osadía al desocupado. Ahora puedo matarlo, piensa éste. Golpearle las orejas con dos platillos de bronce y que su cerebro estalle y se revuelva. Voy a almorzar masa encefálica humana. Y va a tener gusto a desazón, que ni siquiera la lavandina evapora. El desocupado se pide un poco de cordura, ya que ahora, supone, tiene que llegar la recompensa. Pero antes el cuerpo tiembla. Y llora. Un sollozo lastimero y líquido. La puta que la parió. Y dice:

—Nunca más la encontré. Ferrater, compréndalo, nunca más.

—Miente.

El jefe de personal está irritado. También él puede ser capaz de llegar al llanto.

—Le doy mi palabra de que no.

—Miente, guarro.

—Ferrater.

–Qué.
–No solloce.
–No sollozo.
–Se lo pido yo.
–Vale. Me calmaré. Pero tampoco llore usted.
–Escúcheme una cosa. Yo siempre había vuelto a encontrarla porque ella lo quería. Después del hartazgo y de la pena, se miraba en el espejo, y en la curva de su cintura faltaba algo que era mi mano, mis dedos simuladores que hacían crecer allí hojitas perezosas, esa clase de visiones familiares que ponen una dosis de orden en los despojos. Pero ahora ella estaba completamente recuperada, a fuerza de sentirse sola junto a mí. Cuando yo estaba por irme de la fonda, una mujer con la cara amoratada me agarró del brazo y me pidió dinero. Tardé unos treinta segundos en encontrar las monedas, lo cual fue suficiente para que Ana se fugara hacia alguna de las piezas con colchones en el suelo y botellas medio vacías en donde la soledad se pinta las uñas, orgullosa.

A un carraspeo del desocupado, que por fin da por concluido su papel, la solapa del empleador empieza a inflarse y contraerse alocadamente. La bomba maldita lo traiciona, piensa el desocupado. Taquicardia. Cierta clase de espectáculos no deberían desplegarse ante los hombres de corazón insano. El desocupado refunfuña, preguntándose cuándo cesarán las cabriolas de la válvula trastornada.

Hasta que el empleador se da un golpe en la solapa, un golpe de los que se usan para enseñar a los cachorros que no deben orinar fuera de su casita de latón, y el corazón entrampado amaina su carrera. Con los dedos mojados en saliva nicotínica, el empleador se alisa las cejas. Llega la decencia. Llega la compasión.

Llega la solidaridad humana. Deliberan. El desocupado deposita todas sus esperanzas en ellas, ahora que su estómago empieza a emitir solapadas regurgitaciones reclamando lo suyo y las tres virtudes lo miran de costado con una dulce condescendencia. Bueno, el mundo está podrido, pero algunos valores intemporales se visten de damas togadas y caminan sobre la dicha. El desocupado está muy bien en esa oficina; se dice que sería una lástima abandonarla. Los dedos del empleador tejen redes vacías sobre su vientre enchalecado.

—Usted es una persona muy inteligente, Salomón.

—¿De verdad lo dice?

—Con un puesto como el que me han confiado, no puedo derretirme en cumplidos huecos.

—Bueno, usted también habla muy bien.

—Es que me estuve contagiando. Lo he escuchado con mucha atención y he de decirle que su historia me interesa. Me toca muy de cerca.

—Cuénteme.

—No puedo.

—Sea bueno.

—No puedo, coño, No sea imbécil.

—¿Me voy como llegué? ¿Con los puños llenos de verdades hirientes?

—Usted se quedará porque yo le daré un empleo.

Amplia sonrisa bonachona del empleador englobando los ojos húmedos del desocupado.

—Odio y amor, Ferrater, como en las peores películas de Heddy Lamarr.

—Ha de perdonarme, señor...

—Gabriel Salomón.

—Sí, Salomón. Ha de perdonarme, pero las pruebas

que le hemos realizado no arrojan resultados, cómo decirle, satisfactorios.

—¿No?

—No. Pero no desespere. Porque si bien es cierto que una persona con una tan acendrada propensión al suicidio, que se hunde en un río porque cree que una mujer lo llama...

—Perdón, yo no lo creía. *Ella me estaba llamando.*

—Se hubiera ahogado de todos modos, de no ser porque tenía que contarme el final para que yo le diera empleo. Y ha tenido la suerte de encontrarse con una empresa como "La Meridiana" que hace toda una fe de los problemas de sus colaboradores, tanto los reales como los potenciales. Como le decía, usted sería la mar de peligroso vendiendo seguros de vida. Impondría ciertos ejemplos que a poco nos sumirían en la ruina. Pero yo no puedo dejar de hacer algo por usted.

—Lo adoro, Ferrater.

—Y a mí no me gusta que usted me adore, aunque hoy esté un poco triste. Pero vamos, lo que quiero decirle es que precisamente estamos necesitando una persona en el archivo.

—Yo sería excepcional como archivero.

—Se trata de un archivo con los datos de nuestra clientela.

—Le prometo que voy a trabajar con guantes de seda. Si usted pudiera darme un adelanto...

—Por eso no habrá problema. Ahora bien...

—Lo escucho.

—Tenemos una muchacha muy competente que desde hace algún tiempo está trabajando allí.

—Dígame el nombre.

—Se trata de una de las palabras que aparecen en el

diccionario. Trabaja muy bien. Es muy hermosa, Salomón. Casi sobrenatural. Habla muy poco, y cuando sonríe mi ropa se estropea. La de los demás empleados y colaboradores no, sólo la mía. Lo que quiero preguntarle, porque la verdad es que no puedo dejarlo en la miseria, es si usted trabajaría en el archivo con ella. ¿No le molestaría?

—Ferrater, estoy casi muerto de hambre.

El empleador, incrédulo y satisfecho, se pone de pie. El polvo se acomoda sobre los muebles. Subrepticiamente, el desocupado se acerca a la ventana, que a un gesto suyo parece volver a dibujarse en la pared, la abre y deja caer la carpeta gris con elásticos, que encierra un diario del cual es mejor olvidarse.

Pasan los dos frente a la secretaria que modula frases cordiales para con los clientes en sus cuerdas vocales al acecho. Se meten en un corredor alfombrado de color caramelo, el desocupado llenándose los pulmones con ese aire viciado de éxito. Bajan una escalera, atraviesan una puerta que pocas veces se abre, un patio, llegan a la trastienda en donde las pólizas humean como junto a un caldero, y, tras descorrer una cortina, se encuentran en un gran salón de paredes ocultas tras archivos metálicos.

—Pues aquí le tocará trabajar. Es un ambiente agradable.

El empleador parpadea. La archivera, en el rincón más lejano, deformada por la perspectiva, se arremanga y hunde el brazo desnudo en una de las cajoneras. Pálida e inmóvil bajo la mirada infantil del desocupado, que se babea.

—Ferrater.

—...

—Ferrater.

Responde una voz turbia y gangosa:

—¿Qué le pasa?

—Es ella, Ferrater. Es ella.

—No.

—Sí. Es ella.

El desocupado querría pararse sobre las manos, gigar como una rueda de carreta, deshacerse en serpentinas de colores. Las arrugas se le alisan en la frente pero poco después vuelven a aparecer, incondicionales. También las canas.

—Usted está loco.

—Sh, no grite, que le va a llamar la atención.

—Gritaré todo lo que se me ocurra porque usted está loco y además de haberme hecho perder toda la mañana quere descentrarme. No. Está bien, no gritaré. Pero sepa que usted está loco como una cabra. Ella, ¿quién?

—Ella, Alba.

Quieta y ocupada entre los cajones que sobresalen, al otro lado del salón de trabajo. Inmutable.

—Imposible. Usted me ha dicho que ella ya no quería encontrarlo y por lo tanto sería imposible.

—A lo mejor ahora quiso. Quizás ayer a la noche, antes de dormirse.

—Esa mujer es demasiado bonita para dormir sola.

—Bueno, es bonita, pero no sobrenatural. Además eso es lo que menos importa. Y pudo pensar en encontrarme aunque estuviera durmiendo con alguien.

El jefe de personal se deja vencer como un hombre que acaba de recibir un mazazo de dolor. Pero de pronto lo atraviesa un destello de malignidad y revancha que el desocupado no advierte porque se transformó en un adolescente inexperto.

—¿Puede probarlo?

—Ja ja. Claro que puedo probarlo. Tengo la foto que ella me dejó bajo el vaso de las servilletas. En la fonda.

—Ja ja. Ahora verá, entonces.

Claro que veré, piensa el desocupado al llevarse la mano al bolsillo del saco en busca de los pedacitos de foto. Y en ese mismo momento querría morir crucificado porque cree recordar que hace quince días, cuando rompió la foto con sus propios dedos, la imagen se desvaneció en el papel. Saca los fragmentos y, al verlos, la ternura le lava el temor. Ahora puede volver a sentirse seguro.

—Mire, mire.

Se acercan a una mesa pintada de blanco, las caras ansiosas iluminando los papelitos de un gris plano. Ahora el tamaño es el de una foto normal, resulta difícil decir que hubiese estado desunida. Atención sobre el papel vacío.

—Bueno, Ferrater. Lo lamento. Mírela. Ya ve como es ella.

Ferrater compara y resplandece de alivio.

—Ah, ya decía yo que no podía ser ella. Bueno, Salomón, otra vez será.

—No sabe lo feliz que me siento, Ferrater.

—Vamos, hombre, yo le doy mi palabra de que lo ayudaré a superar este mal momento. Dos alegrías nunca vienen juntas. Y ha de tener en cuenta que mañana lo espero a las nueve para explicarle algunas cosas relacionadas con su trabajo.

A Jorge

Indice

I.– INFORTUNIOS
El instrumento más caro de la tierra 7
Séptimo arte 23
La madre del soldado 42

II.– OCASOS
Cartago 59
Música del jardín de Florencia. 76
Las caderas de Sarita 84

III.– SINTOMAS
De noche, al lado del agua 91
Consejos del profesor Harfarg 102
"Nadar sabe mi llama la agua fría" 120